

del
verdadero
cuento en
 chule
miguel
sereno



Thompson

ANTOLOGIA
DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
INSCRIPCION N.º 6479

ANTOLOGIA

DEL

VERDADERO CUENTO EN CHILE

SELECCIÓN, PRÓLOGO, Y NOTAS DE
MIGUEL SERRANO

CONTIENE CUENTOS DE:

Pedro Carrillo, Braulio Arenas, Adrián Jiménez, Juan Tejeda, Eduardo Anguita, Teófilo Cid, Juan Emar, Carlos Droguett, Anuar Afías, Miguel Serrano, Héctor Barreto.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

*Para Héctor Barreto, en este
segundo aniversario de su ASE,
SINATO.*

*Será difícil que nuestra gene-
ración olvide aquellos extraños
días del crimen y del entierro,
que llenaron esta curiosa ciudad.*

Prólogo

Vida es acción del hombre sobre el mundo. Vida es humanizar. En el sentido ideal; puesto que hoy tenemos que mirar éticamente por los valores. Por los valores positivos. De este modo debe y tiene que ser en la realidad.

Nuestra generación, que ha nacido vieja en "incomodidades", sabe esto, sabe muchas cosas. Mas de nada le vale. ¿De qué le puede valer, cuando está más explotada que un zapatero? (Entendiendo que el artesano es el que mayor independencia económica logra en Chile). El artista de nuestra generación —y en general— vive una vida de perro negro, en desconsideración, en vejaciones económicas y espirituales, en Santiago de Chile.

Vivir la vida recta y virilmente, como es en sí, es grandemente difícil hoy. En todos los sectores coexiste el capitalismo, con sus crecidos santos de trapo o de viento, fantasmas grises que viven en lapidaria simbiosis, que arriban y se arrastran. Para "triunfar" se necesita luchar; pero no luchar como hombres, sino como ranas o culebras. Lamer. En esta LUCHA POR LA VIDA, habitada por todos los planos de la existencia, triunfa el que posee mayores argucias inmorales, no morales, mayores gestos femeninos para el hombre. El arribismo recorre, en delirio geométrico, los distintos planos por iguales. Las llamadas izquierdas, o fuerzas de redención, de revolución, sólo aspiran a poseer buenos asientos blandos dentro de los parlamentos democráticos, a codearse con los blancos apellidos de la reacción. Han nacido tarados por un complejo de clase y de comodidad. (Complejo que no posee el pueblo, que es sano, sino sus "dirigentes", sus "intelectuales", que pertenecen por lo general a la clase media). Cuando no se es Hombre, se es CLASE. Entonces se es inferior. El Hombre está por sobre las atrabiliarias y nominales ubicaciones de las clases: ES. La clase es el derecho y la actitud que adquiere por herencia, por

impulso muerto, el ser que se arrastra. Y aquí si existe la SUERTE, existen ventajas, superioridades. Una teoría que haga de la "lucha de clases" el centro y el fuerte, es necesariamente una teoría inferior, una teoría esclava, puesto que sostiene la presencia absoluta de un hombre inferior, enfermo, esclavo, no liberado aún, derrotado, dentro de la ubicación de clases. Dentro del mundo de las clases aun existen superioridades y diferencias, existen odios y envidias invencibles, insuperables en su radio propio. Actualmente en el mundo no se VIVE, solamente se vive en clases. De ahí esos absurdos del paneconomismo, de la dialéctica, del marxismo, del facismo, del aprismo, etc. Desde el momento que se vive así uno tiene que aceptar su propia suerte inferior o superior. El hombre-clase-media tiene que aceptar su propia oportunidad que lo lleva a hurgar en las falanges conservadoras para codearse con "jovencitos", o bien, a verter venenos estereotipados en subversivos discursos "comunistas". Porque es un hecho que los partidos de "oposición" del mundo están compuestos, en lo corriente, por hombres-clase-media, por periodistas y poetas fracasados, por arribistas (por lo menos aquí en Chile), que aspiran hoy a ser considerados dentro de un sistema democrático de mayorías. Al pueblo no se le habría ocurrido jamás crear un partido; porque el auténtico sufrimiento no tiene aspiraciones exhibicionistas y se mueve en silencio, como todas las fuerzas oscuras y verdaderas. Hoy basta que a un hombre le duela una muela para que, en vez de ir donde el dentista y ponerse en tratamiento, piense en el acto en sanar el dolor de muelas de la humanidad. Los partidos están así compuestos por tuertos, por eunucos, por mancos, por jorobados, etc. Aspiran—hijos de pastores luteranos—a encontrar una razón de existir en una masonería de "órdenes superiores". La "táctica marxista", por ejemplo, se ha convertido en lo que las viejas fórmulas cortesanas: clichés donde se escamotea la propia existencia.

O el pueblo y su cielo vivo; el campesino, o bien la aristocracia de sangre—no el grosero burgués. No ha llegado la hora del pueblo, como vocean los oportunistas, no puede llegar, no debe. Ha llegado la hora del Hombre. Debe llegar. Decir que el HOMBRE REALIZADO está salvado de las clases, es redundar.

El deber de nuestra generación es organizar la vida conforme a la verdad, conforme a ella misma. América del Sur, continente nuevo, se contagia de Europa. Siendo que aquí podemos vivir distintos, realizar lo cierto. Es necesario luchar contra el imperialismo espiritual. Tenemos el deber de vivir

conforme a la verdad, de hacerla carne algún día. Por eso luchamos hoy contra la vida conformada en lo falso. Porque vida es acción sobre el mundo. Y para poder actuar, aún en nosotros mismos, necesitamos aire, necesitamos un metro cuadrado, necesitamos realidad.

La vida hoy, aquí en Santiago de Chile, está organizada en la más verdadera mentira, que es mentira aún en su verdad. ¡Cómo hay que dar de puntapiés para abrir una ventana cualquiera y para abrirla sin humillaciones, sin arrastrarse junto a los magnates de viento!

Por un lado las editoriales, por el otro los "escritores consagrados", las Alianzas de Escritores, o lo que, ya solos, se dan vueltas de carnero en un salón.

Empecemos por las editoriales. La Editorial "Zig-Zag", en manos de comerciantes extranjeros que temen editar "La Divina Comedia" por los subidos derechos de autor que cobraría Benedetto Croce, publica libros y revistas sin ninguna importancia esencial. Pero vamos a otro caso: la Editorial "Ercilla", que ha tenido una carrera tan rápida como espectacular, hecha a base de una ensalada de títulos, sin una línea definida y culta, trabajando en Chile, con capitales chilenos, ha hecho una labor lo más antichilena que se podía esperar. Se ha dedicado a editar libros de centroamericanos, de venezolanos, de peruanos, de malos y desconocidos escritores tropicales, que no importan para nada a nuestro público. Ha editado a muchachos desconocidos de otros países, sin dar, como era justo, la preferencia a los nuestros. La Editorial "Ercilla" tiene como asesores literarios a algunos exilados apristas peruanos. Ellos han querido, con sus publicaciones, imponer un criterio (en modo alguno esencialmente americano para el chileno) sin ningún respeto, cuando lo que deben hacer es recoger un criterio.

En alguna parte me habría expresado erróneamente sobre el aprismo: pronto estoy a reconocerlo; pero quiero dejar constancia de cuáles son aún mis puntos de oposición al aprismo, (no a los apristas, pues, gracias sean dadas, no confundo al hombre con ninguna "teoría", lo salvo). Creo que la teoría aprista, por el solo hecho de pretender ser "teoría", no es americana, creo que se calca sobre una visión del mundo europeo: la visión mecanicista. Su error, que yo repudio, el haber dado preeminencia a lo económico, a lo político, querer establecer en América sociedades determinadas por un hombre político. El aprismo, además, ha dado beligerancia al periodista y ha hecho de las luchas políticas el "modus preoccupatione". Todo esto principalmente en un sector de la vida peruana. Porque creo que el aprismo es esencialmente peruano, tiene raíz—no tan

profunda—en el Perú. Los mismos apristas, como hemos podido comprobar, están trabajando constantemente sólo con una realidad de allá—no con la más profunda tampoco. No les cabe así el derecho a hablar de América, sino del Perú.

Nuestra generación está desamparada, no tiene dónde expresarse. Pero no habrá de arrastrarse. La lucha está planteada. Es una lucha de calidad contra poder de cantidad. Nunca se ha visto aún en la Historia que la calidad perezca bajo un pie. Porque calidad significa intenciones de verdad. Sólo la verdad se impone.

Superior calidad, aunque sea en la intención. Porque ¿qué quiso, qué intentó, la generación anterior? Nunca he podido saberlo.

Nos impiden de dos maneras: oponiéndose decidida y sinceramente, o con mimos, con agasajos, con miedos. Por otro lado están los que fingen los nuevos gestos; pero sólo se quedan en la actitud, en el gesto, pues la substancia equivalente les será por siempre, para siempre, desconocida; porque ellos lo quisieron. Más peligrosa que la oposición es la succión abanderadora. Mantenerse en el escenario a costa de piruetas de clown. ¡Evitemos ese paisaje! Cuando todo se reduce a otra cosa que no está en la literatura, sino en el hombre —y que ellos no comprenden—, cuando todo se reduce a calidad humana y a silencio, a no vivir con la mentira y el bluff —que pueden hacer triunfar a corto plazo, pero que a la larga destruyen y perecen—, sino con la verdad. Porque sólo la verdad se impone.

Nuestra generación no tiene necesidad de nadie sino de ella misma. No necesita de nadie. Por el contrario, LA NECESITAN.

Nuestro papel se reduce a aceptar la situación y a afrontarla. La lucha de las generaciones, hoy, por desgracia, existe. Mañana tal vez no. (Antes ya he intentado abordar este tema escribiendo por ahí en alguna revista de vida breve.)

La diferencia en el fondo (no importa que no se dé el tono en todos los representantes de la nueva generación) es de una actitud del hombre ante la vida. No me importa la literatura, ni la Poesía, ni tan sólo el cuento por el cuento.

Esta antología, salvo un caso, es de la nueva generación. Y dentro de ella misma yo establezco diferencias violentas, que no creo llegado aún el momento de verificar. Al escribir pienso en aquellos cuentistas aquí presentes para los cuales el cuento, el arte, es sólo una expresión de transición en sus vidas, es de-

cir, para los artistas. Para ellos pienso; para mí principalmente, para Barreto.

El número está unido por una calidad, por un deseo de realización, de expresión hoy. Es necesario que se nos escuche. Bastante ya ha hablado el Silencio, la "majadería", el alcohólico vulgar, el político radical de los banquetes, el amargado de las siete de la tarde; todo ese desfile obscuro de chilenos aún hundidos y aplastados.

Se han creído cuentistas los criollistas, los marinistas, los médicos, los boxeadores, los vendedores de libros usados, los profesores de gramática, los viajeros con capa y enfermos de exhibicionismos orientales. Tanta gente.

En lo escrito hasta aquí, en esta primera parte, intento esbozar brevemente y con la mayor claridad a mi alcance, la situación actual, principalmente la de nuestra generación.

La cosa es peor aún.

No se trata de conseguir, a costa de algunas humillaciones ante las pálidas hileras de magnates, una publicación en sus revistas, un saludo callejero, una cita o que, por fin, nos editen. No se trata de nada parecido. Las pequeñas reivindicaciones de carácter democrático, queden buenas para los estudiantes universitarios, seres que viven instalados, por lo general, en el último escalón de la baba, mediocres hasta el éxtasis.

Ahora. Alguien ha dicho el aforismo siguiente: "Cuando la obra empieza a hablar, el autor debe quedarse callado". No es en una antología de cuentos donde se debe hablar sobre el cuento. Personalmente he escrito algunas ideas al respecto.

Quien desee conocerlas puede remitirse a los artículos y polémica en cuestión. Ahora no desearía hablar sobre el cuento. Hay que dejar que los cuentos hablen. Puedo sí repetir algo de lo dicho en otra parte.

Algunos de los conceptos—que son nuevos—han producido, por el hecho de ser nuevos, indignación o descrédito. Por ambas partes, jóvenes y viejos. Es que intentan—en esta antología principalmente—una AUTENTICA REIVINDICACION—, en el caso presente, del cuento.

No es que esté deseando hacer una adulteración atrabiliaria y caprichosa de lo que todo el mundo entiende por cuento, del concepto cuento. Tampoco que dé preeminencia al género sobre la creación, que tome el rábano por las hojas. El artista se expresa de ésta o de otra manera y la expresión, equivaliendo a una psicología singular, determinada, cristaliza con un cúmulo de leyes personales, invariables, que son lo que la psi-

colegia singular Especializándose en la expresión equivalente—en el cuento—se logra la perfección, el conocimiento—que equivale a conocimiento de sí mismo, a relación serena entre interior y exterior. Se logra el virtuosismo, SE PUEDE EXPRESAR MUCHO MAS.

Mi único deseo es que se consiga respetar al cuento, tal como el poeta ha respetado a la poesía y el novelista a la novela. El cuento, como concepto y como realidad, estaba aún en potencia, no coincidía exactamente con la psicología de los hombres. América, en especial Chile, lo reivindicaron, lo redimen. La posibilidad del desarrollo ulterior del concepto existió siempre, sólo que el cuento hasta hoy fué como una espalda jorobada. Necesitaba estirarse. Es por esto que se puede negar perfección, en una palabra, realidad hacia el pasado. El cuento nace hoy.

El cuentista empieza su camino solo y lo agota igual. Porque ¿dónde está el maestro, el modelo, para venerar, para amar? Los pasos resonarán solos en su única presencia; irá apareciendo un universo de nombres propios, de esencias únicas, de elementos suyos que le pertenecen por dolor y para visión propia, singularísima. Esta experiencia escapa hoy al poeta o al novelista que tiene ante sí los nombres de los artistas, los grandes bustos, de los que alcanzaron la perfección esporádica del género.

Se dirá: ¿Y Maupassant, Bret Harte, Gorki, Baldomero Lillo? Gorki posterior a Bret Harte, Baldomero Lillo sugestionado por ambos. Los "cuentistas" chilenos le prenden ritos a estos nombres. ¿Quiénes son? ¿Han sido acaso cuentistas? No lo creo. Yo los considero simples narradores, perfectos si se quiere.

Hay una diferencia absoluta entre un narrador y un cuentista. Hasta ahora se ha confundido a los narradores con los cuentistas. Principalmente a los rusos.

¿Qué es el cuento, entonces?

En el momento actual sólo podría hacer una definición por negaciones, afirmando que no es poesía, que no es novela, que no es narración, que no es una carta, que no es teatro.

Está quizás entre la novela y el poema; mas no es, no debe ser ni una ni otro.

El cuento no tiene por qué rebalsar, cargarse de elementos poéticos (bien entendido qué es elemento poético) que lo dispersan. Tal como la música que construye con elementos extraños a ella—de la literatura o la pintura, por ejemplo—es imperfecta.

Esto no quieren entender varios poetas, que escriben cuentos, presentes en esta antología también, entregándonos bellos monstruos, que son COMO PIES ENFERMOS QUE SE DISPERSAN PARA AMBOS LADOS.

Esta antología es del CUENTO CHILENO, aunque muchos no sepan ni quieran reconocer su nacionalidad e ingenuamente renieguen, afrancesándose. La tierra los agitó, desde allí vienen, a ella, sólo a ella, le deben su grandeza o su miseria. Prueba de ello es que no se han dado en ninguna otra parte, sino en Chile. El tono hondo o desgarrador, que se repite como motivo fundamental y constante, es propio del crisol, del territorio chileno.

Chile, por hoy, es el país del Arte, que significa, en lenguaje significativo, PREPARACION PARA ALGO. El arte es transitorio.

La generación anterior fué la de la Poesía. La nueva generación es la del Cuento. Chile es un país de cuentistas. Esta Antología quiere ser una "Antología Abierta". Desearía una página en blanco para cada letra del alfabeto, donde vendrían a "trabajar" los nombres de los próximos cuentistas. Yo he colocado sólo a los que conozco, a los otros—que tal vez existan—no tenía tiempo para salir a buscarlos con detenimiento.

Esta Antología no puede ni desea tener un carácter excesivamente pesado o definitivo; es, para decir como todos, absolutamente relativa. Porque los cuentistas vendrán apareciendo con una velocidad increíble, desde la misma vegetación, desde nuestras selvas del sur, desde donde uno menos se lo piense. Aquí se puede repetir la historia que me contaba alguien: "Un día llegué a mi casa y me encontré, sobre la silla de mi dormitorio, a un cuentista fumándose mis propios cigarrillos".

Esta "Antología del Verdadero Cuento Chileno", esta "Antología del Verdadero Cuento", pretende ser sólo un documento. Nada puede garantizar mejor su calidad artística.

2

Tiempos hubo mejores en el mundo. Y aunque no los hubo, a veces. Por allá, cuando la tierra no era redonda, acostándose horizontal o vertical, hasta el borde mismo de los fantasmas, de los terrores. Porque entonces el hombre soñaba con los ojos muy abiertos, veía seres alados, cayendo, o subiendo, o en muecas de humos y de castigos infinitos. Yo recuerdo la fantástica edad, que no me pertenece sino en analogía de jardines le-

VIII

janos y noches de infancia, o de presente diametralmente opuesto, aunque no tanto. Recuerdo la edad que precedió a Colón, que era loco de pie, el peor alienado, el alienado cansado y numérico, levantándose con gorro y todo del centro de un vientre de baldosas renacentistas, en que está Gutenberg y se predica y vislumbra la máquina, con inmenso terror del centro humano. Porque la verdadera locura se acuesta y descansa, de algún modo, del mundo, y ve la noche vacía de estrellas, como un globo. El mismo Colón afirmaba que el río que venía al Atlántico por el Brasil tenía su origen en el Paraíso Terrenal, que el mundo tenía la forma de una naranja en cuya abolladura frontal crecía una rama que estaba cogida al árbol de los primeros padres o al Paraíso.

Increíble paradoja, ¿quién perdió la rama umbilical, que nos une al sueño o a la mejor posibilidad misma de hacer carne el sueño que hoy recorre peregrino, de mar a mar, de flor a casa, de ojo a ansia, fuera, lejos, del pecho humano? ¿Quién pulverizó el mito de la naranja color carne, llena de sol central y que es sexo del mundo, diluyéndose en la boca, hacia el alma, alcanzando por su rama el Paraíso?

Colón mismo.

Colón como ser humano producto de una nueva época del Occidente, que no se redimiría, con una nueva instancia humana determinando su paso y de sus tres carabelas. Instancia que conforma una época que avanza y se agota sin solución trascendente y mejor, en la futura guerra homicida actual, de lo humillado. Lo ecuménico, la redondez del mundo, la máquina.

América del Sur en el fondo no sabe de estas cosas, está contribuida, por hoy, sobre otra piedra, sobre otro punto de la constelación celeste, que depende únicamente de la confederación, conformación y hábito singular humano.

Vuelvo a la época de Europa antes del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la redondez de la tierra. (Porque no se quién ha dicho ya que Colón no descubrió América, sino la redondez del mundo.) Retorno a este pretérito para soñar, que es fácil, por analogías en la situación chilena.

Entonces el hombre pobló la tierra, plana como una mesa con nubes, de seres fabulosos, y su inconsciente se configuró según la creencia, lleno de fantasmas, de dragones de fuego, de seres infernales, de visiones de abismos geológicos, de aguas profundas y de cielos imposibles, existiendo al borde de las cosas. Fué un mundo físicamente más pequeño, pero infinitamente superior y más rico en posibilidades humanas al de hoy, pequeño, geométrico, como un hueso de ciruela.

Entonces el mundo fué así en absoluto, porque el hombre creyó en absoluto que era así.

Chile es una faja angosta, como el sueño de un enfermo de pena, que se queda dormido mirando la fiebre de los hilos de luz por las puertas; rodeado de montañas, como el sueño de los hombres más tristes, que se han enamorado para siempre de la perfección humana; lamido por el océano, como el sexo de La Mujer, lleno de estrellas. Recorrido por los Temblores, claros presentimientos del abismo. La tragedia, los malos augurios, los presagios, se anezan al viento de los extremos.

¿Habrá un chileno que no haya apretado, con dolor, en su pecho, durante negras noches, sueños de cataclismos geológicos, de lunas que se caen, de cielos infinitos, de aguas creciendo como castigos determinados?

El inconsciente acumula el peso de la tierra, de la montaña, del destino del polvo, del granito. El alma sabe que el Océano pule verdemente la tierra, que socava, que desmorona, que la gran piedra de la Montaña podría volcarse como escenario, que el Volcán gemiría, proyectando hacia los cielos su caldo de abismo, chamuscando la cara y las últimas manos de los habitantes.

El concepto de las dimensiones no existe. Sabemos que hay piezas en el mundo. Tenemos un sentido escatológico de los acontecimientos; porque la tierra nos ayuda. Conocemos nuestro crisol, nuestro deber a veces, el destino del ser humano; nuestro deber para realizarlo.

Ahí el clima y la ventana del arte. El cuento. La hombra, la seguridad.

Bien. Cuando los hombres no dieron vueltas al mundo no SABIAN que la tierra era redonda. Quizás existió un hombre que no quiso dar la vuelta al mundo, porque vió que era más bello, más fabuloso.

En Chile aparecemos contemplando el peso de la Montaña, sintiéndolo, viendo la Montaña inmensa, sin mirarla jamás, a veces. El chileno mira la Cordillera y cree que al otro lado no hay nada. ¿Cómo va a existir algo? Ahí se acaba el mundo. El chileno cree en definitiva que al otro lado no hay nada. El chileno cree que existe sólo Chile. Porque la Montaña, de caerse, alcanzaría hasta sobre el mar. Y el mar más allá de su horizonte está vacío. Entonces el alma sueña y acumula fantasmas de postmundo, de esa cuarta dimensión. Más allá

no hay nada ni nadie. Más allá deambulan y se acoplan los terrores, que son veludos y generan cerdos y pájaros de agua. Más allá no hay nadie. Los seres que vienen, los argentinos que afirman vivir al otro lado de la Montaña, son unos vulgares embaucadores, o no existen, o residen también a este lado y han estado ocultos durante algún tiempo detrás de un árbol cualquiera o de una piedra.

Hay que tener corazón de perro para viajar, hay que tener el corazón muy firme para aceptar el derrumbe de los sueños, de los misterios, de las maravillas, de las VERDADES, que duermen en el fondo del alma, reposando, y que nos ayudan en el camino de la tierra, en el destino del retorno a lo humano.

Porque el que cruce la montaña y vea que hay algo está perdido. ¿Quién le devolverá sus maravillas y sus sueños, quién le devolverá su clima y su misterio, quién le pondrá de nuevo los ojos aterrados de destino infinito? ¿Quién le devolverá la dimensión precisa y cerrada de la vida?

Aquél que viajó renegó de sus fantasmas. Pero no siempre se perdió. La tierra lo creó y lo vio crecer como a sus plantas, ella lo alimentó con sus influjos, con sus vientos, con sus humos que se elevaban desde sus valles de greda, con sus violetas desmayadas en el color de la lluvia, con sus aromas, con su sentido, que es el mismo perfume o el viento. La tierra lo vio crecer y lo agarró con sus raíces y sus ganchos. Es así que muchas veces, el viajero que retorna, olvida sus viajes, o los recuerda como un extraño sueño—bajo el poder de la tierra salvadora—que se apartó del día y del espacio para soñarse, que no existió, como un minuto extraño de no existencia en la existencia, como algunas horas en que su vida NO FUE, como algo que no sabe, que no medita, que no siente...

Reconoceremos a estos viajeros porque una partícula de sus ojos se ha extraviado y pregunta persistentemente, con estúpido. Ellos piensan tal vez en su viaje, como el ser "primitivo" pensó en sus sueños: que el alma huía por la nariz a correr aventuras en otros paisajes, o que, por un momento, se murió un poco.

Yo creo en absoluto que más allá de la Montaña no hay nada, que más allá del horizonte marino hay alguien que se bebe el agua.

Cuando alguno me ha dicho: ¿por qué no viajas, por qué no vas a Europa?, he respondido: "Porque Europa no existe y porque si existe, yo, para mí, prefiero que siga no existiendo, porque así la vida es más bella, o tiene mayor posibilidad de serlo, por mi esfuerzo, algún día."

Cómo dar un paso en falso, cómo destrozar, renegar, del crisol, de la maravilla, de la completa diferencia, que nos ayuda mucho más en la Visión, que nos capacita LUEGO para la Gran Conquista—o reconquista. Esto que es de Chile, esto que le pertenece al chileno; que por hoy cuenta como documento del suceder viviendo, su arte, o como ventana que vislumbra y ansia. Esto que por hoy y sólo por hoy, en forma transitoria como el arte, es el Cuento, absolutamente personal, grande y propio.

Miguel SERRANO

Pedro Carrillo

El soliloquio infinito

Cada vez que una fecha obligaba a una recepción el padre demostraba su desagrado, coartando el entusiasmo de la familia.

Estas reuniones ocasionan molestias y gastos; pero siempre están llenas de fantasía.

Desde niño venía escuchando las mismas frases.

Ahora contemplaba a su progenitor rindiendo, sonriente, los honores de la casa.

El ejemplo del padre le enseñó, demasiado pronto, a desconfiar de sus semejantes. Sin embargo, nadie se explicaba su carácter huraño.

Hombres y mujeres departían animadamente; mientras su verdadera preocupación estaba concentrada en el inventario de la vajilla, el análisis del vestuario o las palabras y ademanes de sus vecinos.

El hijo del millonario miraba por encima de los lentes. Asistía para hacer una composición de lugar. José tenía la seguridad de ello y temblaba al verlo observar la manera de comer de la señorita con voz de tiple.

En esta clase de reuniones hay un momento en que la conversación general decae. Parece, entonces, que cada uno tratara de sorprender alguna falta en los otros.

José, libraba una lucha sorda contra todos los asistentes y en ese minuto, su molestia hacia ellos se concentraba en Raquel, motivo del silencio reinante.

—...Sí, la mujer se envenenó después de tanto sufrir y quedó solo con su hija...

Un llamado desde la calle solicitó la atención de José.

Como un papel tenso agujereado por una bala, sonó el timbrazo en medio de la palabra hija.

José regresaba y la señorita fué interrumpida por doña María.

—Preguntaban por la dirección del médico, mamá, — respondió antes de ocupar su lugar.

Por los comentarios se dió cuenta cabal del asunto narrado.

Es curioso constatar —pensó— la existencia de cierta gente que goza exhibiendo las desgracias o debilidades ajenas. Reproduciéndolas creen aparecer como modelos de virtud y exclusivos depositarios de la moral. Así olvidan sus propios culpas.

La conversación le pareció odiosa y sin cuidarse de aparentar la menor atención, siguió el curso tortuoso de sus pensamientos.

“Soy menos que esta gente. Mi actuación es despreciable. No tengo derecho a esgrimir la sátira frente a las debilidades del prójimo”.

Todas las interrogaciones incontestables acudían desde lo más hondo de su conciencia.

“Soy incapaz de alzarme contra la madeja de las conveniencias sociales. ¿Si los demás leyeran en mis pensamientos?”

Un hecho inesperado, imprevisto, le obligaba a escarmentarse. Precisaba darse una respuesta y encontrar la razón de su conducta.

Sin poderlo evitar empezó a desarrollar el cálculo de las horas, minutos y segundos que había vivido hasta ese día, aniversario de su nacimiento.

Con pertinacia de alienado buscaba la cifra. Después de cada intento había que agregar uno o dos segundos más. De otra manera significaba morir.

Y se palpaba para cerciorarse de su existencia.

Era una carrera loca, alucinante. Era como quedarse suspendido en la nada.

De pronto una nueva conjetura aumentó su anonadamiento, llevándolo por senderos menos franqueables.

—Indudable, tengo que sumar otros miles de segundos. Mi vida comenzó antes del nacimiento; no cabe la menor duda, faltan millones de segundos”.

Para proseguir la operación sacó papel y lápiz. Miró alrededor de la mesa y los fragmentos de la conversación llegaron a sus oídos como el barullo ondulante de las ferias.

“819.936.000 segundos, 819.936.000 s-e-g-undos”.

Al constatar la enorme cifra, sintió rabia. Su actitud le pareció tan absurda como sus deseos de contar los cabellos de Rosalía.

“¿Por qué caigo desde tan lejos en su recuerdo? Es cierto que la amo. Este amor me hace daño, me duele como todo lo soñado sin realizar. Vivo a su lado como en sueños. Tiene algo de irreal. Sus prolongados silencios, su falta de iniciativa, su manera apática de quererme, son inexplicables. ¿Por qué no tengo fuerzas para terminar?”

Sufría intensamente. Su pasión era una especie de amor y de odio. Ocasiones hubo en que deseó hierirla, causarle algún daño físico para hacerla reaccionar. Largas vigiliass le sorprendieron elucubrando respecto a sus relaciones con Rosalía.

Cerró los ojos. Miles de circunferencias hasta la más pequeña, la última del serpentín, giraban hacia su occipicio. Igual que se confunden las rayas de un trompo.

—¿Cuál es la causa de tu largo silencio?

Sintió la misma impresión de espanto que experimenta un ser dormido al ser despertado violentamente.

—Nada, les escuchaba; eso es todo.

Hizo un esfuerzo por demostrar interés y hasta intentó entablar conversación con el hijo del millonario. No obtuvo respuesta y volvió a reanudar el soliloquio. Pero no lograba fijar su pensamiento en el estudio de lo que perseguía. Buscaba las causas subterráneas de su conducta y

lo único que conseguía era caer en los recuerdos.

"...Alicia... Cristina... Olga. Ella me hizo sentir la angustia de lo incierto. Una noche, con riesgo manifiesto, me alojaba en su pieza. Entraba por el balcón, sin hacer ruido, anhelante. En otras ocasiones me huía, se me iba como los pensamientos, como el agua. Intenté borrar los lunares que adornaban su cuerpo y agoté los besos sin lograrlo".

Le horrorizaba constatar la acción del tiempo reduciendo a la simple enunciación de algunas oraciones sucesos que en su vida habían ocupado semanas, meses o años y en cuya trayectoria la existencia le pareció feliz y el amor, en muchas oportunidades, eterno.

Una mujer corría saltándole el pecho. Venía a reclamar su parte en la película de aquellos recuerdos.

Una sonrisa abrió un paréntesis en su cara sin alegría. Escanció vino blanco en una copa verde y se bebió de un sorbo el contenido glauco. Miró uno por uno a los comensales y, sin pedir excusas, abandonó la sala.

Mientras subía al dormitorio, estimó como una muerte parcial cada uno de los momentos que van integrando nuestra vida. Todas esas mujeres tenían una cualidad o un atractivo diferentes; pero ninguna era completa. Ahora le gustaría reunir las nuevamente para rescatar los besos y devolverles sus promesas.

"Me bebería una copa llena de aquellos besos".

Se tendió sobre la cama.

Desde abajo llegaba el eco de la fiesta.

Cambió de postura.

"Este no era el curso que deseaba imprimir a mis razonamientos. ¿Acaso nos está vedado conocer el porqué de nuestras actuaciones..."

Su hermano y un amigo lo interrumpieron.

Las ideas huyeron ruborizadas.

—Pareces neurasténico...

—Si lo deseas, puedo facilitarte una pistola.

Sin considerar las palabras de los recién llegados, comenzó a relatarles el motivo de su retraimiento.

—He mentido al responder a mi madre que preguntaban por la dirección del doctor. Era don Lucho. Me traía un abrazo de regalo. Al verlo tan insignificante y mal vestido sentí vergüenza, inventé una disculpa para impedirle la entrada y me despedí. Sin decir una sílaba, con el mismo paso vacilante que le conocemos y un brillo extraño en la mirada, se alejó tambaleando. Por eso estoy triste.

Los tres se miraron recelosamente. Fulgurantes hilos de luz se interrogaban en la sombra.

El hermano, considerando insostenible aquella situación, rompió el embarazoso silencio.

—No te aflijas, eso puede tener arreglo. Vamos un día a su casa, le das las explicaciones necesarias... en fin, hay tantas coartadas para eludir un mal paso.

—Sí, comprendo... comprendo... hay muchas maneras... (Cínicos, yo no puedo tan fácilmente...)... comprendo.

Ante la expectación de sus acompañantes se levantó, bajó la escalera y salió a la calle sin dirección precisa.

“Todos son iguales. Creen que el arrepentimiento los deja limpios”.

Caminaba agujoneado por la molestia. Sentía deseos de pegarse. Y era tal si hubieran dos en él.

“He cometido una mala acción. Desde hoy llevo una careta. Cuando hable me parecerá estar mintiendo. Tal vez siempre me haya engañado. Durante 26 años estoy persiguiéndome inútilmente. Cada vez que lo intento creo diluirme, desintegrarme en millares de partículas. Es como si la silueta intentara captar su sombra. ¿Por ventura nunca nos pertenecemos y nuestro concepto de nosotros mismos es un espejismo? Muchas veces llego a sospechar que estamos formados de lo que nos dejan los otros. Buscando mi esencia caigo, fatalmente, en el análisis de las emociones recibidas. Para hallarme recurriré a los que me conocen. ¿Qué harán ellos? ¿Dónde están los dueños de mí mismo? Quiero devolverles a todos lo que les tengo”.

Estaba sobresaltado, así un hombre rodando al fondo

de un abismo en el segundo breve y desesperado de las manos.

“En ningún tiempo realizaré mi existencia. Tampoco Mario, Alfredo o Ernesto. Yo quisiera despojarme de pensamientos. Ser como el viento para llegar a todas las campanas. Ser el alma de las campanas y llamar al mundo para que resuma en una idea, todas las ideas. Así tendré la seguridad de no rechazar cualquier abrazo. La idea, esa sola idea. La expresión intangible del jugo de nuestro porqué. Una humanidad que no hable para que no se engañe. Rosalía, ¿tu me habrás mentido muchas veces? Una sola basta para traicionar los principios. ¿En qué meditas cuando no estás a mi lado? ¿Por qué no actuamos en el mundo de los espejos? Allí temen manchar el espíritu por que los espejos delatan sin piedad toda falta de belleza”.

Se detuvo violentamente. Un enorme ojo lo miraba escrutándolo.

“Es el ojo de la conciencia”.

El ojo parpadeaba sin cesar, cambiando continuamente de color.

Bajó la vista y apretó el paso.

La noche aprendía a leer en los letreros luminosos.

Anduvo por todos los bares donde acostumbraba a reunirse con sus amigos y en todos bebió una copa de embriaguez.

Hay días en que los amigos parecen muertos.

Un reloj lejano acusó la una de la madrugada.

En su interior bailaba una danza el vino.

Llevaba un diario bajo el brazo. Pensó que le traía mala suerte y lo arrojó lejos. Las noticias cayeron desde lo alto, recibiendo el castigo correspondiente a su falta de veracidad y la señorita retratada en la página central no pudo reprimir un lamento.

Minutos después tropezó con el poeta amigo.

—¿De dónde vienes?

—Eso no importa; pregúntame hacia dónde voy. Mis intenciones son llegar hasta nuestro rincón.

—Muy bien; seguiremos juntos.

—José Muñoz, estoy un poco ebrio. ¿Me perdonas, José Muñoz? ¿Vino el viva!...

Junto a ellos pasó un señor de barba canosa.

—Los postes blancos, las casas blancas, toda la ciudad blanca. Algún día también tendremos barbas canosas, también tendremos gloria y caminaremos por una avenida sin estatuas, contemplando un cielo bien bajo, azul, azul como la cofia de la Hermana Monja. Yo tengo pena, José. Tengo la misma pena de mi infancia. Tú no sabes lo que es tener un dolor. Escucha: yo era un chicuelo y tenía un gran amigo. El me regalaba chocolates y salía conmigo. Una tarde me invitó a tomar once y me presentó a un grupo de sus relaciones. Lo recuerdo perfectamente: me subió sobre la mesa y les dijo: "Este es mi mejor camarada, mi más caro amigo". Yo me puse rojo y si no lloré fué por orgullo. El caro lo interpreté como una ofensa, cual una representación de los gastos que efectuaba en obsequiarme. No le acepté ningún nuevo convite. Desde esa fecha soy un amargado. Es ingenuo; pero en aquella oportunidad algo se trizó en mi espíritu ensombreciendo mi existencia, haciéndome tímido e irresoluto, descentrándome. José Muñoz, ninguna decepción me ha herido tanto como esa. Los hombres nos debemos a nuestra infancia...

José anotó en su memoria la última frase.

—...nuestros mayores no les conceden a los niños capacidad para discernir. La infancia me duele, amigo mío.

Entraron. Las parejas bailaban aferradas a sus ansias.

Ocuparon una mesa.

—Vino.

Mientras Julio Roa contemplaba a la concurrencia, José volvió a caer en el diálogo interior.

"Los hombres nos debemos a nuestra infancia. Los padres tratan de formarnos a su imagen y semejanza. Desde ahí empezamos a no ser nosotros mismos". La vida no

nos deja nada, Julio Roa. Es vacía como nosotros. Mis pensamientos no me pertenecen, mis actuaciones me traicionan. Somos la prolongación de algo... me ahoga esta manera de vivir como si no existiera, mirando hacia adentro en busca de mi principio. Somos juguetes, juguetes, JUG... tengo rabia. Ahora todo está en bancarrota. Ya las palabras se han gastado igual que los gestos. Vivimos en desacuerdo con los símbolos de las palabras. Nadie respeta nuestros sentimientos y si nos aceptan es para esclavizarnos. "Si me oyera don Lucho". ¿Bebamos?...

—Ingurgitemos, di. Me gusta esa palabra a pesar de no conocer bien su significado. Ingurgitemos vino por primera vez, José Muñoz. Yo comí esta noche con Cleopatra. También estaba allí el último Cíclope. Me miraba desde su ojo tonto. Para burlarme de su inútil tamaño, le hacía gestos junto a la oreja con mi dedo índice. Cleopatra reía. Tú sabes lo hermoso que es hacer reír a las mujeres. Cleopatra me hizo confidencias. Con ella aprendí que la historia no corresponde a la realidad de los acontecimientos; pero guardaré mi opinión. Los hombres son idólatras. Estoy enamorado de Cleopatra. ¡Salud, hermano Muñoz! Me atrae todo lo que no me pertenece; por ejemplo, el cardo del cerro con sus espinas igual a mi padre. Mi padre fue malo. Me hacía lustrarle los zapatos y sufrir a mi madre. Nunca nos conocimos. El vió en mí a un loco sin sentimientos. Y yo amaba hasta los defectos de mi hogar. Mi hermana Angélica tenía un carácter demasiado vehemente; gritaba por todo. A la muerte de mi madre ella la reemplazó en la jefatura de la familia. Hace diez años tuve que salir fuera de la ciudad por algunos meses. Cuando regresé me recibió con grandes demostraciones de cariño. Como dueña de casa me ofrecía lo que deseara. ¿Sabes qué le pedí? No, ¿verdad? Pues que me gritara. ¡Gritame, hermanita, gritame! —le suplicaba. Mi padre decía que yo no tenía cariño por el hogar. Mi padre era malo, José. Pero no me hagas caso, eso no tiene fundamento, mi padre era bueno. ¡Bebamos vino por primera vez! ¡Gustavo, otra botella!

—Tienes razón, Julio Roa, ¡salud! “Quiero beberme un ojo para ver que tengo adentro”. ¡Salud!

—Mira, José Muñoz, bebamos vino por prim...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

El árbol de la sombra sin miedo

Evidentemente, había bebido un poco; pero ese no era el motivo. No podía ser. Sin embargo, las manos le pesaban. Entonces, era indudable que jugaba billar. Sus ojos no podían engañarlo.

La mesa se alargaba, se perdía en un punto más negro que la noche. Sobre ella corrían las esferas, pasaban deslizándose. Las dos blancas, grandes, brillantes, seguidas de la roja opaca. Y el taco, ¿dónde estaba el taco? ¿Cuál era la razón de tanta incongruencia?

Nuevamente venían allá lejos las dos blancas, paralelamente separadas, iguales, enceguecedoras. Ya estaban cerca y como se alargaba esa mesa y la bola roja formando un triángulo, rezagada cual un perrito. ¿Sería todo sólo un recuerdo? No.

—Mozo, tráigame un taco—. Y sus palabras resonaban lejos, tal si dieran bote. Parecían de goma.

—Mozo, encienda las luces. Mozo, mire; ahora me corresponde jugar, apresúrese.

Pero las blancas ya habían pasado con la roja detrás.

“Esto —pensaba— es imposible. ¡Qué salón más grande y cuánto frío! Deberían tener calefacción”.

—Mozo, el taco.

Otra vez perdía una jugada. La roja corría, lo pasaba. Se escondía en la oscuridad. ¡Qué billar más largo!...

—Mozo — repetía y golpeaba las manos.

Avanzó unos pasos. Las esferas venían como suspendidas, casi no podía mirarlas. No obstante, estaban a corta distancia y en su venir veloz, producían un extraño ruido. De pronto, cambiaron violentamente de dirección, seguidas de un enorme bulto negro y la bolita roja rezagada, pestañeando.

El sigue creyendo que le huyeron por temor al golpe de su taco.

La neblina procuraba borrar las asperezas del invierno. Los postes alineados se miraban en el suelo brillante, más abajo del asfalto.

Los pensamientos iban raudos, golpeando su cerebro. Para ahuyentarlos empezó a conversar en voz alta.

—Yo no soy yo; pero hay algo mío en mí. Indudablemente jugaba billar hace algunos instantes. ¿Y si fuera otro? Yo soy invisible, lógico; ¿cuándo he podido intrínsecamente? Yo no soy esta nariz ni estos ojos. ¿De dónde me salen las miradas?

Las luces se sumergían en el asfalto alumbrando un pozo hondo.

A la distancia una luz lo atraía.

Y ahí estaba frente a la ventana, donde seguramente, trasnochaba el sol. El misterio de esa luminosidad súbita, cual una puñalada a la noche, lo atraía así un hipnotizador a su medium.

Los grillos agujereaban la noche.

En la muralla de la otra acera había una gran mancha, semejante a la sombra de un follaje. El vio allí una sombra noctámbula.

Nuevamente la saeta de la curiosidad; sin embargo, tenía miedo de penetrar en el secreto de ese ojo de luz. Pero ahí había una ventana. En el mundo hay millares de ventanas; no obstante, esa era diferente. Estaba encendida en medio de la noche hosca, inhospitalaria para un noctámbulo que huye de una cuenta. ¡Qué cosas tiene el mundo!

Un hombre huyendo de una cuenta.

Todo debe pagarse. Hasta el amor.

El buscaba una mujer. ¿Dónde encontrarla? ¿Había alguna que esperaba tras esa ventana abierta a la noche? Necesitaba una mujer.

Y la sombra del árbol trasnochador no se inquietaba ante el misterio de la ventana con sol. Ya se movería cuando él la asustara. Bastaría con remecer el árbol de la sombra sin miedo y uno, dos y tres pasos y toda la fuerza de su cuerpo en el hueco de la mano. Ahora el tronco se balanceaba. Pero el árbol no tenía otro follaje que la copa del cielo.

La ventana invitándole a conocer su secreto, distrajo su interés.

Avanzó otra vez hacia la luz. Golpeó. ¿Dónde? Sintió en sus corazones un estremecimiento fuerte. ¿Cuántos corazones tiene un hombre frente a un misterio? El sentía uno en las piernas, otro en sus manos ansiosas, en la garganta y en las sienes las palpitaciones de dos y más y ninguno en el lado izquierdo.

Y la ventana con el misterio de su misterioso ocupante. Dio otro golpecito.

Alguien se movió y, al mismo tiempo, algo también anduvo en su curiosidad emocionada y otra vez los corazones estrujando su vida, en las piernas, en la garganta. ¿Qué respondería si tenía un corazón en la palabra?

El silencio continuaba tras la ventana.

Si no golpeaba de nuevo, el misterio no creería en un llamado, sino en el viento. Volvió a golpear sin resultado infinidad de veces, hasta que una voz femenina ahogó el eco del último llamado.

Era una mujer el misterio. Siempre igual.

—Soy yo, el hombre que busca un misterio — y se llevó la mano a la boca, temeroso de que las palabras cayeran hechas trizas. ¡Qué terrible el caer de las palabras en la acera, lamentándose, llorando!

—No sea impertinente...

—Ud. no puede llamar a nadie. Se llama a quien cuando se teme algo o se precisa un auxilio. — Escuchó su frase tal si la dijera otra persona.

—Pero, ¿qué pretende Ud.? — dijo la voz desconocida.

Una luz de esperanza alumbró su incertidumbre. El que pide una explicación desea transar.

—Yo soy el hombre que no quiere causar miedo. Busco un compañero para descifrar en su compañía, el misterio del árbol de la sombra sin miedo; viajo en la noche perseguido por una cuenta y tengo perdidos mis pensamientos en el insomnio suyo.

Al otro lado, una mujer titubeaba intrigada.

El secreto de conquistar a las mujeres está en saberlas desorientar, en arrancarlas de su sedentaria actitud de espera, despertándoles sus ansias de aventura.

El hombre esperaba una respuesta sin comprender que esa mujer, aunque tuviera dueño, ya le pertenecía.

—No ha de ser aquí donde Ud. encuentre su... —respondió ella, cumpliendo con la condición tan femenina de aparecer siempre escurridizas.

—Le dije... (En todo olvido hay un naufrago)... que Ud. con la luz de su ventana, había robado mi voluntad y la tiene prisionera en su palabra. De su secreto ya conozco la voz. Ud. es para mí el misterio que habla y como las palabras suyas no pueden restituir por sí solas lo que Ud. me ha usurpado, tiene que abrirme, devolverme.

“¡Un hombre hablando un idioma tan extraño!”, pensaba la mujer que en la noche tenía la luz encendida por temor a sus pensamientos. Un hombre y ella no esperaba a nadie y que estaba cansada de su soledad. Eso era un peligro cierto; pero, acaso sabía ella algo del hombre que vendría a llenar su existencia y al que en un momento determinado tendría que aceptar. Sí, ella conocería, tarde o temprano, al hombre que existía en sus deseos. Todo en la vida tiene su razón de ser, por sorpresivo u obscuro que parezca.

Mientras la voz del hombre se dejaba oír, ella analizó

todo esto para justificar, seguramente, su actitud próxima. Las palabras asustan a las mujeres, siempre dispuestas a la acción.

Por la ventana abierta se escapó la luz prisionera, dejando el paso libre a la noche y al hombre.

Y el misterio no siguió asomado a la noche.

El hombre seguía su camino. ¿Era posible que no conociera aquel rostro? Se puede no saber el nombre.

Un nombre jamás tiene un valor verdadero y, además, podía inventar uno de su agrado. Cuán estúpidos le parecieron los hombres que se vanagloriaban de tener un nombre. Pero no acordarse del rostro...

¿Cómo eran los ojos de aquella mujer? El había creído verlos escrutándole.

Ahora no estaba seguro de haberla encontrado. ¿A quién pertenecían esas dos llamitas en la sombra?

Indiscutiblemente, todo era misterio en esa noche.

¿Cómo había podido franquear el secreto de una mujer, sin saber el color de sus ojos? Después de todo, ellos no eran lo más importante. No le bastaba con haberla sentido, con haber recibido un poco de optimismo desde el fondo de sus ojeras.

En ese momento no comprendía su afán de catalogar las cosas por su color, cuando siempre protestaba de las estadísticas y las disciplinas estériles de su empleo.

¡Uf, el empleo! El era libre en la noche vasta. Esto mismo le recordó su hora de llegada y que un atraso era mal visto por los jefes que siempre llegaban tarde.

¿Qué hora vivía el mundo? Porque el mundo siempre vive una hora. Y si todos dormían, ¿qué necesidad había de una hora?

Para él no tenía ninguna importancia el tiempo.

—¡Abajo los relojes!

Sin duda, el inventor del reloj había sido un ocioso, superocioso, que para gozar mejor de su tiempo perdido dió vida a los minutereros controladores de su placer. Es una cosa muy grande tener un poco de ingenio. Todos los

seres geniales, jamás se preocuparon de la trascendencia de sus deslices, impuestos ahora como verdades inamovibles.

A lo lejos vió la figura del único trasnochador insatisfecho. Una idea surgió en su mente afiebrada. Desde que el carabinero cuida de la tranquilidad ajena, bien podría devolverle la suya.

Ya estaba cerca del hombre que acecha receloso en las esquinas sin crímenes.

—Buenas noches, carabinero...

El polizón lo miró pausadamente.

—Dígame—continuó—Ud. debe saberlo. ¿Cuál es el color de los ojos de la mujer?

—Tenga cuidado, joven. Habla con la autoridad.

Siempre esa palabra, todos nombrándola.

—Era una consulta, simplemente.

—Es mejor que prosiga.

Tuvo que continuar. Ya no se acostaría.

Desde los cerros empezaba a bajar la mañana, alegre después de su baño en el río, forastero que nunca puede detenerse gozoso frente al paisaje.

Volvió sobre sus pasos. ¿Cuántas cuadras caminó? Decididamente era una jornada llena de sorpresas. Ahora veía una plaza y hacia ella dirigió sus pasos. Unos suplementeros ordenaban los diarios que, a no dudarlo, le negarían junto con la noticia de su amor, la del color de aquellos ojos.

Porque los diarios jamás nos dan la noticia esperada.

De nuevo el carabinero. Era el único que podía indicarle la ruta exacta.

—Buenos días, carabinero. Haga el favor de decirme por donde venía anoche, cuando...

El guardia le miró desconfiado e iba a contestarle en mala forma; pero recapacitó.

—¿Se le ha perdido algo, señor?

—Sí... el color...

Tuvo que retirarse sin terminar la frase. Nadie lo entendía o estaba loco. No se explicaba la ira del encargado de la tranquilidad pública.

Miró hacia adelante como sediento en el desierto y, por suerte, cayó su vista en algo que antes llamara su atención.

Otra vez la duda. ¿Dónde golpear?

Todas las puertas del mundo se parecen. Siempre esconden una tragedia o una voz airada responde al llamado de los menesterosos de amor o de dinero. Los hombres guardan tras las ventanas su rostro limpio. Todas las casas tienen una puerta y, sin embargo, son muy reducidas las que se abren sin egoísmo. Si hubiera intentado entrar por la puerta, se le habría cerrado el paso. Sólo se trasponen con gesto grave.

Nunca el amor entró por las puertas. Por eso, los grandes amantes le abren al amor entradas azules.

Parece que los hombres temieran enfrentarse con la realidad de sus pasiones.

¿Qué feliz estaba de no haber entrado por la puerta!

Pero, ¿cuál era la casa que tenía una ventana sin miedo a los prejuicios?

El tiempo iba veloz y todas las ventanas tienen una apariencia semejante.

Una esperanza se asomó de pronto, al recordar el árbol de la sombra sin miedo. Miraba todas las murallas de su derecha, olvidando las de su izquierda, ingenuamente. Pero el día tan limpio no permitía con su claridad, encontrar el hechizo del árbol del follaje intangible.

¿Cobran las cosas en el día otro color? ¿Será que en la noche la belleza se pasea sin miedo? ¿Es, por ventura, blanca y sólo se destaca en la noche libertadora?

Allí había una ventana; pero tenía aspecto ingrato. Le pareció que podría morderlo.

El tiempo corría.

Siempre el tiempo corre cuando deseamos retrotroar un recuerdo o ir a la caza del pasado. Parece que los relojes trataran de alejarnos de nuestra inquietud, impidiéndonos gustar nuevamente un momento feliz.

Todas las ventanas se burlaban de su nerviosidad, desesperándolo. ¿Cómo había podido dejar pasar la feli-

cidad sin aprisionarla, fundiéndola en sus ansias de realizaciones?

¿Por dónde caminaba? ¿A quién recurrir?

Y la tiranía del tiempo. Si seguía adelante se atrasaría.

¿Hay algo que pueda substraer a un hombre de la búsqueda de su felicidad perdida? ¿Cuáles fueron los senderos que le guiaron por la ruta inalcanzable?

Tal vez los hombres no pueden realizar sus sueños sin destituirlos.

Era evidente que había vivido algo ajeno a la vulgaridad.

El venía huyendo en una retirada no muy honrosa, cuando perdió su voluntad ante lo desconocido, y ahora, por haberlo enfrentado, estaba deshojándose en medio de esa plaza.

¿Cómo había llegado nuevamente a ese lugar donde la cesantía y el hambre de mucha gente aparecen, ante el espectador que pasa de prisa, disfrazados de holgura?

Pasaban hombres y mujeres caminando hacia todos los puntos cardinales.

Y el hombre suspendido en la nada, seguía buscando el árbol de la sombra sin miedo.

Desde la Catedral unos pájaros partieron llevándose un mensaje de las campanas.

Braulio Arenas (1)

(1) El trabajo que Arenas nos ha entregado, a mi ver, no cumple con algunos de los mínimos requisitos del cuento (¿un diario?). Sin embargo, lo publico por el hecho de que Arenas pertenece a nuestra generación y "Gehenna" es lo menos literario de su producción.

Gehenna

I

Un sueño que se desarrolla con precisión crítica. La esquematización, los huesos necesarios, nada de epidermis o de primeras impresiones. Un claro de bosque o un cadáver que se amana. Remontando esas lejanías se llega a la cámara del amor. En un plano del aire donde los ojos están cansados pero no cerrados, donde todo tiene un frescor recién nacido, la naturaleza sádica, la luz ódica. Esa razón física de despertar puede obedecer a una orden dictada en el sueño. Yo lucho por resistir las visiones, sus leyes, su rica variedad de colores. El delirio se muerde la cola. En mi alegría yo confundo los paisajes, todo me parece hermoso y yo humilde. Un resto de independencia me hace examinar atentamente el jardín, los paseantes leprosos. Es una gravedad. O pequeño demonio que me visitas familiarmente. El comprende más bien, tú me guías. Pero llega el desenlace y es preciso abrir los ojos. Ahora quiero examinarlo todo con precisión de vidente.

II

Fuí contra mi voluntad a la reunión. Estaba enfermo,

me sentía lleno de vacilaciones. Yo pensaba con cierto encantamiento íntimo que la realidad, para mí, constituía una variedad de observaciones que era preciso avaluar fuera de ella. Pero al mismo tiempo, la obligación de mantenerme erguido me dispensaba de aprovechar la realidad en beneficio propio. La noche anterior, es decir el día anterior, porque el sueño duró hasta las seis de la tarde aproximadamente, una curiosa visión, un golpe de azar me puso frente a frente de una mujer que yo no conocía. La persona que abrió las puertas con esa mano imprecisa del amor, era extraña, quimérica, feérica. Ninguna cadena la sujetaba a la realidad, ella no tenía mentalidad de perro.

La anécdota de la visión se borró completamente de mi memoria, pero el rostro de ella adquirió una precisión insospechada.

Un llamado telefónico me cortó la respiración. "Venga usted" —me decía alguien—. Esta invitación me llenó de alegría en el primer momento. Yo no pude interpretar el motivo. "O todo va bien o es necesario pegarse un tiro". Yo repetí esa frase orgullosamente. Pero al mismo tiempo me sorprendió mi seguridad. ¿Desde cuándo he aprendido a fingir? No soy ordenado, esto no entra en un terreno de preguntas y respuestas.

Contesté afirmativamente. Un trabajo agotador cambió mi punto de vista. Yo pensaba en pensamiento que era preciso cambiar algo, reformar un vértigo, cualquier cosa. Esperaba una carta. Esta espera fija mis recuerdos con cierta exactitud. Es para mí asunto de vida o muerte atravesar el techo y volar con la vida hacia adelante. Salvar, salvarme. Ya no tengo nada que me defienda, un cielo enemigo borra la tierra con sus manos llameantes. Nada esperar; sobre esos tristes resultados de un sueño, yo debo agregar los argumentos de la realidad. Un rasgo de orgullo me hizo abrir la vida hacia la muerte. Yo no ocultaré mi cabeza bajo la tierra. El hombre está colocado entre el cielo y la tierra por una razón misteriosa.

III

El azar antes que nada. Por él yo sacrifico la experiencia, la vida dirigida. El presentimiento de un suceso feliz me hace respirar nerviosamente. La felicidad por la adivinación. Con pensamientos entrecortados —a mi manera— el mundo se une como una sola malla de oro.

Esta joven vestida con un traje especial nunca de moda, pronuncia palabras convulsivas, no sabe calmar su impaciencia, o, como dirían, no sabe despertar a tiempo.

No sé cuántos años pasaron desde que la conocí. Seguramente, una felicidad prevista corre el riesgo de dar paso al azar. De este único modo se puede justificar mi amor formado de conjeturas. Ello es lo más importante para mí. Este aspecto maravilloso del amor tiene para mí la consistencia de una realidad. Es lo solo que une. Por varios años evité encontrarla directamente. A veces estábamos a un solo paso, pero un vértigo sucesivo me inducía a partir precipitadamente. Ella obraba en reciprocidad. No sé qué razón la obligó a presentarse de pronto. De pronto me dormí con un sueño de cómplice, un sueño pasivo. Estaba cansado, aburrido, sonriente. Era demasiado tarde para retroceder.

Aquella noche yo volvía de una conversación brutal, de una entrevista penosa; todo se había perdido. Se imponía comenzar de nuevo mi trabajo o no pensar más en semejante clase de quimera. Exteriormente yo me esforzaba por callar, por hacerlo todo lisonjero y comunicativo. Es una falta de pudor sufrir a la vista del público.

Solamente ahora puedo hablar de él con cierta objetividad.

La enumeración de los hechos. El 5 de Octubre de 1929 (la fecha es provisoria, como se puede suponer) recorría yo las calles por la mañana, ociosamente. Me encontraba casi restablecido, casi invisible para mí mismo. Sin fingir nada, yo creía en la intervención del amor. Se mezclaban en mi cerebro nombres desaparecidos, figuras sin contornos, que me empujaban nerviosamente a las ex-

plicaciones. Trataba de odiarme, trataba de encontrar repugnante mi afición a los recuerdos. A los 16 años yo pensaba en el mundo con cierta condescendencia. La propia imaginación jugaba con la imaginación ajena; me separaba en varias personas a la vez, como en una suerte de delta. No estaba conforme—esperaba algo.

De pronto, a lo largo de una avenida, el mundo se hizo confortable y tranquilo. Como si mi cerebro hubicra dado un paso en falso, yo caí en el vacío de mi propia imaginación. Sin embargo, yo sabía que esto lo hacía en beneficio de otro ser, de alguien cuyo conocimiento me estaba vedado. Caminé impaciente. Quería llegar antes que todos los transeúntes. Uno de ellos me miró sorprendido: era la joven que yo buscaba. Ambos cerramos los ojos con idéntica torpeza. Cuando volví a abrirlos, ella había desaparecido.

IV

Esa llamada me despertó bruscamente. En el primer instante yo no tuve el tiempo de reflexionar. Desearía una quietud universal, casi un minuto de silencio, para volver a recuperarme. Pero todo giraba con actividad. Más allá de la pasión, de la manía de la memoria, un testigo me informaba de todos mis pasos. Yo procedí desatinadamente aceptando aquella invitación. Me decía: "Tengo el tiempo justo". Eran las seis de la tarde. Una luz lechosa, líquida, cambiaba el ambiente. Procedí como un sonámbulo. Un baño caliente me hizo retroceder muchos años, cuando vivía en otra parte y salía a la misma hora feliz, lleno de delirios, en busca de amistades, de novedades para toda mi vida.

V

Algunos días después los acontecimientos se precipitaron con una velocidad verdaderamente asombrosa. Sucedieron innumerables coincidencias, imposibles de silenciar.

El 15 o el 16 de Octubre yo recibí una comunicación de una amiga mía: "Ven pronto"—era el imperioso mensaje. El arrastre de esta pequeña frase tuvo la fuerza suficiente para sacarme de mi tranquilidad. Fuí donde ella. Conozco suficientemente bien el sitio del crimen. Fué ella precisamente quien le puso ese título a su casa. Era preciso subir la escala hasta un tercer piso, tocar el timbre y esperar un cuarto de hora. Esa espera me descomponía. Por fin apareció ella. Estaba durmiendo, estaba leyendo, estaba bañándose, hablaba por teléfono, eran sus disculpas. En buenas cuentas, sólo quería echar a perder mi velocidad. Casi siempre estaba sola. La madre se la pasaba en reuniones y la criada era sorda.

Pero esa vez la puerta se abrió inmediatamente. Ella apareció en el umbral, con sus ojos que parecían leer un imaginario libro y con su pelo de prostituta de alto rango.

—Mira —me dijo, mostrándome una fotografía—, mira por primera vez en tu vida un rostro verdaderamente interesante.

Yo miré rápidamente el retrato y aparté mi vista como de un abismo. Reconocí, la reconocí a través de otro semblante. "¿No me preguntas quién es?"—insistió mi amiga.

—No vale la pena —repuse—, debe ser alguna de tus compañeras del colegio.

—Es una persona desconocida. Te equivocas. Yo no sé si existe o no.

Me aprontaba a partir. Ella me tomó de un brazo con un ademán impaciente y nervioso, y me explicó el hallazgo de la fotografía con frases entrecortadas: "A la salida del Teatro Miraflores la encontré en el pasillo. Me llamó la atención y la guardé inmediatamente. Eso es todo.

Semejante historia no aclaraba nada. Le pedí la fotografía y ella me la regaló. De vuelta a casa, la eché en mi escritorio, en un cajón clausurado, y no la he vuelto a ver más.

Conjuntamente con este episodio, extraño para mí,

otros dos acontecimientos me acercaron a la misteriosa joven.

En uno de ellos, una carta jugó el principal papel. Una tarde que estaba solo en casa —vivía en Echaurren 36—, alguien tocó el timbre y cuando fui a abrir no había nadie esperando. Pero una carta, botada en el piso junto a la puerta, me llamó la atención. Tenía mis señas. La abrí inconscientemente, creyendo hasta el último momento en un malentendido. La carta estaba concebida en pocas líneas: "Veámonos mañana, a las diez de la noche, en..." Ninguna firma. Yo no fui a la entrevista. No me explico qué hilo conductor vi entre el retrato y esa carta garabateada, llena de borrones, escrita con una caligrafía de borrones. Me dominó un sentimiento de confusa piedad por la desconocida. Algo, la presencia del amor seguramente, parecía rodearme, instruirme en determinadas acciones, hacerme andante de misteriosas avenidas.

El tercer aviso que se relaciona con ella fué un contacto casi cuerpo a cuerpo. El 26 de Octubre estaba yo sentado en un banco de la plaza Manuel Rodríguez. La soledad más completa, la obscuridad más profunda, hacía imposible una identificación de amor. Sin saber cómo, una mujer apareció a mi lado. ¿Qué azar la condujo allí? Se sentó a mi lado, en silencio, reservada, digna, confiadamente. Yo no vi su rostro, lo ocultaba la noche. Yo veía el rostro de la noche, un rostro favorable, directo. Ambos permanecemos juntos durante largas horas, sin hacer un ademán, sin que ni siquiera supiéramos que vivíamos. El silencio fascinante de un surtidor ahorra las palabras que no sabíamos decir. Yo juro que vi la noche rodeada por terribles fuegos, reunida por una sola boca que profetizaba visiones. Eso es todo.

Pero hay algo más que decir. La carta que recibí en días anteriores, con esa frase dictada por la desesperación, indicaba precisamente la plaza M. R. como lugar para la entrevista.

VI

Me repugna escribir por el solo placer de reflexionar.

Nada me impediría ocultar mi vida, ni nada tampoco lucirla a cada paso. El día que me convencí que el género de las confesiones era un género literario rompí muchos papeles míos que hubieran interesado en alto grado a los médicos y a la policía.

VII

He aquí el sueño donde intervino la desconocida. Estábamos los dos en una habitación blanca, llena de muebles blancos también, desparramados éstos en un extraño desorden. Una escala de mármol atravesaba la cámara de parte a parte. No puedo explicarme con claridad. La escala de mármol llenaba toda la pieza. Es decir, se unía con ella, y de las dos resultaba una escala-cuarto. En la escala había sillas y mesas. Nosotros, ella y yo, saltábamos por los escalones, evitando tocar los objetos de uso doméstico. Tres puertas comunicaban con el exterior; estaban abiertas. De pronto sentimos los pasos de muchos hombres que venían con ánimo de penetrar en la habitación. Esto me angustió espantosamente. Yo comprendí que el peligro provenía de allá afuera. Pero la bella mujer que me acompañaba me dirigió una sonrisa tranquilizadora de cómplice. Rápidamente se sacó un largo cabello rubio de su peinado y lo enlazó a su dedo murmurando la palabra Gehenna. Las puertas se cerraron como por encanto. Las personas de afuera golpeaban la puerta con rabia espantosa. Después todo fué Gehenna para mí. En el sueño esta palabra correspondía a Tabú, pero con una significación horrible. Continuaré explicando este sueño más adelante.

Al despertar, yo temblaba como una hoja. Eran las seis de la tarde. En ese momento recibí una llamada telefónica. Yo estaba seguro de que se desarrollarían sucesos sobrenaturales. En el último momento llegó a mi poder una carta que me salvó. Era mi indulto.

Es increíble que una carta de amor se transforme en una carta anónima.

VIII

Solamente a las once de la noche pude asistir a la casa

de la fiesta. Se había reunido un buen número de personas ya. Yo estreché manos afectuosas y respondí preguntas amables. Sin embargo, estaba inquieto, buscaba algo.

Por fin me quedé solo, lo que me permitió buscar sin que se me incomodase. No sé el tiempo que empleé en semejante búsqueda. Solamente cuando me sentía decepcionado por el resultado, vine a encontrarme con el misterio. Hablo de ella, de la misma mujer que he buscado toda mi vida, y que sale y vuelve en una perpetua oscilación.

La encontré vagando ociosamente por las habitaciones, con las manos a la espalda, con un gesto importante en el rostro. Ella atravesaba las salas con un susurro de pies, volando casi, deslizándose por entre los invitados, con seguridad. No me sorprendí al verla. Todo me pareció natural y simple, incluso el sueño que me invadió, el sopor al mirarla por primera vez a la realidad.

Yo me sentía lleno de confianza por la compañía de esta persona. No esperaba que permaneciera en el salón largo tiempo. Esto me alegraba. Buscarla eternamente sería mi trabajo. Esta afición por la búsqueda, por las asociaciones peligrosas me conducía indirectamente a la felicidad. Por esa razón aprovechábamos las horas. Conversábamos. Esto no es claro de decir. Nos habíamos aislado en una pieza, para mí desconocida, sentados frente a frente, y nos examinábamos sin cambiar una palabra. Pero bellos proyectos se entrelazaban y nos mentíamos toda clase de verdades. Ella se prestaba de buenas ganas a esta interpretación del amor. Me parecía encontrarme en una plaza, yo no lo sé.

Yo salí repentinamente. Me perdí en la calle, en un lugar ininteligible. Nada era agradable, yo prefería esa representación del amor físico, yo interpreto hasta las últimas convulsiones de los estanques públicos. Nada me guiaba. Yo huí para salvar algo. El amor pudo ser para mí la interpretación de un sueño, en un sentido figurado. Por una suerte de asociación de ideas, este bienestar constituía una entrada fácil en la muerte. Andaba errante.

De pronto la calle atrayente, fácil y misteriosa, fué un

lugar de tormento. ¡Qué sea así!

Yo no podía andar sino muy lentamente, y eso, con dificultad. Fué lo único que me demostró que soñaba. Yo quería salir del sueño por la intervención de un abandono. Pero no podía obligarme a no mirar, a no pensar, a no dormir. Sin ninguna piedad yo volvía al amor.

Ella caminaba lentamente. Por un instante marchamos juntos. Yo me decía interiormente: "Dame la salvación". Ella me miraba con ojos encantados. Su bella expresión la hacía reconocible. Con pavor recordé una escena semejante.

En Octubre de 1929 yo caminaba por una avenida igual a la de ahora. Iba al lado de una mujer. Quedé solo; ella entró a una habitación enorme. El sueño se venga y es preciso reconstituir la vida en él, parte por parte. Ya nada me hace dudar.

La casa se alzaba con un índice interrogante. Entré siguiéndola, pero la desconocida desapareció sin que yo lo evitara.

Nada recuerdo de ella, nada tampoco de mi obsesión. Yo no me olvido del mundo por egoísmo, sino porque otros asuntos me solicitan. Es esta la ausencia total de la lógica, del sentido del peligro.

No tengo la muerte fácil. Lucho hasta el último momento. Pero si la muerte prometiera darme esa mujer para siempre, yo dejaría de respirar. Quiero explicar los antecedentes del sueño.

En el año 1929 yo encontraba agradable a cierta persona. Ella murió, desapareció, fué comida por el misterio. Yo no lo sé. Hace pocos años la volví a encontrar, pero ya no nos reconocimos. Entonces se lo confesé todo y me puse a dormir. Esta es una manera de decir, porque tenía los ojos abiertos e imaginaba una reforma íntegra del mundo — lo encontraba demasiado sucio — y esto recibe el nombre de quimera y pérdida de tiempo. Salía del sueño y en la vida diaria me comportaba como un ser de la vida diaria. Es decir, procedía con determinadas mentiras. Se ignora el género de mis preocupaciones.

De pronto una joven unió los rostros distantes de mis amigas. Fué una persecución bien interesante. Recuerdo que en la habitación de la casa lo examinaba ella todo con curiosidad. Las sombras me rodeaban; una luz artificial, la única creada por el sueño. Yo no puedo representarme con claridad esa avenida, esa casa de muerte. El lugar de las palabras, el silencio — yo esperaba. Se abrió la puerta con suavidad y ví una lámpara que avanzaba, que se depositaba en la mesa. Yo luchaba por conocer al destinatario. Imposible. La lámpara se gobernaba sola. Entonces grité. Este grito me despertó. Pero no hacia un mundo de todos los días, sino hacia un mundo de todas las noches.

Me extravié en la bruma, persiguiendo una mujer, una llamada, un grito.

Huyendo llegué a un jardín abandonado. Ese jardín era igual a otro que yo conocía desde antes. Sin embargo, no puedo ubicarlo en mis recuerdos. Un apasionamiento inútil me detuvo en él, con el propósito de recomponer mis ideas y aclarar mi vida. Me dí cuenta que perdía un tiempo precioso. Me acerqué a una pared del jardín. Oí una voz que me exigía trepar, mirar el otro lado. Subí.

El jardín se comunicaba con otro. En éste había varias personas de toda clase. Estoy tentado de agregar, y de toda especie, porque, a la verdad, esos cuerpos no tenían casi forma humana, adquiriendo la fisonomía de plantas mortales, de estrellas venenosas, de abanicos centelleantes.

En medio de todos reconocí a la joven que yo buscaba. Ella se entretenía en una singular labor: Se pasaba las manos por su cara, arrancándose los ojos, la nariz, la boca. Yo la contemplaba curiosamente. Al verme ella gritó: "Ven a reunirse con nosotros".

Sus compañeros sonreían. Entonces la joven se puso de pie mostrando su cuerpo que había sufrido una original metamorfosis, y alzó una mano. Empezó a monologar:

—No vengas, tú no puedes venir. Huye. Tenemos demasiado tiempo. Este es un lugar maldito. El mundo, mira lo que se ha hecho de la tierra. No me salves. Jamás. Gehenna. Gehenna. Esto es Gehenna. La corrupción,

la patria, el fuego en las entrañas, los matrimonios, la política, la religión. No entres a Gehenna.

Sin embargo, yo esperaba más, otra cosa, casi una justificación de semejante delirio. Por fin lo obtuve. Ella dijo rápidamente: "La lepra nos corrompe. No saltes aquí, es peligroso". Eso me decidió. Sin saber lo que hacía, salté hacia el otro lado. Me recibió una tierra infestada, una tierra de algodón. Desde mucho tiempo atrás yo quería informarme acerca de la lepra, por esa razón salté. Pero, más bien pensado, mi salto no tuvo otro motivo que el saltar. Salté con facilidad y esta ligereza de mis movimientos me convenció que ya no soñaba. Hubiera sido imposible desenvolverme tan sueltamente en un sueño.

Ellos me recibieron con alegres exclamaciones. Me acogieron como a un pariente que regresa. La joven — una criatura horriblemente desfigurada por la lepra — me tomó de una mano y me invitó: "Vamos a conocer nuestra casa".

Yo veía una inmensa extensión de terreno en mi torno, sin ninguna señal de edificios.

—Ven, —agregó—, no temas nada.

Permanecemos inmóviles. Yo no respiraba, el corazón corría. Yo estaba encantado, estaba petrificado. Me di cuenta que nos hundíamos en un suelo fangoso. Mi cabeza ya no me pertenecía. Nuevamente me invadieron las tinieblas. En ese momento recibí la llamada telefónica, invitándome a la fiesta.

—Apresúrate — dijo ella, con un visible terror en su rostro—. Ven antes que se pierda todo.

Anduvimos, abriéndonos camino bajo tierra. Llegamos ante una puerta de tierra. Ella la abrió, poniendo un dedo en la cerradura. Yo observé su dedo. Un cabello rubio lo rodeaba como un anillo.

—Esto es Gehenna — me explicó con una sonrisa.

Se abrió la puerta y una claridad deslumbrante proveniente de la sala, nos vino al encuentro. Semejante claridad me hizo retroceder, pero mi acompañante me tranquilizó y me invitó a avanzar. Yo la miré con desconcier-

to. Ella volvió a decir:

—Yo no puedo reunirme contigo. Ese lugar está prohibido para mí. Yo soy un cadáver. Yo soy el cadáver de tu novia. ¿Me reconoces? Has llegado hasta el cementerio, has abierto mi tumba, has desenterrado mi cadáver, y ahora me contemplas. Pero esta misma noche estarás con ella en el baile.

Ella, en silencio, me señaló una joven desconocida que estaba sentada en la sala.

—Ahí estoy yo —me dijo—. No temas nada.

Yo me volví para mirar al cadáver: Este había desaparecido.

IX

Acompañado de esos tristes presentimientos yo fui a la reunión aquella noche. Yo sabía de antemano lo que se me esperaba.

Tranquilo, resuelto; no hagamos un moderado uso de lo sobrenatural. Existe una identidad maravillosa entre el sueño y la poesía, entre la poesía y el placer, entre el placer y el terror. Y ellos son inagotables. Por una suerte de asociación de ideas, yo me encontraba satisfecho de todo, anhelante, respirante, curioso. El amor me frecuentaba. Nada me interesa fuera de una zona favorable al encantamiento. Un poeta puede llegar indirectamente hasta el mundo. Pero no lo rechaza. Por el contrario se hunde en él, estrecha manos leprosas, comprende, comparte la vida. Compartir la vida. Una extraña proposición hace de semejante idea un terreno fácil para discutir el problema de la vida. Compartir, ganar la vida. ¿Qué significa esto? Esto significa que el hombre debe abandonar sus más queridas reservas, y la obsesión, y el delirio, y el recuerdo de su paso instantáneo por una región poblada a su gusto, para satisfacer los caprichos de sus parientes, de la colectividad. Pobres y rastreras aspiraciones. Salvarse para la política, para todo uso indebido de la vida. No es por azar que son los descastados y los malditos y los extraordinarios los que tienen sobre sí el peso más tremendo de la

poesía. (Por ejemplo, Lautréamont, Rimbaud, el marqués de Sade, André Breton). Un llamado obscuro hace que semejantes hombres se aparten de todas las sendas establecidas, vuelvan al pasado, arrojándose a maros llenas en el conocimiento primero, en los instintos, en la subversión.

La enumeración es enorme y cerrada al mismo tiempo. Un día acaso la intente. Le debo reconocimiento a los que me dijeron que no estaba solo.

X

Es interesante para mí fijar otros antecedentes de mi sueño. Por cierto que todos ellos se refieren de una manera casi exclusiva a una determinada persona. Es casi un tema de observación. El amor me golpeaba obsesionalmente. Pero yo no trato de evitar sus manifestaciones. No es honrado cambiar bien por mal. ¿Qué delirio puede transportarme, cerrarme los ojos, hacer de mi cuerpo un boomerang que regresa a su punto de partida?

Lleno de vacilaciones, sin tener la convicción de haber acertado a describir fielmente el tránsito del amor, debo empezar a relatar, es decir, debo continuar hablando de ella. Gobierno mentalmente el deseo de vivir. Esta ansia veloz de anticiparse me hace tomar ventajas. Es fatal que esto se produzca. De tanto unir la noche a la espera, resulta que no espero otra cosa que la noche. Yo espero la noche por el resto de mis días. Simples circunstancias me advierten que procedo bien.

Un simple ejemplo: La curiosidad, la ociosidad, cualquier cosa, hizo que descorriera la cortina que ocultaba ese cuadro. Un gesto instintivo me hizo retroceder como a la vista de un dragón. Y, sin embargo, el cuadro no tenía nada de terrible. Representaba a una mujer, pintada a la moda de 1850 aproximadamente, solícita, sonriente, amable. ¿Qué había de extraño en su peinado, en sus ojos de adoración incesante? Pero casi un idéntico grito de sorpresa salió de su boca, al verme. ¿Es necesario decirlo? El cuadro representaba la misma bella joven que he buscado siem-

pre, la misma cuya mortal semejanza me ofreció una amiga mía en una fotografía perdida en un cinema. Un gesto de terror atávico hizo que yo retrocediera sin reflexionar.

Me encontraba en un extraño sitio. No puedo describirlo, no puedo acordarme con exactitud. Yo había recibido una amable invitación de parte de un grupo de amigos. En el primer momento yo acepté sin vacilar. Solamente después ví lo imposible de satisfacerlo, pero ya era demasiado tarde. Aquella noche todo el mundo parecía nadar en un líquido brillante. Las calles, llenas de transeúntes, resultaban casi por ese motivo desconocidas para mí. No fué raro que me extraviara.

Andaba contra mi voluntad. Una fuerza centrífuga, ferozmente me empujaba lejos de mi órbita. No es un accímodo fácil.

De pronto, entre dos tumultos, quedó un espacio libre. Yo me apresuré por llegar a él. Esto resultaba comprometedor. En medio del círculo de personas había una joven, una bella desorientada, que sonreía fijamente, delicadamente. A la verdad yo comprendí que a ella muy poco le interesaba cuánto sucedía en torno y los pasantes que la miraban extasiados. Más tarde, ella me explicó el empleo de sus pensamientos.

Sin duda alguna, nosotros nos veíamos por primera vez. Pero ella no dudó un instante en correr precipitadamente hacia mí como si me aguardara. Los transeúntes dejaron de preocuparse del asunto. Echamos a caminar en silencio. Nada me parecía inoportuno o fuera de razón. Para mí, esto significaba la reanudación de un sueño. Sin embargo, mi tranquilidad era aparente. Eso lo observé yo mismo, porque por un instante no pude controlar mis palabras.

Ella se mantenía tranquila. Yo aguardaba con curiosidad que hiciese un ademán poco acostumbrado para que él nos sirviera de contraseña, de clave. El ademán esperado llegó al fin.

Ella, de pie, alta y decidida, levantó su mano izquierda, mientras llevaba la derecha diligentemente hacia su corazón, y la mantuvo arriba mientras exclamaba, con los

ojos cerrados, la palabra "Gehenna". Al conjuro de esta palabra, los transeúntes, las calles, la ciudad entera con sus fuentes y sus jardines, desaparecieron. Quedamos solos, dueños de un universo deshabitado.

Pero esto no es todo; lo más curioso, si no lo más extraño o interesante, vino después. La ciudad que yo tanto conocía se transformó en un campo de hielos en un lugar de silencios. Ella, la aparecida, fué retrocediendo hasta el fondo de ese paisaje y desde allí, alta y dominante como siempre, cambiada en surtidor que tejía palomas, dividió el cielo, la tierra en dos partes idénticas. Yo la contemplaba con ansias de saber lo que sucedería. Pero si miramos persistentemente un mismo lugar, nuestra imaginación lo transforma a su capricho. Esto sucedió con la hechicera, con esa joven que aparecía y desaparecía de mi lado, con la reconocible y la desconocida a la vez.

Ella formaba ahora el contorno de un castillo colocado en lo alto de una montaña de hielos. Las láminas de los tejados de este castillo lucían al sol boreal, lo incendiaban, lo hacían servir de señal a los amantes perdidos. Yo fui hasta él por necesidad. Corrí por la campiña de hielos. Mis pasos resonaban como si fuera por una calle desierta. Esto me alegró. Pensé que había alguna buena razón para creer en el triunfo de los delirios, para incorporarlos como materia viva de experimentación a la vida de siempre.

Yo corría frenéticamente por la pradera helada. Era un comienzo de principios del mundo. Grandes helechos se alzaban con un color refrescante. Entonces estos helechos tenían un color azul, pero de un azul desconocido. Había otros de distinto color. Todos, entre sí, formaban una variedad marina. Grandes olas tejidas y detenidas en la tierra, y al pasar por entre ellas, pisando el hielo, me imaginaba correr por el cuerpo de una persona. Es difícil explicar de donde provenía semejante asociación de ideas.

Después de un rato yo me sentí perdido en esa vegetación. Miré la tierra instintivamente. Una paloma con un ala rota corría delante de mí. Un reguero de sangre se marcaba en el hielo como una señal para guiarme. Esto

me dió ánimos. Yo cambié con la paloma una mirada de inteligencia. Aparentemente el bello pájaro no sufría. Se había herido por necesidad, como un prisionero que en su celda escribe un mensaje con su propia sangre. Esta idea me dió una nueva interpretación del asunto.

Yo comprendí que la paloma escribía algo también. Empecé a recorrer su sangre y ví trazada la palabra *Gehenna* en caracteres enormes. Abrí los ojos. Estaba frente a la puerta del castillo. Entré a él, siempre antecedido por el pájaro sangriento. Mis ojos, acostumbrados al resplandor del hielo, no se habituaron de inmediato a la obscuridad del recibimiento del castillo. Permanecí de pie, olvidado de todo, vacilante, pero sin nada de angustia por lo que me sucedía. En la bruma que me envolvía, perdí de vista la paloma. Pero ya estaba en buenas manos.

En ese castillo el tiempo transcurría muy lentamente, y, por lo tanto, la hora o las horas que permanecí en él, fueron de larga duración. Sólo así es posible que yo recuerde todos los detalles.

Cuando mi retina pudo distinguir el lugar en que me hallaba, yo no perdí mi tiempo y busqué inmediatamente una persona para que me guiase.

Ya me aprestaba a subir una enorme escala que conducía a un torreón seguramente, cuando ví descender por ella a la hermosa joven que ha sufrido tantas curiosas transformaciones desde 1929 acá. Era ella misma. Estaba en ese lugar como en casa propia. Al verme, me invitó con una sonrisa hospitalaria a subir. Yo la seguí confiadamente, entregado al misterio con ojos cerrados, sin pretender descifrar ningún enigma.

Subimos a una alta torre. Desde allí se dominaba una gran extensión de hielos que se prolongaba hasta el horizonte. El cielo era un cielo de hielos. Desde el torreón sentí un deseo irresistible de arrojarme abajo. El abismo se abría sobre un abismo y sobre otro más, como una caja de repetición. Pero ella me tomó una mano y dijo algunas palabras tranquilizadoras:

—Ahora no es conveniente. Más tarde veremos. Espera.

Yo la obedecí. (¿Comprendes?) Descendimos. Fué en ese momento que ocurrió el suceso del retrato.

Al pasar por una enorme habitación, obscurecida por pesados cortinajes de terciopelo, una habitación despoblada de muebles, ella se alarmó visiblemente y quiso salir de allí con toda rapidez. Pero yo la detuve. Grité con violencia:

—Quiero saber qué cosa está escondida detrás de esa cortina.

Ella, sin contradecirme, sin ensayar un ademán de defensa, avanzó hasta la pared, pálida y mordiendo los labios como si en ello le fuera la vida, descorrió la cortina precipitadamente.

Ví el lienzo, su propia imagen reflejada en el retrato. Yo no grité, pero retrocedí violentamente. Ella tuvo un hermoso rasgo de delicadeza, casi de ironía brutal.

—Perdón —exclamó.

Volvió a correr la cortina. Yo la miré sin saber que hacer. Ella estaba agitada, intranquila. Ahora se movía nerviosamente.

—Debo abandonarte —me dijo—. Debo ocupar mi puesto. Pero esta noche me reconocerás en el baile.

Salió rápidamente. Yo me quedé solo. A mi vez abandoné el castillo. No salí a la ciudad, como me imaginaba. Tuve que pasar por todas las alternativas de alegrías y quebrantos de la ida. Se repitió el proceso de la lenta asimilación de un hombre a la vida. Sólo cuando esta transformación estuvo realizada pude abrir mis ojos de siempre.

XI

Era extraño que nadie a mi alrededor advirtiera la presencia de la joven. Esto se podría explicar únicamente como un bondadoso gesto de las restantes personas, o, acaso, por el deseo de éstas de observarme sin que yo echara de ver que eran mis espectadoras. Bien pronto yo prescindí de ellas para hacer lo que se me antojaba. Al principio va-

gué ociosamente por las habitaciones, mirando todo, buscando algo, incluso un ser sin apariencias determinadas de amante, entregándolo todo a la casualidad. Esta búsqueda me llevó lejos en mis reflexiones. Yo me decía: "He aquí que comienza una aventura grande, un sueño deseado, que se cumplen los pronósticos".

Antes de encontrarla realmente tuve un verdadero temor. Yo estaba cansado de mi mismo sueño. Quería llegar hasta el reposo absoluto, no pensar, no frecuentar más semejantes visiones. Pero el sueño llegaba como una marea fácil. Veréis por qué.

XII

La cabeza se inclina con suavidad, con encantamiento. Ella se siente perdida, renuncia a todo. Las sombras de un paraíso luminoso la golpean con insistencia. Rueda hasta el final, abandonada, guiándose por los últimos latidos de su cerebro. Cabeza amante, con millares de otras cabezas reunidas en un solo haz, reaccionando al contacto de la primera luz, como un diamante. Su rostro en mis manos, yo lo veo buscar un oriente mágico, ensayar una vuelta atrás. Su boca habla quiméricamente. Yo la escucho sin interrumpirla, sin que mi boca intervenga para empeñarse en dirigir sus evocaciones. Ella nada por un mar de sangre, por un mar de fuego. Yo mismo sigo su dirección hechizada. Insisto en decir, en aclarar esta imagen mía, esta idea, con la desesperación de quien se ve frente a un mensaje cifrado. Ahora necesito la más tangible realidad, la que posea una vocación terrible, un revés de sueños. ¿Cómo transmitir una sangre por una corriente de sangre sin que éstas corran el riesgo de unirse? Unir las sangres, unirlas a toda prisa, cueste lo que cueste, yo lo deseo. Mis pensamientos, todo lo que doy, todo lo que puedo disponer, lo entrego en custodia a esa persona que duerme. Ella vigila, ella cuenta, ella rechaza, ella admite. Como se puede suponer, se necesitaría toda clase de orientaciones, especificadas con el mayor cuidado, con horas de partida, con el

control de los viajeros, con la exactitud de los accidentes. Yo veo dormir a esta persona, pero yo la contemplo desde mi propio sueño. Sólo así se explican las observaciones. Nunca repito la misma forma de contemplar, las combinaciones son múltiples. De espaldas en este jardín marcado por el delirio —un lugar peligroso—, por los restos que el mar arroja como un jugador en la mesa de juego, yo escucho, oído en tierra, los pasos que se aproximan, las personas que lo buscan como un sitio de encantamientos. La restante es una realidad muy provisoria. Aquí tenemos un espacio disponible, por lo menos, para los que huyan con gratitud. Sólo en esa forma se explica qué el jardín hecho con oros y diamantes, con árboles de champagne, con flores de gaita, con surtidores de pensador, con caminos exclamativos, con jardineras de obsidiana, sea plaza de ajusticiados, un lugar feliz.

No sé, a la verdad, cuando vi por primera vez ese jardín "de hospital". Creo que yo le evité siempre hasta el momento de recibir aquella famosa carta donde se me pedía insistentemente concurrir a él. Por una suerte de desmemoria, yo no puedo precisar si esa carta llegó antes o después de soñar con el jardín, de permanecer en él largo tiempo. Lo único que recuerdo es el color del ambiente, el color blanco derramado en un lugar sin ningún color. El produjo un extraño cambio en mi personalidad. Yo había llegado con un sinnúmero de preocupaciones, pero a su vista todas fueron postergadas, casi por el sólo hecho de sentirme rodeado de ese color. No encontré a nadie en el jardín y por esa razón tuve que caminar sin informarme. Yo creo que este paseo mío se realizó momentos después de salir del castillo imaginario. Mis preocupaciones, si esto es así, se referían fatalmente a mi acompañante eterna. Yo estaba convencido que no la vería nunca más y que esta cita forzosa se refería a otra persona con la que hablaría de asuntos indiferentes. Por lo tanto, yo no me apresuré a buscarla, y me entretuve vagando por el jardín. De pronto, tal como de un rostro angélico va naciendo viciosamente un rostro satánico, el jardín fué perdiendo su primitiva fi-

sonomía. Yo reconocí, no con espanto, sino con una suerte de alegría frenética, el lugar donde encontré aquel grupo de leprosos. Llegó todo nuevamente, incluso ese pronunciado olor a yodo, y empecé a marchar con dificultad, con pies de plomo, durmiendo.

Esto provenía de un error mío, de un recuerdo olvidado. En 1929 perdí de vista a cierta joven y la separación me produjo una crisis horrible que no se tradujo en ningún malestar físico. Incluso puede decirse que espiritualmente tampoco sufrí. Nadé con mis semejantes. Observé todo lo que había a mi alrededor, eliminando y anexando ideas. Estaba sediento de redimirme por el sacrificio. El suicidio siempre se me ha antojado una solución transitoria. En tantas preocupaciones diversas, yo perdí el punto de partida. Sólo cuando el caos llegó a su máximo, volví a fundirme en mí mismo bajo el señero de la libertad.

Amante mía, cuántas ocasiones de separación furiosa, de hallazgos inesperados. Un Santiago de Chile que no es ya un Santiago de Chile, una ciudad con desiertos y jardines al mismo tiempo, con plazas de suplicio, con cartas de luto. Algunos días con determinados amores —el 24 de Noviembre de 1935— y otros de búsqueda del amor. Escrituras en paredes de espera, alucinaciones.

Recorría, como he dicho, todo el jardín sin dejar un lugar sin examinar. De este modo yo obraba con una determinada inteligencia. Efectivamente, yo quería llevarme una imagen real de ese huerto enfermo, quería transcribirlo fielmente, recordarlo cuando el sueño lo hubiera desvanecido. Yo estaba seguro que soñaba. Pero el sueño, por una curiosa metamorfosis, se hacía valedero, daba una impresión absoluta de vida realizada.

De pronto este sueño, si de él se trataba, sufrió una separación brusca. Yo me sentía perdido para toda la vida. Alguien se acercó a mí, una persona invisible, y me rogó que fuera aquella noche a una dirección indicada, para entrevistarme con una mujer que yo no conocía. Inmediatamente me advertí que bien podría encontrar a Beatriz —la persona que dió margen a este delirio— en esa casa, y

respondí que iría. Inesperadamente me sentí transportado allá. Ahora estaba yo en pleno misterio.

Me encontraba en una biblioteca enorme, oscura, paseándome impaciente. La persona que aguardaba se hacía esperar. Sentí sonar las once de la noche en un reloj oculto a mis miradas. Esto me sorprendió. Creía que aun era la mañana. Me olvidé que esperaba algo y me entretuve en asociar fenómenos celestes. Por mi cabeza giraban lunas que cambiaban de face, con libraciones inesperadas; en fin, toda suerte de planetas en movimiento.

Todo se hallaba alejado de la salvación y yo veía ahora, con curiosidad, que el mundo se hundía rápidamente en las sombras. El cielo se convertía en una tela opaca donde ningún lugar estaba reservado para nuevas luces. Yo comprendía que comenzaba a repetirse la época de los hielos. Avanzaban ellos desde los polos hacia el centro de la tierra, aunque ésta es una manera de decir, ya que la ausencia del sol los hacía generar de todas partes. Huyendo de esa avalancha fatal, los hombres, los animales, los pájaros, los peces, corrían a refugiarse en los países cálidos. Con inquietud miraban el horizonte. De pronto, imperceptiblemente casi, una línea blanca emergía de él. La fuga continuaba; un destino maldito era su guía. Los hombres cruzaban miradas de terror entre sí. Nadie se preocupaba del futuro, de la educación de los hijos; era la dispersión total, el desequilibrio de las familias, el lugar recuperado para lo imprevisto. Huir, huir. Semejante descontrol de la naturaleza anunciaba claramente que esta tierra iba a estallar por sus cuatro costados.

Los más extraños casos de locura se presentaron entonces. Niños de hasta tres años recuerdo haber visto que se arrojaban sobre las personas más allegadas, poseídos de avidez sexual. Encima de un árbol de colores maravillosos—porque seguramente la cercanía de los hielos hacía más transparente la atmósfera—una joven de singular belleza cantaba canciones infantiles. Era la única, entre el pueblo que la rodeaba, que iba desnuda. Las demás personas se cubrían con pieles y toda clase de abrigos. Su brutal inex-

perencia me la hizo infinitamente querida. Otros la miraban con gestos de deseo o la tocaban con ojos repugnantes. Ella no parecía advertirlos; daba la impresión que los despreciaba a todos.

Los hombres habían acampado en ese jardín. Parecían alegres, tranquilos del porvenir, ahora, seguros que los hielos no alcanzaría ese lugar. Sólo Beatriz, parecía preocupada. Miraba hacia arriba como para informarse por un arco iris que cruzaba el cielo de parte a parte. Ya las sombras se habían retirado, empujadas por una invencible claridad. Como si todos volviéramos de la noche al amanecer, nos mirábamos las caras, nuestra lividez extrañamente viviosa.

Ahora yo participaba en todas las deliberaciones de mis semejantes. Nuestras conversaciones versaban sobre temas indiferente al peligro de los hielos. Hablábamos con inútil exaltación de asuntos pequeños, casi de interiores familiares. Esto nos divertía.

Solamente Beatriz se mantenía en el árbol, desdeñosa para nosotros, pero vigilante. Yo me aproximé a uno de los que me rodeaban y le pregunté si ya sería hora de encontrarla. Este me miró sorprendido.

—En este momento tú deberías estar en el baile con ella — me dijo.

—No puedo—contesté aparentando tranquilidad—. Debo quedarme con ustedes hasta la llegada de la muerte.

Mi interlocutor me dirigió una mirada burlona.

—El amor es la primera finalidad del hombre. La sola y la última, añadió.

Yo le agradecí sus palabras y quise retirarme, pero él no me lo permitió.

—Ya es inútil —exclamó—. Los hielos avanzan.

Yo miré instintivamente. Al fondo de la campiña se veía una línea blanca que se movía ferozmente, tranquila, segura. Eran los hielos que cumplían a satisfacción su mortal faena.

Yo pensé que todo el mundo echaría a correr, pero no fué así. Por el contrario, nadie hizo un ademán. Ellos se

quedaron inmóviles, fijos para siempre, muertos en las más inesperadas posturas. Un niño que en ese momento, por inadvertencia, había mirado hacia otro lugar al tiempo de llevarse un vaso de agua a la boca, se hallaba clavado, con un gesto de estupor, mientras el vaso, soltado de su mano, se mantenía en pleno aire, sin caer. La joven misma se mantenía inmóvil. Pero yo podía andar, aunque con cierta lentitud. Me aproximé hasta el árbol y trepé penosamente, instalándome al lado de Beatriz. Junto a ella encontré la seguridad que buscaba. Algo me impulsaba a hablar, a gritar, a referir la historia del mundo a los hombres del porvenir, aprovechando la muerte del último ser humano, buscando una comunicación posible, un eco feliz. Miré a la tierra. La ví cubrirse de una capa blanca — verdosa. Era el hielo que se insinuaba, que mostraba su faz diabólica por encima de su faz angélica. Yo me convencí que ya no podría descender nunca más del árbol. Me llené de alegría, como si hubiera abandonado la tierra para siempre. Pero yo no podía permanecer ahí. Me desprendí del árbol sin saber cómo. Empecé a flotar libremente, voluntariamente. Yo me sentí reconquistado para una tierra provisoria, para una tierra con alas por todas partes. Pero al mirar abajo, la vi en toda su pequeñez. No era ella ni la capa de hielos que la cubría lo más extraño, sino unas largas raíces que sobresalían de su superficie y flotaban siguiendo su vuelo por el espacio. La tierra y sus raíces, ahora comprendo perfectamente la luz en virtud de semejantes raíces. Todo se quedaba en ella, nada pasaba, por la razón de su inmovilidad. Nada le interesa ni nada retiene avaramente. En compensación, la tierra conserva hasta el último de sus muertos, hasta el sonido más inmediato, hasta las aves que creen no pertenecer a ella. Es esta última, seguramente, la más feroz de todas las manifestaciones del amor. Una mano se abre con descuido, con delicia, y un ser perteneciente a ella sale volando. La mano vuelve a apretarse, lejos de él. Una ley física hace que estelle en su interior la criatura de sueños que había formado.

Beatriz salió del árbol en dirección de mi vuelo. Fué

ella la única que se decidió a seguirme. Pronto en el aire volvió a recuperar su encantadora movilidad de siempre, su sonrisa, sus bellas palabras. Yo cerré los ojos de felicidad, como si nadara en una piscina de obsesionante olvido. Nadábamos juntos otra vez. Nos habíamos recuperado, y nadie podría clasificar nuestra compañía o separarnos. Eso lo sabíamos suficientemente bien y, por lo tanto, no nos intranquilizaba la visión de los hielos o, siquiera, la temperatura cada vez más fría que nos rodeaba.

Volábamos sin ninguna meta, sin el menor objetivo, guiándonos sólo por nuestro instinto elevado a su mayor intensidad. Bien comprendíamos que el menor paso en falso significaría nuestro despertar en un mundo de todos los días, y que este maravilloso desorden de la naturaleza terminaría para siempre. Atravesábamos el castillo entero, cuidándonos de no despertar a sus moradores. Este sigilo nuestro nos hizo observar el sueño general, la ropa sucia; esto no me produjo asco, sino una tristeza muy grande, no sé por qué motivo. En cuanto a Beatriz se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo iba bien.

¿Para qué encadenar los sucesos, las manifestaciones físicas, las referencias de lo desconocido, uno después de otro? La influencia que sufren los cuerpos humanos en su relación con la naturaleza es demasiado importante para que sea tratada a la ligera. En efecto, nadie podrá responder con exactitud a la pregunta planteada hace tantos siglos: ¿Qué vocación fatal es la que obliga al hombre a abandonar de repente todo refugio, toda salvación, toda comodidad proporcionada por el mundo, y le hace girar su cabeza como una flor imantada por el agua, hacia lo provisorio, lo obscuro, lo peligroso, lo maldito? ¿Por qué proceder así, por qué razón caen las cabezas al sueño y venimos esparcirse por la vida las ondas de fuego que sus caídas producen? ¿Y por qué una joven que tiembla por los secretos frente a las observaciones de los demás, hace de pronto un leve gesto con sus manos, lo bastante simple para detener la marcha de la luz, y en seguida huye de su vida lisonjera? Hay una razón inútil y una razón de muer-

te. Ellas obligan a caer de rodillas a los cobardes, a arriarse al muro de los fusilamientos a los impacientes, a vivir fuera de la ley —fuera de toda ley— a los poetas.

Esto significa que de una vez para siempre, el mundo queda dividido en dos incompatibles señeros.

Yo no busco, de ningún modo, la correspondencia con los que creen en las posibilidades de un buen vivir, en la felicidad santificada por las leyes —vuelvo a repetir que me refiero a toda clase de gobiernos—, en la prosperidad pasiva. Creo, por el contrario, en los que luchan contra una existencia obsesionada por la misma vida, en los que se sienten devorados por las más misteriosas comunicaciones de amor, en los que se alzan con una espada llameante en la mano, y se dan muerte con su propio conocimiento. Hay una variedad incalculable de amigos nuestros, de seres relacionados por las más altas quimeras, en esa línea. Son todos los que se exigen vivir en el peligro, con provisoriedad, con amor diario. Hay un detalle familiar para reconocerles: unos ojos ardientes que miran a través de sus interlocutores toda una reunión de mundos; unas manos generosas que acarician cuerpos amantes, sin otra tarea que cumplir, y de repente cogen un revólver, etc., etc. Decidles, despertadles, ellos no saben lo que pueden y son capaces de entregar, que parte de martirio. Esto es aún desconocido. Pronto partirán allá, no para hacer conocido lo desconocido, sino para defender esto último contra las clasificaciones. Por delicadeza, una interpretación general de la vida, desde el punto de vista práctico, como se me pide, resulta absolutamente conmovedora. Como se ve, aquí la curiosidad presenta un raro enlace con la sabiduría. Esa imaginación del amor, esa representación total del mundo, me frecuente casi en forma obsesionante.

Yo volaba sin advertir que volaba. Pero a una señal de Beatriz volví por mis pensamientos recuperados. Estábamos sobre una gran ciudad. Yo no la reconocí en el primer momento; ella me dijo su nombre, admirada de mi ignorancia. Volábamos sobre nuestra propia ciudad; es decir, volábamos al punto de partida. Yo me admiré porque

ni de regreso nada estaba aclarado. Yo necesitaba ahora una manifestación humana, una señal de amor, una garantía de compañía, cualquier cosa. Entonces nos miramos con ella, con la ciudad enferma de la más horrible y vergonzosa de las enfermedades, de una que merece que se la señale con una cruz roja en los mapas del extranjero, en señal de peligro.

Nosotros dos arrastrábamos el hielo en nuestro seguimiento, porque éramos los dos últimos seres humanos que quedaban en la tierra y el hielo quería borrar hasta el último resto de hombre, de la superficie. Esto nos inspiró un casi infantil cálculo: Si nosotros lográbamos planear una hora por encima de la ciudad, pronto la veríamos ser invadida por los hielos, morir. Sin demorarnos suficientemente en discutir nuestros propósitos, paramos la marcha, incluso descendimos lentamente contra la ciudad, aguardando la llegada de los hielos. Cuando éstos aparecieron en el horizonte, con su horrible y fatal avance, nosotros nos retiramos orgullosos de haber cumplido nuestro deber.

¿Era ese nuestro deber?

En ese momento Beatriz desapareció con furiosidad mágica. Jamás volvería a verla. Yo era el último que restaba vivo.

Pero un convencimiento mortal se apoderó de mí. Es el siguiente: Yo comprendí que los hielos me perseguirían siempre, como forma de destrucción siempre eterna y de construcción siempre cambiante, me perseguiría a través de todos mis refugios y de toda mi vida.

Adrián Jiménez



Para Siempre

"...Golpeo, golpeo desesperadamente... Sé que la cabeza humana tiene un límite de solidez. Más allá de él, empieza a desprender plumas y la extraordinaria esencia de la agoría. Antes que la rigidez perfecta envuelva su cuerpo, arranco de sus manos el cartón. ¿El cartón? Inútilmente trato de engañarme, pues sé que se trata del rostro de Ana. El rostro fascinante de Ana. Tal vez, por este extraño suceso, hay un muerto que se lleva mi imagen como la última visión de la tierra..."

5 de marzo de 1935.

La aldea de Hernán tiene un clima alto, amoroso. Es una tierra rodeada siempre de una luz en movimiento. Luz demasiado íntima, cargada de irradiaciones que cruzan a una velocidad mortal.

Los árboles, los caminos, las colinas, tienen tal solem-

nidad terrestre que el hombre se olvida de pensar en Dios y en la muerte.

Esta aldea era la última esperanza de Pablo, y un día llegó con su mujer y su niño. Los tres se detuvieron frente a una casa con un balcón lleno de flores. El aire movía la ropa de Pablo demasiado ancha a causa de su cuerpo que perdía todo contacto con el hombre.

—Siempre he tenido esperanza en las flores — dijo, y sus ojos buscaron a su mujer.

Ana colocó al niño entre ellos:

—¿Por qué dices eso? ¿Te acuerdas de las flores en la tumba de tu madre?—Y lanzó una carcajada fuera de lugar. Luego, poniéndose triste:—Siempre las flores más hermosas están en las tumbas....

Pablo temblaba y tenía los ojos inundados.

—¡Conniseración!—dijo Ana con rabia y alzó al chico hacia su padre:—¡Bésalo! ¡Bésalo!, pequeño Pablo...!

El niño se abrazó al cuello de su padre. Pablo se quejó y sus piernas vacilaron.

—Está ya demasiado hombre—se disculpó—y yo estoy un poco débil...

Un poco débil... El aire, la luz, el agua, todo era ya muy peligroso para la vida de Pablo.

Cruzaron la calle y golpearon a la puerta. Abrió un muchacho en camisa y con el pelo negro revuelto:

—¿Qué desean?

Ellos se quedaron en silencio mirándolo. Había una virilidad despiadada en la voz y en el rostro del muchacho, que Ana notó de inmediato. Pablo sintió como nunca su gloria perdida. Ana levantaba los ojos confusa y admirada.

—¿Qué desean? — volvió a repetir. "Parecen pordioseros — pensó Hernán—, pero ella es joven y hermosa".

Pablo tosió y Ana se apresuró a apagar el acceso de tos:

—El está un poco débil — gritó, pero la tos era más potente que su voz. — ¡Cállate, Pablo...! ¡Cállate!

—No he dicho una palabra — se lamentó él, y se estremeció desgarrado de nuevo.

—El está un poco débil — sonrió Ana — y necesitamos cambio de clima.

—Sí, está un poco débil... Tenemos una pieza, grande, con sol y mucha luz...

Pasaron. Pablo caminaba adelante con su triste textura. Hernán sintió deseos de reír y de estremecer ese cuerpo que caminaba, desplomándose alarmanamente de cabeza. Llevaba a su niño de la mano, su opaco niño existente como una emanación de su muerte cercana. ¿Sufría? Seguramente. Pero..., ¿entonces? Si la esperanza no es ni la seguridad de un enfermo... ¿Y su mujer?

Le cedió el paso. Ella tenía una melena negra, larga y apégada a su cráneo. Andaba con seguridad y firmeza mientras movía los pechos pequeños y sus ancas que dominaban la tela del vestido.

Hernán le señaló la pieza:

—Esta ventana se abre y se cierra, se abre con mucho sigilo... Ustedes tienen a la vista una colina y más allá una pradera. Puede verse el paisaje o la noche, a pesar de la gente que duerme...

Ana lo miró asombrada:

—Gracias. ¿De manera que se abre y se cierra sin temor...?

—Sí... ¿Es usted timorata?

—Sí — intervino Pablo—. Estoy algo decaído por el viaje y seguramente me duermo sin toser, sin turbar la paz de su casa...

Hernán miró atentamente sus mejillas sudorosas y sus ojos brillantes:

—¿Qué vida tiene usted en los ojos, a pesar de...!

—Sí, a pesar del sueño...

—¿Sueño?... Bueno, sueño. ¡Hasta luego!

Ana le alargó la mano que Hernán tentó en sus arduos y dulces alturas. "Una santa familia" — pensó y se retiró cantando atrevidamente.

* * *

Pasó un tiempo apacible. Sin corrientes de aire que trajeran noticias del resto del mundo, pero el tiempo desprende en los momentos de mayor serenidad, sus señales inconfundibles, sus imágenes secretas que se anticipan al peligro o a la felicidad.

Pablo vagaba por la casa, con la lentitud e inseguridad del infante aventuraba algunos pasos por el jardín. Una tarde se encontró con Hernán.

—¿Qué busca usted? Parece que siempre hubiese perdido algo precioso...

Pablo rió:

—Es una hermosa tarde—dijo—pero este aire...—levantó la cabeza y movió las aletillas de su nariz transparente—parece que se desprende del cielo... ¿verdad?. Penetra hasta la médula—se detuvo...—Dígame, joven, ¿los huesos también se consumen...?

—Seguramente... Tal vez arden. —Miró los huesos de sus espaldas.— ¿Usted no puede levantar los brazos? Usted camina para evitar caerse... ¿verdad?

“En mí, el caminar es un movimiento que va más allá de mis huesos—pensó—, es una velocidad que llevó dentro de mi sangre...”.

—Tal vez—respondió Pablo en voz baja. Levantó la cabeza hacia el cielo y se restregó la nariz en las solapas del abrigo. Hernán vió ya la resignación y la fatalidad en ese pequeño gesto:

—¿Y usted ama mucho a su mujer?...

—¿Tiene usted novia?—preguntó Pablo y rió fugazmente.

Hernán se calló sorprendido. No estaba acostumbrado a ver después de un ademán de renunciamento y de dolor, un estado de frivolidad casi maliciosa... Pablo lo miró, de nuevo triste:

—Ser feliz con las mujeres —dijo mirando hacia el lado de las montañas—, ser cruel con ellas, hacerles notar las vacilaciones y después de todo recuperarlas, pero hacerles notar la muerte, que vean en uno todo lo vulnerable, todo

el poderío que ahora me abandona... en la respiración, aún en este vaho...—mostró el cielo con un gesto de desprecio.

—Esta será una noche hermosa —dijo Hernán, escondiendo su cara.

Se despidieron...

Hernán estaba tendido en su cama. Frente a su ventana la brisa movía el ramaje de una acacia mientras la noche caía sobre las planicies.

Un presagio había apagado su lámpara y su canción. Un presagio que era ya demasiado poderoso. Oía la voz de su madre como un sonido remoto y sus pasos, cuyo fin era lo único que esperaba para un silencio completo. Sí, había un rumor inevitable de la noche, pero eso estaba bien para confundirlo con el ruido de una ventana, de unos pasos inquietos en el jardín. Prendió la lámpara y ladró un perro, mientras un viento movió la muselina de la ventana. Cortó la luz y todo volvió a la quietud. De repente oyó el llanto de un niño: el pequeño Pablo. "Ella abandona al fantasma y a su emanación" —dijo en voz baja, y una alegría le extendió la piel del rostro.

Abandonó bruscamente su cuarto. La casa estaba a oscuras completamente. Avanzó por el pasadizo en puntillas, pero se detuvo sobresaltado: su madre se desprendía de la pared:

—¡Qué loco eres!—dijo en voz baja.—Piensa que...

—Ya lo he pensado...

—Piensa que sus vestidos, sus cabellos, sus maneras te contaminan.

—¡Qué débil eras tú en el amor!...

—¡Cállate!... Antes pasarás por el cadáver de...

—¿De quién?—y la tomó atrevidamente de un brazo, colocándola detrás de él.—¿De quién?

—De Pablo...

Hernán soltó una carcajada, pero se tapó rápidamente la boca:

—¡Terrible obstáculo!... ¿Sabes que ya no puede levantar las manos hasta sus narices?... Debería estar en su

lugar, entre misas y flores...—Sintieron abrir una ventana. La madre sonrió y acarició la cabeza de Hernán.

—¿Sientes? ¿Sientes, apasionado enfermo?...

Hernán corrió hacia la puerta, pero su madre más rápida, se interpuso. El muchacho la tomó entre sus manos, pero sólo entonces sintió las fuerzas de ese ser pequeño e intenso. La apartó con rabia. Su madre cayó con un ruido seco y cruel. Una lágrima rodó por sus mejillas, pero salió corriendo, impulsado ya por una gloria perversa e incontenible.

Atravesó el jardín pisando unas matas que humedecieron sus piernas. Ana corrió hacia él, pero Hernán con la cabeza en alto no la miró. Caminaron por un prado:

—¿Qué has hecho estos días? Tengo derechos sobre ti desde el día que Pablo te acaricia agónicamente. ¡No lo niegues!

Ana cayó de rodillas y besó sus manos.

—¿Por qué me besas así? ¿Soy yo acaso un advenimiento? ¿O estás enferma?

Ella se aferró con fuerzas a su cintura. Hernán cayó sobre el césped húmedo y sintió su cuerpo sobre el suyo. Tocó la tela suave como un sayal abierto del cuello a los tobillos, y la abrió, casi con deseos de rasgarla.

—¿Tienes miedo al vestido?—preguntó tímidamente ella.

—¿Por qué?...—Se acordó de su madre. —¿Contaminan?

—No, él ya no me toca. El pequeño está siempre entre nosotros. A veces, Pablo lo toma de los cabellos para apartarlo, pero el esfuerzo lo desvanece con un jadeo idiota!...

—¿Lo has vencido, ah?—y le azotó el rostro— ¡Dí...! ¿Lo has vencido...? Y siguió golpeándola con una sola mano de derecha a izquierda.—¡Ahora tienes la piel roja!—rió.— ¡Se trata de un rubor insospechado....!— Y lanzó una carcajada corta.

Ana seguía echada sobre su pecho y humedecía su camisa:

—¿Me quieres?—sollozó.—¿Me quieres o me buscas

porque temes a la locura?—Le besó los brazos y el cuello.— ¡Tu fuerza, tu hermosa y salvaje fuerza! ¡Tu sabia perdida en esta aldea, la última de la tierra! ¡Tu jugo, tu veneno que yo amo...!

Hernán se incorporó asustado:

—¡No me hables así! ¡Te lo suplico!...—Y le buscaba la cara, suplicándole. Al momento se calmó: —¿O has leído la Biblia? Dime, ¿de dónde sale ese tono y esa forma de atemorizarme...? ¡Ah! ya sé... ya sé...! Esa es la forma de tu arrepentimiento. Claro, exacto: tu jugo, tu veneno. Eso es. Hablas de la enfermedad de Pablo... ¿verdad? De la muerte de Pablo...

Ana movió la cabeza negando y abrió su fino sayal:

—Ya ves, estoy pura, a pesar de la tumba de Pablo, a pesar de ese muñeco inexpresivo...

—¿Tu hijo?

—No... no... no... ¡Muñeco! ¡Acércate!

Hernán se acercó y se sintió aprisionado. Las piernas, el vientre estaban ardientes, no obstante, el vestido delgado y la noche.

De repente, escucharon los gritos de la madre que corría a través del campo:

—¡Hernán!... ¡Hernán!... ¡Mujer! ¡Mujer de Pablo!... ¡Hernán!

Ana se incorporó asustada. A lo lejos la casa estaba iluminada completamente.

—Mi madre se ha vuelto loca—dijo Hernán,—quiere incendiar la casa, por eso prende las luces a media noche. Es una vieja manía en ella... No le hagas caso.

Ana temblaba como si el viento azotara el sayal sin cuerpo. Se callaron.

La madre pasó cerca de ellos gritando.

—¡Vamos...!—Hernán la tomó por la cintura. Cuando estuvieron cerca de la ventana de Pablo se detuvieron. El niño lloraba:

—¡Es tu muñeco inexpresivo...!

—¡Cállate...! ¿Por qué dices eso de mi hijo?

—Tú lo has dicho hace un momento.

—Sí, está bien; pero ahora recobra el sentido. No te enfermes como Pablo. Se acercaron aún más. Pudieron ver la pieza de Pablo llena de gente de la casa y otros curiosos. Ana se desprendió bruscamente de Hernán y se avalanzó hacia la ventana. El vio su espalda y sus caderas a través de la tela, contra la luz, y quiso seguirla. “Recobra tu sentido”—recordó, y un temor, a manera de seguridad, se apoderó de él....

Cuando entró a la pieza de Pablo, éste se moría sobre el camastro húmedecido por el sudor y la sangre en que se debatía.

—¡Este joven!—grita Ana al verlo.—Este joven puede ayudarme... ¡Ayude a Pablo a bien morir...!

—¿Este joven?—dijo una vieja y miró los pantalones de Hernán. ¿Este joven, de dónde sale?

—¡Del infierno, amada bruja!

La vieja se rió con su único diente al aire.

—¡Ayúdame, joven!—sollozaba Ana.

Hernán miró a los curiosos:

—¡Váyanse!...—gritó—. ¡Retírense! ¡Pablo quiere aire, pureza, cielo! ¡Fuera, demonios...!

Todos se retiraron riendo. En ese momento entró la madre; Hernán cambió el tono:

—¡Entra, ángel avizor...!

Hernán corrió hacia la cama y tomó a Pablo entre sus brazos. La sangre corría de sus orejas, de su boca y narices y tal vez de sus ojos. Hernán lo apretó fuertemente contra su pecho:

—¡Una caricia, Pablo, una caricia...!

Vió que la sangre manchaba su camisa todavía fragante con el pelo de Ana y lo apartó con rabia y asco.

El moribundo empezó a gemir o roncar.

—¡Se muere!—gritó Hernán.

Ana se apartó hacia el rincón de la pieza:

—No; no se muere. Siempre sonrío así, melancólicamente—dijo con tranquilidad, mientras el estertor de Pablo se acercaba más a la agonía.

—¡El se aleja de la vida!

—¡Ten cuidado, Hernán!... ¡Ten cuidado...! ¡No te acerques! ¡Quítale de la mano ese cartón: es un retrato mío!

Las manos flácidas de Pablo, un momento antes, alcanzaban ahora el último vigor del hombre, la rigidez. Hernán luchó contra los dedos del cadáver.

—¡Toma! ¡Toma tu cara, inocente! —y lanzó el retrato al medio de la pieza.

—¡Recógelo, loba...!

—Se murió, pobre compañero mío...!

El pequeño Pablo recobraba ahora el “poder de la emanación”. Con las piernas abiertas, como un muñeco lleno de plumas, lloraba. Sus lágrimas rodaban milagrosamente de esas dos cabezas de alfileres.

La madre encendió el primer cirio. Ana estaba radiante. Recogió la fotografía y corrió hacia la mesa:

—Toma, Hernán. ¡Guárdala tú sin temor! Se besa y se guarda sigilosamente, a pesar de la gente que duerme... —Y se estremecía de risa.—He escrito: “tuya para siempre”. Y se desplomó llorando.

Hernán guardó la fotografía dentro de la camisa ensangrentada y ya sin perfume de la cabellera de Ana. La guardó dentro de su pecho ya incapaz de frialdad y vacío.

—Tome este crucifijo y rece—dijo la madre consolándola.

—No, no es un crucifijo.

—Sí, Ana; es un Cristo en su cruz...

—No. Es una diadema para mi sayal.

Se echó a los pies de Pablo y sollozó. Luego se incorporó bruscamente y fué hacia un rincón. Se empolvaba el rostro, los brazos y las piernas, esparciendo un aroma ordinario.

—¡Qué hermosa soy...! ¿verdad? ¡Ahuyentemos la pestilencia...!

Abrió la ventana de par en par. El aire movía su vestido y le descubría los hermosos muslos. Miró al chico y lo tomó con rabia de una mano:

—¡Vamós, vamos, Pablito!

Corrió y saltó por la ventana hacia el campo. Hernán y su madre escucharon el llanto del niño.

—Es su conciencia—dijo la madre—. A la noche va a entrar a tu pieza y se suicidará delante de tí... Así terminan todas estas historias.

Miró a Hernán y lo tomó de una mano:

—Te voy a mandar a la ciudad. Te falta sabiduría y ver morir más hombres como Pablo...

Motivo de Conversación

Es un tiempo pesado; un tiempo gris y lento. Tengo pavor de la soledad de mi pieza, pero por sobre todas las cosas a este tiempo lento que me coloca a un paso de la desgracia. Escucho un ruido extraño cuyo origen acaso está en los pasos o en las conversaciones de seres desconocidos. Me desplomo en mi cama. Arriba hay una gran mancha que puede ser la huella de mi sombra, el tiempo o el agua. He recibido una carta de mi casa. Mi madre pregunta por mi vida. Contesto: "soy feliz—soy feliz—el cielo se apodera lenta y seguramente del mundo y todo marcha bien..."

Es preciso que tenga una gran conversación. Una conversación llena de claves, de misterios y de profundidades que nadie sospechaba en mí. Una conversación que va a cambiar totalmente mi vida. Sí, debo declarar mis principios y mis dudas, debo... pero es un hecho que nadie quiere conversar hoy día. Aún no es tiempo de conversar, o ya lo fué, o lo más seguro, no lo será nunca. Un mundo, a medida que se acerca al apocalipsis adquiere una seguridad que desafía todo vacío o todo enigma.

Un amigo mío, en medio de una tragedia personal, ha escrito un llamado, unas cuantas líneas angustiosas y ha recibido una carta miserable, musical y risueña. "Es una gran carta"—me dice. La leo: contiene unas cuantas palabras que no logran sobrepasar un puzle. Sí, amigo: una

falsa moral, una piedad abrigadora, un desierto en la palabra. Pienso que la voz de un hombre puede palidecer hasta lograr una consistencia de papel. La voz de un hombre que ha perdido su existencia. Es cierto, conozco hombres como mitos, como sombras que pasan entre nuestros zapatos. Conozco voces sin vehemencia, sin pasión. Voces desesperadas que, sin embargo, emanan de una inclinación de la costumbre; que no tocarán nunca la esencia del destino, ni el drama central.

Vivo en medio de llamados que comunican las últimas noticias. Un camarada viene corriendo y me habla. ¿De dónde sale su voz? Sí; sí: de sus cabellos... ¡Hable, hable camarada! Hable a pesar de sus oscuros presentimientos. Hable a pesar de su garganta llena de mitos y colores, de debilidades y cortas respiraciones... Admiro su garganta con un hilo precioso a través del cual vibra su alma como una pestaña demasiado legendaria. Y es preciso no mirar a este camarada con mucha insistencia, porque vuestros ojos pueden alterar su orden interno, su conversación disciplinada, que obedece a un gesto cualquiera...

He mirado a un hombre, con una mirada amorosa y leal, después que ha realizado un negocio o una aventura que lo hacen feliz.

Lo miro y se olvida de las palabras de su infancia. ¿Por qué? Se turba y empieza a desintegrarse, como una pintura o una tela a través del tiempo. A continuación, me recita el Cantar de los Cantares y me habla del amor, de la lealtad y del instinto de conservación:

—Lo terrible—me dice—, lo terrible es que te quiera por encima de toda esta guerra que he emprendido contra tu especie. Mañana... ¡Ah!... ¿Me oyes?... Mañana, te lo juro, te encuentro en una calleja más o menos obscura... me acuerdo de nuestra amistad, de la mano que me tendiste, de tu precioso espíritu... me acuerdo.... Bueno, pero te descargo los siete tiros. Te soy sincero, a pesar de todos estos contratiempos. El deber...

—¿El deber al crimen?...

—No. El deber a mis principios de salvación. Porque

has de saber que he logrado una unidad demasiado perfecta de mi sér. La conciencia, el espíritu—que te permiten vivir al margen de la felicidad—me han substraído a una actividad preciosa que no recuperaré jamás. He concluido que se puede lograr la supremacía dentro de los valores más abominables y en este sentido tu declaración de pureza me hace sonreír...

—Pensaba... pensaba... pensaba...

Es una hora en un reloj cercano. Pasa una luz que me suspende. Un viento abre la ventana y me entrega un color, un sonido que completan mi pensamiento de un mundo demasiado sorpresivo. Despierto, pero siempre sumido con la mitad de mi sér en las sombras. Camino un momento. Me asomo a la ventana con la nariz hacia el espacio que penetra en mis venas. El aire me arrastra entre los muebles y los libros. Cae una fotografía lívida, una botella, la hoja con mi último poema. Mis zapatos buscan el piso, el rincón donde cultivo un geranio y no obstante "mi sentido terrestre", a pesar de mi rostro demasiado común, me sobrecoge el terror de devenir en espectro.

¡Ah...! pero siempre soy el hombre que espera demasiado de los demás; la guerra, la muerte, el contacto, la dádiva con la que correría a través de toda la ciudad para mostrar un corazón de gran planicie. Siempre espero de afuera... En este momento, abren la puerta y entra corriendo José, un muchacho pálido, de grandes orejas y con el pelo como erizo.

José, ese muchacho que usted ha visto al venir a mi casa, es el que me pone en contacto con los habitantes del cielo, esos seres cuyo espíritu pesa menos que una pluma.

—¿Quiere saber?—me dice apresuradamente, sacudiéndome por las solapas...— ¿Quiere saber las últimas noticias...? ¿Ah?... ¿Quiere saber...?

Corre hacia la ventana y la cierra sigilosamente, junta los postigos y todo queda a oscuras. Me toma por las manos y lo siento temblar.

—¿Qué sucede?

—¿Quiere saber las últimas noticias?

—¡Habla, idiota!... ¡Habla!...

Pero el muchacho me mira diabólicamente y sigue temblando y repitiendo: “¿Quiere saber...? ¡Ah!... ¿Quiere saber?...”.

Yo también empiezo a temblar. Un frío veloz, interno, me paraliza, pero puedo dominarme y corro a abrir la ventana y la puerta.

El muchacho está bañado en transpiración y una espuma le llena la boca. Me acerco y está frío, como una figura de mármol...

Afuera empieza a circular gente. Oigo voces secretas y órdenes, carreras y, además, alguien solloza.

Todo esto es muy extraño. Es el tiempo pesado, la soledad, el silencio que tramaban una gran tragedia. Nada me sorprende, pero no por esto deja de ser extraño todo lo que sucede.

De súbito entra a mi pieza un grupo de personas. Delante viene la señora dueña de casa.

—Este es—dice, y me señala—. Este es... ¿Sabe, señor?—se dirige a un hombre oscuro, tétrico y sospechoso.—¿Sabe, señor, que es muy raro?... Sí,... sí. No tiene dinero, no sé de dónde viene y ha mirado siempre a la muchacha...

—¡No es verdad!—grita la muchacha y solloza estreñeciéndolo todo su cuerpo.—¡No es verdad, él no me ha mirado nunca!...

—¡No mientas!—grita la patrona—Ahí está el ojo de José, que conoce todos los secretos de las cerraduras...

José está parado en medio de mi pieza y empieza a llorar. ¿Lloraba José?

—¿Qué eres tú?—le pregunta el policía—¿... hombre?

—Sí, caballero—llora el muchacho.

—Entonces...

José se calla.

—¡Habla!—le ordena el policía. Dí lo que viste.

José me mira y se sonríe.

—Nunca miro su cerradura—me dice—, usted no tiene

secretos. Se parece a mí...—y se ríe rascándose el pelo de erizo.

Al verlo en medio de tanta dificultad y sin medios de defensa, siento deseos de abrazarlo, pero esa risa me mueve a golpearlo hasta arrancarle lágrimas, que después de todo tienen el encanto de la fatálidad.

—¡Habla!—le grita el policía.—Dí lo que viste...!

José vuelve a la realidad y recobra su cara de habitante del cielo.

—Yo entraba con la taza de café—mira a la muchacha—y vi a su marido muerto. Derramé el café, quebré la taza y me quemé las rodillas.

Luego con terror:

—¡La sangre de él tenía el color del café...! Corrí y me escondí en la pieza de él—y me señala.

—¡Ya tengo la llave!—exclama el policía, y hace sonar los dedos!—Ya tengo el hilo del crimen... ¿Dónde nació usted?... Lleva su carnet y su cartera en el bolsillo interior derecho... No lo niegue... ¡Vamos por parte! ¿A qué hora llegó usted?... ¿Cuántos pasos lo separan de la muchacha, y por lo tanto del cadáver? ¿Por qué se enreda y se confunde en su declaración? Ya tengo el hilo... ¡No le permito que se equivoque en su relato! No se extrañe porque un error cualquiera les cueste la vida... sí, la vida...

“La vida no merece tantos peligros—pienso—, la vida de la cual tú no conoces un milímetro”.

El policía saca una lupa y la toma con el pañuelo. Yo no he respondido una palabra. La muchacha sigue sollozando. Siento deseos de acariciarla dulcemente. Ella levanta los ojos y me mira a través de sus lágrimas. Debe creermela una imagen detrás de un vidrio o una fotografía antigua.

De repente, corre y me abraza. Veo, por encima de su hombro el estupor en los ojos del policía y en los demás curiosos. Me besa y me acaricia con una fuerza inaudita y extraña.

Me habla al oído y su voz me estremece: yo tengo el hilo de la felicidad.

Lleva un traje delgado y ceñido, y su cuerpo está pegado al mío. Veo su pelo húmedo y suelto, la línea de su espalda, sus piernas y el pie que cae allá a lo lejos, en la tierra que está a una distancia inconmensurable de nuestras cabezas felices, poseedoras de tanto secreto.

—Ha muerto—me dice, con un tono gozoso—, ha muerto.—Y siento una alegría incontenible. El policía, el hombre tétrico y sospechoso, se sonríe y sale. Lo siguen los demás. Sólo, con esta mujer, tengo conciencia de ser un hombre heroico y despiadado. La muchacha camina hacia el espejo y se arregla los cabellos:

—Al principio creyeron—dice—que yo lo había muerto. Buscaron las huellas de mis manos y cuando no las encontraron, sospecharon de tí... ¡Tengo unas manos inexistentes, puras!—Ríe y empieza a desnudarse mientras busca mi cama.

José está parado en medio de mi pieza y se sonríe mostrando unos dientes amarillos. Me entra una duda. ¿No será un policía? Estamos rodeados de seres oscuros que buscan nuestra amistad, que tratan de penetrar en nuestra vida y luego pasan informes acerca de nuestras maneras más íntimas. Cuando descubrimos su identidad, ya es demasiado tarde: la delación ha logrado su efecto.

Me acerco cautelosamente a José y le hablo con delicadeza:

—José, estoy seguro que no crees que soy un asesino. He visto a esta mujer pasar una o dos veces con su marido. Dicen que se ha suicidado, pero yo creo, como tú, que en esto hay una llave oculta...

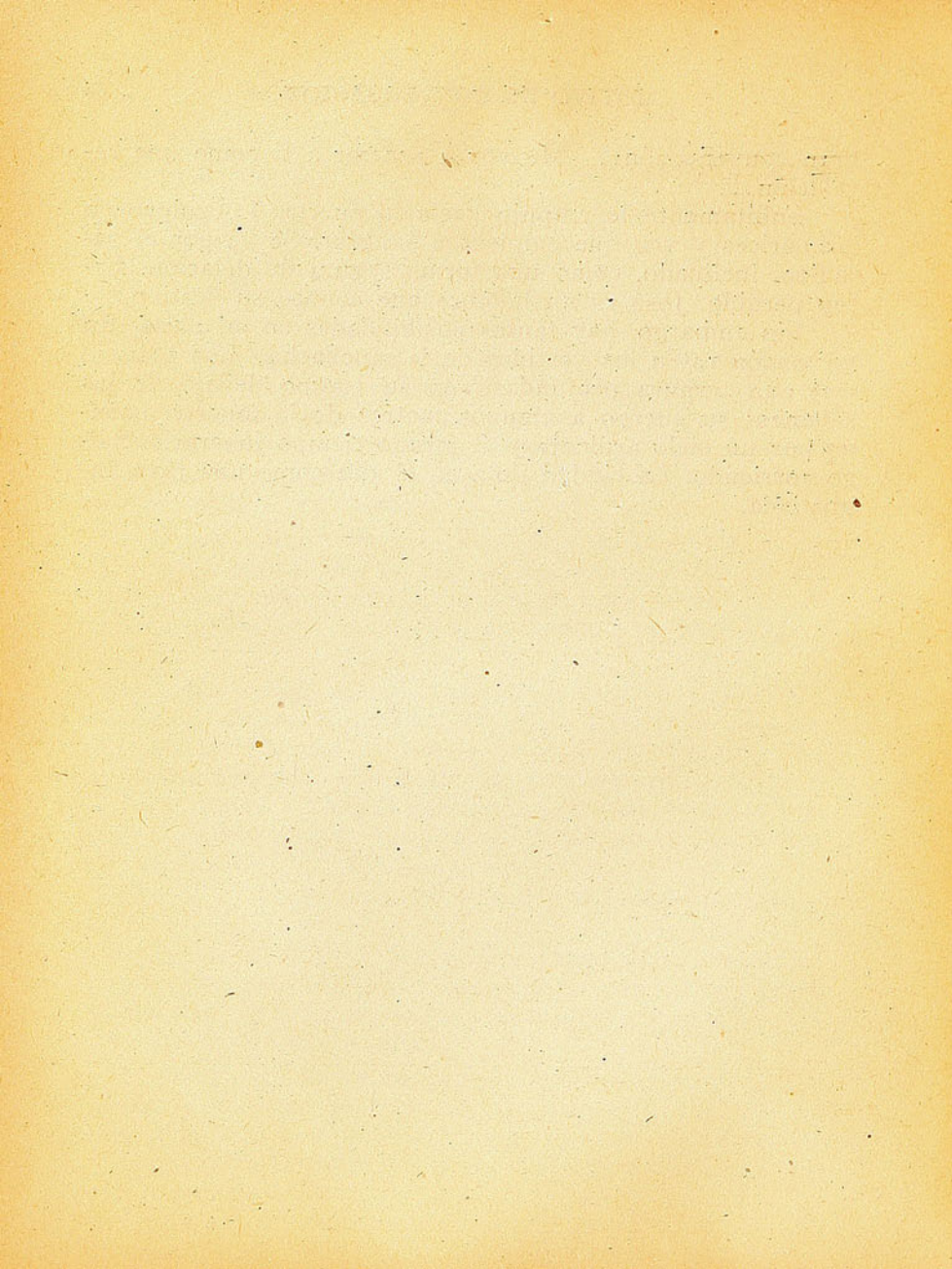
La muchacha me llama por mi nombre: he ahí la llave oculta y empiezo a dudar de mí mismo. José sonríe como un demonio. Un nombre vulgar, un José de todos los días, me acarrea la desgracia y me aleja de la felicidad que estuve a punto de encontrar.

—Amigo José, es necesario que tenga contigo una

gran conversación... Me voy a acercar a tí como una revelación...

Súbitamente lo empujo hacia la puerta. Lo golpeo en las narices y veo que empieza a sangrar. Se va por el pasadizo, inclinado, como una forma segura de delación. Estoy perdido. José es un hombre que conoce su destino.

Sin embargo, hay tantas posibilidades en mi pieza. En un rincón están los vestidos de la muchacha. Los acaricio con una ternura profunda. Veo su cuerpo debajo de las sábanas; su cuerpo a algunos metros de la muerte, bañado por un cielo ardiente y al mismo tiempo funerario. Salgo corriendo. La ciudad flota en el aire como una joya angustiada.



Juan Tejeda

Miedo ante el Paisaje

Eran encantadoras. Vegetalmente encantadoras, diría alguien al verlas emerger al fondo del paisaje. Y sumergirse, también. Porque esa tarde, al volver al pueblo, lo que las dos muchachas hacían era dárse un baño de naturaleza. El polvo del camino las palpaba. Las mordía el rumor del río, que allá abajo corría destrozándose y naciendo, plegando y tendiendo sus músculos. Las rozaba a distancia, casi sin atreverse, el cielo lunado. Las abrigaban las montañas, y las sombras de los árboles las sostenían. Eran encantadoras.

Encantadoras y frutales en su juventud desatada. Lo decía esa carrera a que se habían entregado tácitamente al bajar. Lo decía la varilla con que la una hendía el aire y el ramo de flor de durazno que la otra llevaba traviesamente enredado a sus cabellos. Todo lo decía. Sus detenciones bruscas, la manera de estirar los brazos y aspirar sin insistencias el aire que las unía, que entraba en ellas y salía de los árboles para circular sobre el río, bajo el río, en las montañas y el camino, para asomar entre el césped y las hojas, el aire que lo traspasaba todo como una aguja con su hilo o que todo lo regaba como una arteria o una vena.

Así, pues, iban anudadas al paisaje. Inocentemente anudadas al paisaje y al presente, sin saberlo ni comentarlo, olvidadas de todo recuerdo y de todo porvenir. ¡Ah, cómo iban! Para seguir las en cada uno de sus movimientos,

le sería preciso a la pluma, en verdad, ejecutar ágiles piruetas, y, parándose y replegándose y saltando, deslizándose por aquí y allá, dar a la frase una exacta tonalidad de vuelo y de danza, de instinto juvenil y femenino. Debemos confesar que en semejante tarea no es fácil alcanzar un total señorío. Porque ellas escaparían a nuestros designios. Una especie de intuición les daría aviso en el momento justo de ser atrapadas. Y si ahora estuviésemos a punto de dar el zarpazo, y dispuestos a detenerlas, y decir: aquí están, miradlas; ellas ya no estarían aquí, sino allá — ignoramos dónde —. Y si entonces nos lanzáramos en vuelo y dijésemos, temerosos de perderlas de vista: contemplad cómo corren, bajando, cómo se dan y reciben, cómo en doble complicidad forman parte del exterior y éste de ellas, ya no se irían dando ni recibiendo ni en doble complicidad formarían parte del exterior. Porque ya haría rato que, cansadas, se habrían detenido y mirado al río, siguiendo con los ojos la trayectoria que la varilla, partiendo de una de las manos, trazó en el aire y luego en el agua, hasta perderse en una vuelta. En ese momento fué cuando se miraron sonrientes y al mismo tiempo esquivas, en el último acto de complicidad. En ese instante contemplaron la mágica belleza que las rodeaba y esa crítica aprobativa, que fué del río y a las laderas y a las sombras y a todo, cortó con su filo la arteria y la vena.

Ya no estaban anudadas al paisaje y al presente: estaban desligadas por entero, estaban completas con su pasado y su amistad y sus recuerdos comunes, gozando y midiendo las bellezas del momento recién hundido en la carpeta del pretérito. Y cuando se pusieron en pie y comenzaron a caminar lo que les faltaba para llegar a las casas — pues habían tenido tiempo hasta de recostarse y descansar mientras nosotros nos ocupábamos en ver su estado interior — iban conversando, cambiando impresiones sobre el baño de que recién se desprendían y cuyo influjo saboreaban aún.

—Mira — decía una de ellas, claro que con otras pa-

labras más espontáneas y familiares que las que el relato nos obliga a usar —, mira levantarse al fondo, entre la obscuridad, la cordillera.

—Da miedo — contestó la otra, casi sin pensar y sin sentirlo —, da miedo su negrura y aspereza.

—¿Y si tuviese una de nosotras que pasar ahí sola toda una noche?

—Daría miedo — insistió, y callaron.

Callaron y el silencio las unió. Un silencio angosto y particular, para ellas dos solas, que se desenvolvía entreverándose al otro silencio, más amplio y salpicado de misterios, que es la extraña palabra de la naturaleza. Pero dentro de su silencio particular y propio, continuaron dialogando. Daría miedo. La cordillera era alta, el río respiraba. Dominarían el vasto panorama, pero pronto el panorama terminaría por dominarlas, a cualquiera de ellas, a la que se atreviese a permanecer sola, ahí, durante toda la noche. Pues sería una experiencia inquietante. La cordillera era alta, el río respiraba. El valle era profundo y, al frente, sobre el camino, otra vez eran altos los cerros. Estaría ahí, bajo la luna, incrustada en una alta y pétrea mole, sobre la tierra, entre las estrellas, entre sombras, una de las dos. Sola. Con su silencio atravesando el otro silencio, más rumoroso y lleno de misterios. Con toda su vida: viviendo; con recuerdos y proyectos. Con su cuerpo, cosa doméstica y manejable por la costumbre, en su cuerpo, frente a ese otro cuerpo rígido y desconocido, en ese otro cuerpo turbador, vivo y a la vez muerto, impermeable e intraducible. Vivo y a la vez muerto. La cordillera enmudecía, el río decía algo confusamente.

Así iban convergiendo en su silencio mudas preguntas e interrogativas respuestas. La sensación de azar crecía, tomaba volumen, se despeñaba en ellas, hacía aumentar el silencio, amenazando romper sus fundas, que ya cedían invadiéndolas desordenadamente, y más tarde torturándolas, como una música infinita. La cordillera y el río crecían. Los árboles se estiraban, las sombras herían. Desde dentro, el silencio se revolvía y amenazaba destrozarse y

expandirse. Desde fuera, la mano agitaba sus dedos — porque les parecía reposar, frágiles, sobre la palma de una inmensa mano abierta — y, casi imperceptiblemente, se movía. Sus ojos temían encontrarse y se evitaban; pero, sin embargo, se encontraban sin verse.

Daríá miedo, sin duda. Habría dudas, y eso daríá miedo. Y la mano podría cerrarse o darse vuelta. ¿Y qué era esa mano? No lo decían las sombras, ni el polvo, ni el frío, ni el cielo, ni el extraño azoramiento que en ellas nacía. No avanzaba lenta ni uniforme, ni ordenada, esa turbación, como una frase. Prendía aquí y allá, se movía, circulando como en una red, se multiplicaba, luchaba entre sí y avanzaba, siempre, con la rapidez de — pero no hay comparación posible —. Porque todo eso se venía encima, horizontalmente, entero, en un instante, suma y resumen, eterno.

Daríá miedo. Cada pregunta latente viviría al contacto de las otras, y el despertar de cada una ahogaría la respuesta a la anterior. Y encendidas ya todas, se levantaría la conciencia angustiante de estar viviendo y, como sombra, una extraña responsabilidad. Eso sería, y eso fué lo que se dijeron cuando al estrecharse desde fuera el silencio y expandirse desde dentro, estalló:

—Falta poco para llegar.

Esa fué la sola confesión, pero bastaba. Esa sola frase, desprovista en otra oportunidad de un más trágico significado, lo expresó todo y cortó, con la violencia del estallido, las débiles amarras que aun quedaban entre ellas. Ahora, cada una estaba individualmente sola y sabía que todo cuanto hiciese por acercarse a la otra — y eso sería lo único deseable — chocaría y se aniquilaría ante el cierre del mundo exterior, ante la muda protesta, ante la voluntad cortante del paisaje. Sólo en la casa, mezcladas al ritmo cotidiano del vivir, conversando o bailando o comiendo, perdidas entre las demás existencias — menos existentes por el hecho de no haberse asomado a sí mismas, menos temerosas por no conocerse —, sólo allí podrían, si aceleraban aún más el paso, encontrar un descanso, un refugio,

un baño en la vida de las superficies, una costumbre. Pero ya no podían seguir diciéndolo. Las montañas se elevaban, el río rugía, giraba todo entre luces y sombras y ellas se apegaban, entre todo, a lo menos tranquilizador y a lo único posible, al sentido de la propia responsabilidad. Corrían ya. Corrían desesperadas, con violencia. Cada vez más rápidas, poniendo todas sus fuerzas en la huida, como quien sabe que si deja por un instante de aumentar la velocidad, perece.

Y mientras todo seguía girando; y se elevaban las montañas y rugía el río, unas luces anunciaron las casas. La necesidad de sumirse ahí se imponía; la carrera se hizo más angustiante y desigual — porque una de ellas, debido a quizás qué extrañas preferencias de la materia, que no dejaban de asustarla, había avanzado más que su amiga—. Ella fué la que sintió en su carrera que algo, atrás, había caído pesadamente. No se volvió. Supuso que sería la otra. Pero sintió que nada ganarian, que todo estaría perdido, que el misterio de las cosas terminaría también con ella, si se detenía. Pues ya la fuerza, pues ya la impotencia, pues ya el alma, pues — pensaba apresurada y sensorialmente, sin ilación lógica, entreviendo apenas, en todo ese amontonamiento, que la comunicación con su amiga sería imposible y que el paisaje, aumentando también su insistencia, terminaría con ella y se impondría, arrasando su propia soledad, incorporándola, como acaso sucedió con la otra, a su propio ser —.

Y siguió corriendo, con el alma en desorden, segura de su salvación, porque estaba cerca ya, muy cerca.

Se oía la música del autopiano. Seguramente lo estaba tocando el respetable pensionista del rostro rojado, el mismo que para tomar una justa apariencia de veraneante había comprado una especialísima tenida, el mismo que acostumbraba mirarla desde su mesa, murmurando con los ojos ininteligibles palabras, y el mismo — digámoslo — que nos vemos obligados a insertar aquí después de severas reflexiones. Porque no nos resulta grato — y suponemos que al lector le pasa lo mismo — evocar así tan de impro-

viso, y junto a la palabra música, una tan gregaria personalidad. Pero en aquel momento, era precisamente algo gregario lo que ella quería, y por eso supo asir esta imagen que la casa le enviaba por medio de la acompasada melodía que le era como un tic familiar y simpático — y que ellas habían bautizado con un nombre también familiar.

Ahora, mientras se acercaba, y la música se iba como reforzando y — alimentándose de sí misma y de los recuerdos del mundo de donde surgía, creciéndose y estirándose — venía a su encuentro, a la muchacha le parecía encontrarse en la única zona en que podrían disolverse y morir las olas inquietas y llenas de sombra. Una zona en que las profundidades se asomaban a las superficies, en que las superficies se hundían en las profundidades. Allí dos cielos tomaban contacto. Allí parecían tocarse las dos manos, la mano temible y misteriosa y esta otra mano, más amiga y más buena, que la casa le tendía. A ésta iba. De ésta se iba llenando, de esta mano blanca y sensata, de esta música se iba dejando envolver. A ella venía esta música, envuelta en su ritmo, a envolverla también, como una cortina de humo, con todas sus relaciones familiares y sus hábitos. Para hacer más densa, más espesa esta débil separación del mar de las tinieblas. Eso hacía la música, eso iba laborando al acercarse, y hubo un momento doloroso en que los dos cielos chocaron y se alejaron. En aquel segundo se acrecentó, elevó al máximo su crueldad el terror; pero se hizo más lúcido y, dejando una nostalgia tentadora que se fué disolviendo lentamente, empujó a la muchacha hasta la puerta del comedor, y ahí la hizo apoyarse. Adentro, los pensionistas conversaban, comían. Por las miradas, por las palabras que le dirigieron los otros mientras iba a su mesa, se dió cuenta de que estaba ya dentro de un universo inofensivo y sedante. Estaba ya incorporada a una forma de vida. Había adquirido un lugar propio, un sexo, una edad y una significación general al mismo tiempo que una significación especial para ciertas personas. Se dió cuenta de que había engranado ya perfectamente y que la

máquina seguía funcionando. Hizo algunas venias que eran de rigor, se sentó ante un plato y empezó a comer.

En ese momento, el caballero del autopiano dejó de tocar y se le acercó. La música no hacía falta. Agazapado tras sus bigotes le habló dos palabras y, trayendo una silla, se sentó frente a ella:

—Esperaba esto — le dijo, cuando, tras preguntarle por su amiga, ella le contestó que quizás no vendría, que era posible que con un grupo de sus amistades se quedara a comer en otra parte —, esperaba esto. Porque, ¿sabe? yo quería decirle...

Pero la música había empezado otra vez a sonar. La muchacha hizo un mohín tan gracioso, tan encantador, que determinó un temblor en el respetable veraneante.

—Sírvasse espárragos — dijo ella adelantándole un plato y sonriendo —, están deliciosos, realmente deliciosos.

Eduardo Anguita (1)

(1) Eduardo Anguita, él mismo lo dice, no es un cuentista en el sentido estricto que para mí tiene este término; aunque pueda hacer un cuento bastante mejor que muchos otros. Posee una asombrosa facilidad para adoptar actitudes.

Las hormigas devoran a un hombre llamado David

"Aquí hay un tirano: o es usted o soy yo".

Anónimo chileno.

... "los amigos, separados y unidos de nosotros por un cordel insubsanable"

Eduardo Anguita.

Un grueso viento caliente corría desde el cielo a la tierra, levantando brillos rápidos en la atmósfera y grandes barreras de inhibición, remolineaba los pequeños papeles abandonados al lado de las cunetas entre el polvo, gimiendo como al pasar por minas de carbón ignoradas; y bajo esta tempestad nocturna se adivinaba un sol sordo, sin poder respirar, y echando tierra hasta la sofocación detrás del cielo visible. Los transeúntes parpadeaban mucho más rápido, no se sabe si por una duda persistente y aprehensiva, o por miedo al reflejo repentino de los relámpagos produciéndose del lado de las cadenas de montañas de la costa: se tambaleaban avanzando pegados a los muros y

las verjas, con la mano asegurándose el sombrero y en el brazo llevando la chaqueta que se habían quitado acalorados y fanfarrones. Eran pocos los que componían esta marcha común. Y a cada momento la calle raleaba más y más. Se trataba de una ancha avenida, toda pavimentada, vigilada a ambos lados por pequeñas acacias australianas, nítidas y frescas, que se extendían a toda velocidad hacia una luminosidad y dureza verdaderamente solitarias. El mundo, pues, se despoblaba aparentemente. Aun no me sentí absolutamente solo; quedaban tantos transeúntes fuera de mí, y quedaban tan pocos para haber compuesto una multitud. Vacilante, en un término medio insoportable, deseé violentamente la compañía estrecha y anónima de una poblada, o la soledad y el miedo más absolutos. Pero ahora cualquiera de esos extremos era utópico. Sólo una susceptible desconfianza reinaba entre todos, un recelo disimulado y cobarde. Ninguno se atrevía, si adelantaba a algún compañero, a mirarle a la cara; por lo demás, ninguno osaba innovar en la velocidad normal de la marcha colectiva. Del ruido de los truenos casi nos sentíamos todos culpables, uno por uno; una delicadeza insostenible armonizaba nuestro trayecto bajo la tempestad. Hacía un aire húmedo y cálido. Como mi nariz empezara a resentirse, pensé, como era lógico, sacar mi pañuelo, que siempre llevo en el bolsillo posterior del pantalón, pero no pretendí realizar dicha empresa. ¿Me podría permitir hacer pensar a alguien que yo llevaba la mano al revólver? Sólo de imaginarlo me estremecí. Con el dorso de la mano me enjugué lo mejor que pude. El viento continuaba pasando y repasando el espacio en zonas significativas. Uno o dos perros trotaban, a su paso el césped se levantaba enternecido, las caballerizas contiguas se estremecían de ácido olor como ternuras, y los árboles interiores de los *bungalows* estaban en medio de setos de boj donde las ardillas miraban.

Nuestro paso era fanfarrón, quizás porque, precisamente, tenían miedo, miedo unos de otros, miedo a interceptarnos, a rozarnos siquiera. Y no era, sin embargo, la

soledad, el retiro: lo delataban las miradas bajas, la marcha militar y anodina que nada hubiera podido trizar, lo decía ese viento creador de una miseria moral poderosa e invisible. En este clima, la sonrisa era lo más frecuente, la suavidad de los modales impedía ser algo personal y los gestos exteriores gobernaban los pensamientos y el alma tanto de los seres como del paisaje. Pero, ¿en el interior, qué había? ¿Qué se fraguaba? ¿O nada se anhelaba y quería respecto del prójimo?

De pronto, experimentamos una gran muchedumbre detrás de nosotros, una masa compacta que, en silencio como la lluvia que ya empezaba a descender, rompía una gasa engañosa y resbaladiza. Entonces comprendimos, espantados, que la *politesse* había muerto.

Como un mar, la sombra de aquellos varios centenares de hombres invadió la pureza de una calle aun inhumana, y yo comprendí que ya nada me permitiría sustraerme al amor y la confianza de los hombres; y tuve un estremecimiento de pavor. Me veía en medio de esa multitud apretada, sintiendo el calor de los vecinos, uniendo mi destino a un destino común, cuyo espantoso misterio sólo estaría compensado por la aparente ventaja de ser muchos. Antes de diez minutos de marcha, ya sabían mi vida, mis medios, mis cualidades y defectos, mis esperanzas.

—Es igual a todos, igual a todos, igual a todos—graznaba un hombre de bigote rubio, mediana estatura, y cuya única preocupación era imponer su opinión en los demás.

Empecé a sentirme francamente emocionado. “Claro, ¿por qué no? Perder su personalidad, incorporarse a un todo, ¿no es esto Dios? ¿No es éste el Dios que uno puede alcanzar gracias a la renuncia individual? Como una ola a un mar...”, pensaba entusiasmado. Me sentí generoso, bueno, inmenso. Miré los rostros de los compañeros, sus gestos de humildad, lo cual me dió tanto asco que no pude impedirme considerar sus cuerpos contrahechos como si los hubiera visto desnudos. Y como había también algunas mujeres muy feas y desagradables, me sentí arder de una mortificante furia sexual.

Un ser — que sólo ahora vengo a saber que es hombre, pues su rostro era demasiado angélico y profundo — blanco, de impúdica mirada, me atrajo la atención. Sin duda, rompía esta armonía múltiple, esta solidaridad inmensa, y así lo sentí yo apenas lo contemplé, pues su indiferencia, su fantasmal lejanía, resonaban como un desafío o una desgracia. No pude impedirme amarlo inmensamente desde el primer instante. A los pocos minutos, como se comprenderá, traté de acercarme a él. A fuerza de pechar logré colocarme a su lado. Era alto y desdénoso, a pesar que no carecía de una dulzura extrema y una suerte de condescendencia afable. “Nada más antihumano que esta antipática y superficial cortesía de estos figurines aristócratas”, pensaba, con una ira muy mal disimulada, el hombre del bigote rubio que había graznado hacia pocos momentos.

Contemplando al hombre blanco que ahora iba a mi lado, lo amaba más y más; había en él algo profundo que atraía, y hacia ese algo profundo yo quería llegar. Entonces, intenté un diálogo.

—Compañero — le dije casi al oído: él, al instante, por reflejo se separó, pero pronto trató de disimular dicho movimiento y darle otro sentido — ya ha dejado de llover; dígame, ¿por qué no se seca la cabellera? Yo tengo un pañuelo, no es hermoso, pero es mejor que usted se cuide; veo su cutis pálido... — balbucí casi sollozando.

—No — me respondió, haciendo un movimiento de oscilación para querer imitar el movimiento de rechazo que hacía unos segundos había inconscientemente dibujado en el aire — no tema, ya no llueve.

Me sentí desoladoramente fuera de su mundo espiritual. Mentalmente recorrí todas las gamas de sentimientos que un hombre puede experimentar por sus semejantes, y, cosa curiosa, veía que todas podían servirme de igual modo — entrega, sentimiento homicida, desprecio, admiración, adoración, indiferencia... — o que, mejor dicho, ninguna serviría para lograr el verdadero objetivo. En una desesperación horrible, maniatado física y metafísicamente, me ví, sucesivamente, besando los pies del hombre blanco, o azo-

tándolo en una plaza pública, o sacrificando mi vida por él, o bien... pasando frente al mar, en donde él se hundía irremisiblemente, sin dignarme ni mirarlo... en fin... me desgarré interiormente con la doble crueldad de no poder nada y de darme cuenta de ello con una lucidez verdaderamente divina.

Ensayé interesarlo en mis asuntos:

—Soy tan desamparado — exclamé, siempre al oído —; he estado pensando hoy, justamente esta mañana, que no cuento con ningún amigo a quien relatarle mis penas, o mis júbilos, ¿sabe?

Pude observar, rápido como un relámpago, un gesto interior de disgusto, y luego dijo:

—Ahora el cielo se despeja.

Quise detenerme a hacer la roseta de mis zapatos, pero la amargura de mi fracaso ante el hombre de que hablo me trabó toda posibilidad de acción, sobre todo que ésta de detenerme habría significado un trastorno para los demás, dada la verdadera solidaridad y comprensión que reinaba. En cierto modo me admiré a mí mismo por esta nueva cualidad de despreciar el amor, la cercanía hasta la fusión de tantos seres con mi alma. Ahora pienso que esa misma manera de considerar el asunto del zapato significa que yo ya estaba ensuciado por la repugnante epidemia del amor y la confianza absolutos. Nuevamente sentí un impulso de afecto irresistible hacia el hombre extremadamente blanco y solo. Observé su cuerpo abandonado y flexible, su rostro paradisíaco y cerrado, su espíritu marchando hacia una bella obscuridad sólo para él reservada. Así, prestando una intensa atención a este hombre, fué como descubrí un hecho insólito que casi me paralizó: Cojeaba del pie derecho; con mucha impertinencia — lo cual yo en esos momentos consideraba sinceridad — fijé mi mirada en su tobillo desnudo, y penetrando más abajo por el talón mi vista entre la obscuridad del zapato, di un grito sobrecogedor en el fondo de mí mismo. Sin duda, claro, es evidente, ese hombre estaba loco. ¿Cómo podía continuar andando si llevaba incrustado en el talón un largo, ancho, y sólo para él re-

servado, mohoso clavo, que le hacía sangrar tan abundantemente el pie y que debe haberle torturado con un penetrante e inédito dolor? Lo admiré tan calurosamente, que llegué a tomarle el brazo; lo retiró con brusquedad, pero luego tomó el mío por pocos instantes para desagraviarme.

—¿Qué hay, qué piensa ahora? — me preguntó suavemente, pero con el rostro serio.

—Usted, David — así se llamaba —, es un héroe, un santo — le dije conmovido, sin poder comprender, sin poder concebir ni vagamente siquiera cómo alguien podía sufrir o gozar solo, y me repetí avergonzado mis palabras de hacía poco rato quejándome de la falta de amigos. ... Sí, usted es todo un hombre—le grité al oído, decidido a seguirlo para siempre, como un siervo talvez.

—¿Por qué? Usted no sabe — arguyó molesto.

—¿Cómo no sé? Le he visto el pie, la sangre, el clavo, la obscuridad...

—Eso es cosa mía — respondió brevemente.

Experimenté una aguda cólera, aun más, un agudo odio, pero sentí claramente que era el mismo amor, el mismo impulso de fusión y pérdida el que ahora me enardecía. ¿Por qué las gentes lo llaman odio, o amor? ¿Gente que nunca ha sentido algún sentimiento profundamente y sin consideraciones utilitaristas! Con un inmenso amor deseé despedazar facción a facción, milímetro a milímetro, el cuerpo de ese ser orgulloso y puro, sintiéndome quemar desde lo más interno de mí mismo por un fuego creciente y nunca satisfecho. Y a medida que este fuego aumentaba, crecía el dilema satánico que envolvía: "Te mataré para que algo tengas que ver conmigo", y formulando ese deseo se me escapaba la frase que mi perversidad ponía en boca del otro: "No me mates, te lo ruego". Entonces yo le perdonaría. Esfuerzo por el más desesperado amor, como ustedes pueden considerar, pero esfuerzo absolutamente inocho. Yo temblaba, ahora bajo ese cielo cruel que tan pronto había dejado desvelar su dureza y su implacabilidad.

Debí acercarme al hombre del bigote rubio, que marchaba feliz ya completamente olvidado del hombre puro

que lo había enardecido. Pensaba en alta voz para que los demás gozaran. A pesar que los demás ponían la mayor parte posible de atención en penetrarse de sus ideas, Karl — así se llamaba — no se sentía satisfecho. Había algo obstaculizador e insalvable — ¿el cuerpo talvez? — que le impedía llegar al núcleo de los seres queridos. Respecto a las mujeres, igual, no obstante que con éstas él podía entrar literalmente en ellas. Entrar, pero no mucho, no hasta esa desaparición de las individualidades que el impulso amoroso exige. Luego, los mismos hechos impedían el absoluto acercamiento. Uno puede dormir al lado o encima de otra persona, pero no duerme el mismo sueño. ¿A qué soledad y lejanía obligan esos pequeños y cotidianos actos de comer, defecar, sufrir, gozar, llorar...! Los límites son infranqueables pese a toda voluntad humana... Y así fue como, acariciando primero, apretando después, luego mordiendo y atenazando cuellos largos llenos de vida, muslos iluminados por la contemplación, senos como pájaros eternos, llegó a herir y; finalmente, a asesinar a las más hermosas mujeres. Ahora le sucedía algo semejante. David, para él, representaba algo así como una esfera aceitada que nunca lograría asir, y él lo deseaba urgentemente, profundamente. Esto es el amor. Deseaba asirlo aun a riesgo de aniquilarlo para siempre; por lo demás, ¿no se aniquilan siempre los seres que se aman? El cansancio amoroso, ¿no es simplemente resultado de la muerte de los amantes? Karl ahora volvía a enardecerse. Pero yo estaba a su lado, y lo apacigué.

—David... — comencé a hablar.

—Basta — respondió.

Le miré a los ojos y comprendimos. Asesinaríamos a David, el blanco, el solo, nosotros hormigas altruistas entraríamos en su reino y sería nuestro, despedazado pero en nuestras manos; y yo podría lamerle las heridas y hacer mía su sangre, y Karl le pondría la rodilla sobre el pecho hasta que se enfriara. Y sobre todo ese goce, la perfecta armonía, el igual trayecto de dos pasiones, de dos vidas: la mía y la de Karl.

—Federico — me interpeló Karl —, tracemos un plan. Yo le agrediré y tú le defenderás, ¿he?

—Natürlich — contesté, porque la vergüenza me impidió desnudar mis sentimientos.

En la mano de David un objeto brilló lenta, pero agudamente: talvez su propia alma puesta por primera vez a la luz exterior y extraña, o un cortaplumas, o un acto libre.

Karl se abalanzó sobre sus espaldas, y mientras le golpeaba la nuca con el dorso del puño, con la otra mano ceñía su cintura. Para David esto era repugnante; sin embargo, conservaba para sí su más pristina dignidad. Ahora Karl había desgarrado la camisa de David y con una escobilla gruesa y áspera frotaba los pezones del hombre blanco, quien experimentó algo así como estas palabras: "bascas de sí mismo". A pesar de que esto era tan intensamente vergonzoso, David no pudo impedir ni el hecho que le producía tal sentimiento, ni el sentimiento mismo. No hablaba; sabía por lo demás que eso lo habría comunicado con la sucia hormiga que le torturaba, y se mantuvo en silencio sin protestar ni implorar.

—Perro idiota, burro loco, pavonéate ahora — graznaba Karl ágilmente —, perro querido, encantador cisne, espiritual aceite de ricino, dí, díme, angelito peludo, torre de marfil meada...

Al pronunciar estos últimos epítetos, Karl descubrió que, además de asesino, podía considerarse un invertido.

Pronto se agruparon los compañeros en torno a la batalla.

Yo oí frases como éstas: "Se quería suicidar, ¿eh?", "Pronto, rápido, rápido", "El que miraba hacia arriba, ¿no?"... etc., y no pude estar sinceramente en su contra. Me abrí paso dispuesto a liquidar a Karl, pero recordé el plan y exclamé:

—David, yo le defenderé... ¿Ah? Dígame, ¿quiere? — le grité, esperanzado en conquistar aunque fuera una palabra. Me acerqué tanto a él que sentí su calor corporal y le tuve lástima. ¿Lástima? Ja, ja. Eso hubiera yo deseado:

él era demasiado fuerte para inspirar otra cosa que amor u odio.

Ese hombre blanco era tan inmensamente solo e interiorizado, que no sintió ni nuestro calor, ni nuestra presencia, ni nuestro impulso de acercarnos a él, y tan es así que no utilizó su cortaplumas para herirnos. ¡Brillante, intenso acto libre, de aterradora humildad! Y, tranquilamente, como hacía siempre que no recordaba algo que anhelaba recordar, comenzó a contar en alta voz: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... etc., con tal serenidad que nos sentimos agredidos.

—Hay que lincharlo — propuso alguien.

—Uno por uno — corrigió otro.

—Que siquiera nos mire — aulló un tercero, desnudándose el antebrazo.

Y todos, unos furiosos, otros con rencor disimulado, muchos fingiendo indiferencia, algunos desesperados hasta las lágrimas, expresaron y sugirieron lo que se debería hacer de ese hombre.

Aprovechando la batahola, David abrió el cortaplumas que guardaba en la mano, dejó de contar, y se dispuso a hundírselo en el vientre.

Entonces, todos sentimos verdadera compasión por él; tal fué el sentimiento que prevaleció: y así nuestra debilidad fué halagada. Separamos a Karl y empezamos a cuidar al hombre irreductible. Le deseamos la vida. Le deseamos el bienestar, la felicidad. "Alguna vez se recordaría de nosotros...". ¡Cochino egoísmo del hombre, siempre esperando roce o recompensa!

—Usted no puede suicidarse — dijo alguien, colocando la mano sobre la frente para constatar si tenía fiebre.

—¿Por qué quiere sufrir? — le aconsejó otro en tono afable, y le quitó el cortaplumas.

—Ahora, ahora—rugió David, saliendo de sí por primera vez —, ahora, tapiado por estas masas cariñosas, es cuando lloro, y pateo, y rabio. Yo hago lo que quiero, ¿en-

tienden? ¿Qué se meten ustedes en mí? Yo me quiero matar...

—No, pichón, cálmate — terció Karl en el colmo de la felicidad.

El hombre solo no tuvo otro partido a tomar que serenarse.

—¿Me permiten fumar?—preguntó.—O si no, dormir...

Luego volvió a tener un acceso colérico.

—Ahora es cuando lloro y rabio y... — ya no tenía verbos para expresar su ira, por lo cual optó por la ironía — y fumo... sí, fumo un poco, fumo y duermo contra todos ustedes... — terminó con una sonrisa amarga.

Se calló, y, luego de haber contado (uno, dos, tres, cuatro, etc., hasta 20), pareció recordar algo que había soñado o pensado hacía muchos años atrás: ¡Qué atroz tortura para Cristo hubiera sido la de que los hombres, por un exceso de intrusión o confianza, le hubieran impedido ser crucificado!

David sollozaba. Las lágrimas corrían por su hermoso rostro ahora abierto a las devoradoras hormigas, y abrían surcos misteriosos en su interior.

—Eso querían ustedes...

Alguien le interrumpió chanceando:

—¿Qué queríamos, aristócrata?

—Eso querían ustedes — continuó David —: que les dijera: Eso querían ustedes... ¿Qué? Que les dijera "Eso querían ustedes..." ¿Qué?...

Y continuó hasta el infinito.

Indudablemente, el Hombre estaba hecho pedazos.

Como un rayo me separé de la multitud, y por una callejuela transversal huí hacia la locura. Corrí, corrí... aún corro, corro, corro... ¿Oyen?... Aun voy corriendo...

Teófilo Cid



Los Despojos

Aujourd'hui je vais fabriquer un petit roman de trente pages; cette mesure restera dans la suite á peu pres stationnaire. Espérant voir promptement, un jour ou l'autre, la consécration de mes théories acceptée par telle ou telle forme littéraire, je crois avoir enfin trouvé, après quelques tâtonnements, ma formule definitive.

Lautréamont.

El hombre, visto a través de la propia imagen que, para su diversión construye el fuego, asimila tanto de la vida animal en que yacen las sombras, que, aun sin sentir la experiencia, en modo alguno diabólica, se sabe que ahí principia a dominar un monarca enemigo de la vida. En busca de esta soledad, Julio se acercó a las llamas, aprovechando el pedazo de luz que aún crepitaba en sus brasas. Sin advertir que sus manos se quemaban, sintió invadido su organismo de fuego hasta que, al último, en su pecho, sintió la marca dolorosa del primer aullido. Era el fuego que, en lenta combustión, deshacía sus moléculas. Era el principio que reina en lo desconocido. Sintió su dulce pesantez subirle por las venas, atravesar sus glándulas internas, como tratando de introducirlo, a fuerza de calor,

en otra atmósfera más alta. Julio, al cumplir catorce años de edad, comenzó a deliberar a solas sobre el viejo sentido de lo habitual y sus especies demoníacas. Sin alterar el orden que, como cauce ilusorio lo empujaba hacia otras índoles diversas, las mujeres, ahora, tenían para él un encantamiento nuevo. Verlas ya, era un nuevo encanto para sus disposiciones ingenuas. En tal forma lo embargaba ese deseo de atraparlas entre sus dedos que hasta estuvo en situación de abdicar sus entretenimientos diarios por perseguirlas de calle en calle, de parque en parque. Este deslumbramiento originó en su espíritu un repentino cambio de valores. Por eso, la actitud de la llama erguida sobre sus propias brasas, producíale un singular goce, que no tenía nada que ver ni con lo estético ni con lo metafísico. Era su propia substancia, abandonada al azar de su horrible temperatura, llena de súbitos apremios. Más que eso, el mes de Enero con su claridad cruel y tangible. Este mes aproximó a Julio y Matilde, proporcionándoles un campo más justo para sus conversaciones. Los dos iban a buscar las vacaciones, uno en los brazos del otro. Nadie pudo pensar que esto pudiera lesionar en forma tan profunda sus almas. Sus padres vieron en estas cosas de chiquillos una encantadora manera de evitar otros contagios y nada más. Con tal respeto se juzga, a veces, lo que ocurre en el interior de nuestro prójimo que es imposible averiguar lo que otras gentes piensan de nosotros.

Esta ignorancia del mundo, de sus propósitos buenos o malos, talvez, hizo que Julio y Matilde faltaran a ciertas conveniencias. Pero no aceleremos el término del relato, porque aún hemos de gozar un poco en la contemplación de los preparativos que conducen al placer. Diré, pues, en qué forma Julio conoció a Matilde.

No era una tarde, como teme el experimentado lector, sino una suave mañana de Enero. Matilde venía en su dirección. La saludó graciosamente, sin saber por qué lo hacía, y se acercó hasta ella. Con voz un poco temblorosa por el temor de verse rechazado le explicó su deseo de conocerla. Matilde, sin ser una muchacha coqueta, no pudo me-

nos que aceptarlo. Ambos se encontraban en ese exacto instante en que todos los hombres y mujeres se hallan cuando dejan de ser niños. Contestó la joven que también ella deseaba su amistad. Sin atreverse a dar un nombre un poco vulgar a sus relaciones, así al menos, evitaba posibles sospechas a su familia. Durante varios días se reunieron en una pérgola cercana. Ahí, las palomas distribuían a los paseantes sus gracias mientras los jóvenes entrelazaban las manos con gestos adorables. Vieron atardecer en la torre vecina, con doble vista, con doble amor y cópula de pensamientos, sin otro objeto que dejar a flor de labios una palabra preventiva o un ademán lleno de sorprendentes expresiones. Julio pudo ver, a través de los ojos que miraban en sus ojos, una penetrante aspiración a lo contiguo, un gesto lleno de azar, de crémor y láctea esperanza. De esa experiencia, más que de la experiencia ígnea, extrajo en seguida más de alguna de las ideas que exornaron su porvenir. Comprendió que la vida consiste también en proporcionar a nuestros semejantes una participación, aunque minúscula, de nuestro ensueño. Lleno de esa lucidez terrible que la naturaleza coloca en castigo en los ojos de los enamorados, Julio acertó a moverse en medio de las sombras, como guiado por antorchas mágicas. En la arborescencia de tanta palabra escuchada con espionaje y cautela, como deben escucharse a las mujeres, Julio vio brotar las primeras flores y los últimos manojos cayeron en su cara con gélido contacto. Matilde, mientras así su amigo vivía, puso todo lo de sí para explicarse el misterio oculto en sus manos. Ese río de ideas que la llevaba a prenderse como una hogaza cualquiera en este robusto tronco que estaba a su lado. Tantas veces vio caer las tragedias en silbatina grosera de pájaros y héroes de galería, tantas veces vio arrugar su ceño masculino sobre sus ojos entreabiertos como medusas azules, que ahora hasta el menor movimiento de su alma la asustaba. Desde aquel día en que sintióse inundada por inesperado y prodigioso licor, representativo de muerte, de náusea y de crimen, un secreto presentimiento la conducía a evitar un contacto que consien-

temente la atraía en forma fatal y definitiva. ¿Los besos? ¿Qué son los besos? Una noche sintió la boca helada del demonio sobre la suya, como rana aplastada sobre sus dientes. Despertó llorando cuando su madre empezaba a dormirse y la veía en sueños gobernar el tránsito de las mariposas. Esta discordancia de los sueños dividió por mucho tiempo a la madre de la hija. Nunca, en realidad, existió mayor unión que la otorgada por un sueño compatible. Este deseo la llevaba a los brazos de Julio, aunque presintiendo el fracaso que sobrevendría cuando los dos se descubrieran. Esta situación se prolongó durante algunos días, sin que los jóvenes pudiesen atravesar ese desierto que dispone entre las gentes la ignorancia y el disgusto. Sintiendo ya la interna pezuñada del hastío, una tarde decidieron separarse con ánimo de no verse más. Fué esa tarde cuando, por fin, asieron la llama inextinguible que bulle en la sombra. Julio dijo que su vida había tropezado con el escarnio, con la enfermedad y el aburrimiento, que en su ser había una determinación fatal a lo increíble, que nada de lo ejecutado en el colegio, ni siquiera en el seno de la familia, podía satisfacerlo. Agregó que a diario se entablaba en su cerebro una lucha de valores oponentes, que siempre existía en él la convicción de un más allá maravilloso, que las Ruinas de Palmira, ni como lectura de ocio y descanso, podían ya dejarlo contento. En suma, se declaró un poco importado dentro de la vida. Esta exégesis del fuego no puede convencerlo, ni el airón de la pluma, ni la recóndita saliva para escupir sobre sus huellas. Convalecencia y amor, estado provisorio para el desarrollo general del organismo y del espíritu, guía tutelar de estrellas y sueños.

Matilde, por su parte, se declaró en un estado semejante. Hecho el descubrimiento del cuerpo, faltábale ahora el descubrimiento del alma que reúne y concierta los objetos. Encantábale, por cierto, dirigir sus emociones a determinadas endechas espirituales, distribuir los nombres de las cosas con lengua sembradora y optimista. Decir la palabra árbol para que éste creciese de su propia sombra como un fantasma en el rincón vacío. Decir después el verbo

florecer para que todo, hasta sus enaguas floreciesen en margaritas numerosas y fragantes. Ahí en su ojo izquierdo prolifera un manojo de geranios. Ved su espectáculo primaveral despertar en medio de las sábanas, donde el invierno pone un galope de oropeles y brillantes fantasías. Escucha su voz cómo nace del inclito anochecer; viene su voz hasta el oído de Julio y trepana su cerebro en dos mitades. Una cae en sus manos, la otra se disuelve en gotas de absintio esmeralda. La lengua de los gatos agostinos vendrán a lamerlas cuando ellos se vengan. Matilde piensa que el mundo derrocha oportunidades para interrogar a los ángeles.

En esta serena disposición de espíritu, con provisional adopción de nombres para calificar entre ellos la belleza posible, los jóvenes aventuraban un poco de sus vidas. Verlos juntos, con las manos juntas, es pretender examinar un monstruo de dos corazones, un molino de dos aspas movidas en sentido heterogéneo. Por eso resulta más cómodo hablar de uno de ellos primero y después del otro. Por galantería tradicional, empezaremos con Matilde.

Era hija de Rosario, la niña que se vió salir del espejo cuando inesperadamente se produjo un terremoto en la ciudad. Todos los instrumentos sísmicos marcaron un máximo desnivel del mundo, sin que los experimentadores pudiesen comprender de dónde provenía. Sólo una mujer dentro del espejo sabe lo que sucede en los regulares contornos de la tierra. Ella vió ondularse la tersa superficie, como piel de océano o de vaso desbordante. Vió su vaivén de pesadilla, los hombres de bigotes lacios y las señoras de brazos amarillos, convertidos de pronto en marineros de alta tierra. Comprendió la oscilación completa de las lámparas, así como se comprenden las señales de los guarda agujas en las estaciones cubiertas de niebla, un poco antes del choque del tren que nos lleva hacia la muerte. Oteando el panorama en su bisel sin arrugas, comprendió con qué facilidad se pueden procrear los hijos en una especie de temblor de tierra. Sacudió el el polvo original que manchaba sus mejillas y bajó a tierra. La hija del terre-

mo to o del espejo, como quiera llamársele, tuvo a su vez una hija, Matilde, cuyo nacimiento poco maravilloso no dejó de tranquilizarla. Había heredado de su madre el temor por la región natal, de cuya maldición huía apresuradamente. Con esa complexión emigratoria viajó, durante su infancia entera, de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. Sus padres vigilaban sus actos, temiendo que apareciese en su frente la estrella prodigiosa. Para Rosario, a pesar de su radiante origen, lo real tenía autoridad de maestro. Era necesario aceptar que los pájaros no son nada más que pájaros. Toda alegoría tejida a su alrededor podría comprometer su buen sentido. Es explicable que Matilde ignorase, pues, otra diversión que la proporcionada por las manos. De pequeña, adquirió la costumbre de vivir a expensas de su tacto, de su lengua y de sus muslos. Correr, saltar, es una manera de rozar el aire que corre sobre nuestras cabezas, de tocar con los muslos ese pabellón de verde y oscuro resplandor que da una luz interna a las enaguas. Sin embargo, el sueño fué reemplazado por la angustia. Cuando ya, quieta, descansaba, un demonio de un solo ojo venía a deleitarla. Su padre, un poco neurasténico, le tiraba las orejas hasta transformarlas en hilos de azafrán. La impresión de verse maltratada, más que el dolor mismo, la hacía gritar en medio de la obscuridad, hasta que su madre la venía a consolar. Después aquella obsesión nocturna se transformó en dulces fragmentos de ensueños. Todos saben que estos transforman las palabras, que dan a su expresión y aún significación un sentido algunas veces extraordinario. No tiene, pues, nada de sorprendente que sus padres comprendieran su secreto, ya que, por otra parte, Matilde no hacía nada por ocultarlo.

—Esta niña sueña, dijo la madre.

—Sí, sueña, y le hace mal, pensó el padre.

Los árboles que afirmaban sus cabezas en los vidrios de la ventana se lo comunicaron a las aves, éstas al viento. El viento penetró en el corazón de Matilde. El sueño, como dulce hecho en casa, se halló más dulce y mejor hecho cuando llegó de fuera. En un libro de poemas pueden

leerse poesías que, al fin de cuentas, no representan nada. Pero hágase la prueba de recordarlas en un momento acogido. Son también pequeños fragmentos de alegría que alegrarán nuestra inteligencia. Matilde, en trance de liberar su pensamiento de sí misma, halló un nuevo deleite en acercarse a la tierra prometida que fué de sus abuelas. Se acercó a un espejo y se juzgó bellísima. Dió un nuevo tinte a sus mejillas, un color sombrío a sus pestañas. Al mirarse de nuevo, no pudo retenerse en la alcoba y salió a la calle. En las aceras los hombres se volvían a mirarla. Las mujeres todas no podían superar su belleza cautivante. Esta persuasión la guió hacia el parque, donde sus amigas situaban aventuras con muchachos de ondulada cabellera. Sin notar que la seguían, continuó marchando, con aéreo paso, como caída de un pentagrama musical. Al llegar al ángulo más próximo de un parterre, una voz de consuno, un brazo familiar la cogió con extraordinario enlace. Era Julio.

Este había nacido, en cambio, enfocado hacia una perspectiva más luminosa. Sus padres crearon en él un mito poético, desde que el niño extravió por primera vez el camino de la escuela y se introdujo en una habitación desconocida. De esta aventura recordaba muy poco, porque se remontaba a los años en que sus tías eran aún casaderas.

En una pieza de forma rectangular sonaba un gramófono con estridente música. Era un aire de opereta que conmovía a sus abuelos. En un rincón del cuarto, sentada sobre una silla recamada de oro y verde gayo, una señorita disponía los discos que se iban a tocar a continuación. Los demás circunstantes guardaban silencio, mientras ella repetía una palabra que a Julio le pareció relacionada con la vida de ciertos insectos. Julio avanzó sin temor hasta el instrumento y con mano segura detuvo la aguja de acero en el instante mismo en que la música llegaba a su punto álgido. La señorita se levantó indignada:

—Fuera de aquí, intruso. ¡Fuera!

En la casa cuando regresó del colegio quisieron corregir algunos detalles. Dijéronle que esa señorita represen-

taba a las musas de los griegos y que él estaba predestinado al arte. Julio se escabulló entristecido al escuchar esta infame interpretación, decidido a no seguir los consejos paternos. Fué precisamente en esa época cuando llegó Rosario a su casa. Esta mujer que, sin ser bonita, ejerció tanta influencia en la vida de los hombres que la conocieron, fué siempre para Julio un atractivo tenaz y demoníaco. Nada se sabía de su pasado. Alguien dijo, no sé quien, haberla visto en tratos inconfesables con un vagabundo de apellido Ansieta en un pueblo cercano. Sin embargo, nadie pudo reprochar en este sentido a Rosario la menor ofensa a la moral. Con seguridad, pensó Julio muchas veces, ella tuvo algunos adoradores despechados que trataron de desprestigiarla con el fin, que a nadie se escapa, de vengarse. Rosario, muy afligida ante la bulla que promovían a su paso, sobre todo las mujeres, entregó a Julio más de un secreto. Ella le enseñó a despojar las llamas de su capa corpórea para adivinar en sus formas ocultas el porvenir inexorable. Asustados sus parientes quisieron deshacerse de ella, pues sus prácticas les eran desconocidas y creían ver en todo eso una relación con el demonio. Agreguemos a todo lo dicho que Rosario jamás descuidó de hacer sus oraciones con las medrosas tías. Estas al principio vieron con ojos benevolentes sus extrañas costumbres; pero al último terminaron por abominarlas.

Desde su llegada a la casa, las noches se hicieron más plúmbeas, como deseosas de espantar a sus súbditos. Sueños y pesadillas horribles asaetaban con inflexibilidad el casto descanso de la familia. A altas horas de la madrugada se sentían voces implorantes y chasquidos de látigos en los desiertos ámbitos del salón. Julio y su padre veían este renacimiento fastasmagórico de la mansión con ojos amables. A ellos, talvez por ser hombres, o porque en el fondo les interesaba con especialidad el asunto, se les ocurría divertirse a costa de los fantasmas. Todo cambió la noche en que éstos aparecieron de verdad. Al día siguiente, Rosario salió de la casa para no volver nunca. Julio lloró algunas semanas por la amiga ausente hasta que nuevas

preocupaciones ocuparon el lugar dejado por ella. La casa volvió a su desenvolvimiento normal. Los jacintos del jardín estiraron sus pétalos y el canario del hall cantó con más imperio.

No obstante la recobrada tranquilidad de la casa, Julio siguió su ruta aparte, trabajando siempre en medio de las mismas circunstancias que motivaron la marcha de Rosario. Su viaje hacia lo maravilloso de la vida no terminó en seguida. Hubo tal vez un breve paréntesis para dejar crecer sus huesos a la estatura adulta; pero una vez conseguido este mínimo objetivo orgánico, su ser resplandeció con más fuerza. Desconfiado por naturaleza de sus ojos, de sus oídos, en fin, de todos los medios que el hombre dispone a su haber cognocitivo, Julio dedicó su entusiasmo al cultivo de esa flor asombrosa que es el pensamiento. Sin partir de nombres, ni de hazañas prescritas por manuales heroicos, evocó la vida de los primeros pobladores del globo. Su lucha enérgica para doblar los árboles y esculpir en sus cimas orondas un porvenir de dioses. Bajar de las cumbres o subir de los valles, dormir a la intemperie, junto al pájaro de alas membranosas y gigantescas, al gusano de dulce y helada mirada, complacer la mano sobre el dorso de un reptil domesticado, como una araña vista a través de una lupa... Después, el descubrimiento de las primeras reglamentaciones. Julio distinguió una forma de maldad ingénita en la aparición de la mujer junto a ese ser salvaje y temeroso de todo que es el hombre en su primer transcurso en el globo. A sus tías les escupió la cara con desprecio; a su madre la consideró una ramera sentimental.

—Déjenlo —la voz persuasiva del padre—, muy pronto terminará por civilizarse.

Así fué por desgracia. Julio se entregó al ensueño de una rubia hija de un mastodonte griego, con todo el odio hacia la mujer eclosionándole en las sienes. Terminó por dar escupitajos en el lugar en que se dan los besos y con paso de traidor, así al menos él lo creyó, se dirigió a su casa. A lo lejos, una niña de zoquetes blancos con bordes azules iba en dirección al parque. La siguió sin saber por qué lo

hacía. Desde muy temprano las mujeres lo atraían con nuevos llamados, como glosando un recuerdo perdido. Era Rosario, sin duda, rejuvenecida y sin alterarse, como figura brotada del friso. Aceleró la marcha y con brazos y ojos la cogió, tenazmente, para no dejarla escapar esta vez. Era Matilde.

Julio y Matilde son esta vez reunidos por azar y conducta inefable del hado. No quieren ver en esta aproximación otro motivo que el dispuesto por la vida, siempre imaginando formas de vencer la maldad de los hombres. Forman reunidos un ser de cuatro brazos, de cuatro piernas, doble cabida de sangre y otros diversos órganos que al juntarse asombran al mundo. Ellos son dos, pero al sentarse en la pérgola se funden en uno. Esto se ha repetido hasta el cansancio; pero sin observar qué ser deviene en sus charlas insípidas, qué dulce hermafrodita tendido en el prado. A este ser lo llamaremos Rosario, ya que la madre de Matilde así se llamaba y también la madrina de fuego de Julio. Rosario, que por terminación masculina también tiene que ver algo con los deseos que brotan de Julio, ha hecho durante algunos días un paseo frecuente y pausado en torno del parque. A veces mira con ojos dichosos el estrago que produce el otoño en las hojas; otras veces llora por esto. No sabe mantenerse en duradera permanencia espiritual. Es como descubierto o descubierta al azote plural de los vientos: si sopla del Este mirará el yate que desliza sus blancas banderolas en una bandeja perfecta; si viene el viento Sur a despeinar su cabellera, alisará sus pensamientos con términos de paz. Viviendo siempre en esa continua exaltación nerviosa, soñará con rinocerontes y policías, con gaviotas y células de muerto, con la lepra en los labios nupciales y el retorno a la materia virgen en manos del alfarero. Será, como se ha dicho más arriba, la llama que produce extremas delicias al cuerpo y dolorosas turbaciones al alma. Pasan entre las gentes que evitan su paso, como el ángel pasando revista a sus demonios, como el poeta a través de una ríngla de poemas amenazantes. Vive a expensas de un opio inextinguible sin descollar ni por tremendas maldiciones, ni

por' dulces bendiciones. Ese opio llaman amor los farsantes. No, no es eso, no. Mienten los que así desvergonzadamente afirman. No saben con qué compleja audacia se forman los laberintos de clara poesía donde se pierden los amantes. Pretenden ignorar a qué destino los arrastra esa fuerza inexorable, porque si bien existe, no tiene orígenes celestes. Rosario sabe hasta qué punto se pueden destrozarse las palabras que se dicen al borde de un lecho. Discierne con loca actividad de imágenes a qué función de víbora pedestre se pueden retrotraer los sentimientos de los hombres. Por eso no se asusta que lo vean o la vean pasar por las vías de la pérgola, entre las palomas que huyen asustadas y los policías que anotan su filiación monstruosa en sus libretas. Ella tiene una verdad que poder decir, pero que calla para poder sostenerse en el mundo. Todos lo saben, su existencia basada en un elemento del espejo y otro desmenado elemento de la llama, vive a fuerza de ficción, paralela a la existencia real de los objetos, de los hombres y sus luchas políticas. Vive, pues, con el temor de verse desintegrada antes de cumplir su cometido. Esa conciencia del peligro, la hace precavida, extraordinariamente cautelosa. A nadie niega el saludo. Se descubre ante la niña que implora sus dones o del joven que le suplica una mirada de felicidad. Hay quienes pueden vivir felices, sirviendo de palanca a la miseria ajena. Rosario se niega a esto. Por eso, cuando ya la creen descubierta hasta en su último fragmento de posible dicha, ella muestra dientes aguzados y frunce las cejas con desdén. De pronto la felicidad de los jóvenes se destruye para dejar lugar a la inquietud. Rosario encuentra en este hábito un modo de asegurar su propia supervivencia.

Julio recurre a ella para aumentar su capacidad de sufrir. Como todos los hombres que viven para la inteligencia, necesitaba una postura incómoda para conservar su actitud vigilante. No hay mejor manera de buscar el dolor donde para otros existe la felicidad, el mal donde todos creen distinguir el bien, que dirigirse a Rosario. A estas horas transita por el parque. Oigamos el diálogo que entre ellos se suscita.

—Yo soy joven. Podría trabajar y hacerme rico. Marilde me desvía de ese propósito. Ella representa el placer fácil.

—No. Ella puede darte más que eso. Puede ser tu amada eterna.

—No me interesa amar eternamente. Quiero lograr hacer de mí un hombre al servicio de los demás.

—Los hombres son como las víboras. No hay mayor placer que una noche pasada junto a la amada de labios frescos y brazos dispuestos.

Rosario miente con descaro. Ella no cree en lo que dice. Miente para vivir. Con sutil metamorfosis muestra a Julio el desarrollo del mundo. Convierte la espadaña en jardín y le señala un camino que atraviesa la llanura hasta el castillo que vive en toda lágrima. Julio, desconcertado, ante sus razones irrefutables, se defiende con escasas fuerzas de náufrago. Su energía desfallece ante sus argumentos. Sin saber a qué atribuir su embarazo, la trata de rechazar; pero no puede. Recuerda su viaje a la pieza donde la señorita toca el interminable disco que suena aún después que su mano detiene el mecanismo del gramófono, y le parece que ahora no podrá detenerse en el punto álgido, así como nadie puede detener la corriente después que ha sido impulsada en busca del placer.

—Verás a tus hijos bajo tu mano varonil. Verás los rasgos de tu amada cubrirse de aureolas.

Así miente Rosario para engañar al joven que, desesperadamente, lucha por no creer en sus palabras de Circe. Pero es todo inútil en batalla de tan desigual proporción. Ella con sus cuatro piernas independientes, con su cuerpo de pulpo, atraviesa a descanso las regiones submarinas donde el náufrago se debate con precaria energía. Por último, siente sus brazos alrededor de su cuello y con voz exánime responde, vencido ya por completo:

—Sí, amiga mía, te creo. Absolutamente, mi ángel tutelar.

Quisiera decirle otras ternezas; pero siente miedo de lanzarse a ese mundo que habita en las órbitas verdosas de

Rosario. La mira ahora como a un perro lastimado. Furioso de haberse dejado vencer por tan vil animalucho, le azota la cara con crueldad. De sus mejillas heridas le brotan ardientes lágrimas, venenosas lágrimas de arrepentimiento. Julio quisiera retroceder. Quisiera retractarse de lo dicho; pero no puede. A su emoción de asco y repugnancia ha sucedido un sincero sentimiento de lástima. Desde que ha visto a Rosario bajar la cabeza humildemente, su corazón está vencido. Con voz solemne ratifica sus promesas.

Rosario no pierde el tiempo. Después de su primer triunfo se acerca a Matilde, que en esos momentos despacha el último suspiro del día a Julio. Con gesto maternal la sacude por los hombros. Ella vuelve la vista y la saluda. Ellas se comprenden, casi sin hablar. Sin embargo, la resistencia que ofrece la ingenua Matilde es mayor que la del atrevido Julio. Oigamos su conversación.

—¿Seré feliz con Julio?

—Mucho. El te llevará a los paseos públicos, al teatro, a los bailes.

—No me interesa.

—Te dará a leer sus libros. Son muchos y muy hermosos.

—No los deseo.

Rosario murmura atrevidas palabras en sus oídos. Matilde se estremece ansiosa. Esas ideas también han cruzado por su imaginación en otras oportunidades. Conoce, por libros de zoología, con qué valor poético se acercan los machos a las hembras. Cómo éstas reciben la deliciosa caricia sin temer al pecado que baja del púlpito a acusar a los hombres. Pero recuerda a la otra Rosario, a la niña que nació de un espejo de libro el día preciso de un terremoto, y sin quererlo, rechaza con violencia al demonio instigador. Pero este demonio vaga a la luz del día y el otro no... Con esa división aparta lo natural del terreno de lo maravilloso. Las palabras capciosas que dice Rosario caen en su vacío espiritual como palomas señeras. Vienen despojadas de toda idea de crimen, de todo reproche razonable. Por eso Matilde asiente con vigor, como si al escuchar la evocación de tanta

alegría factible, su corazón se hiciese más humano, se hiciese corazón común.

Hecho el sortilegio del ser de dos cabezas, el amor de los jóvenes deviene una cosa simplificada con regulación de costumbre, regalo de flores y besos. Las cartas que se conservaron de aquella época nada podrían aclararnos sobre lo que a nosotros interesa. Las familias terminaron por conocerse. Esto fué, por otra parte, un nuevo lazo de unión entre Julio y Matilde. Un nuevo lazo que, como podrá verse después, se transformó en lazo de llamas, imposible de soportar.

En la pérgola, los adolescentes hablan sobre sus respectivos problemas. El uno cree en Dios; el otro no. Matilde no acepta la intervención divina en su vida. Ella piensa que a Dios el mundo le quedaría chico. Que es suma vanagloria pretender un linaje divino. Las cosas nacen como las hojas de los árboles, a estímulos de savias latentes, de jugos extranaturales provistos de libre esencia. Ella sabe cómo se organiza el mundo a través de la esperma lúcida del sueño. Cada parte, cada rincón del decorado corre a su puesto legítimo cuando los párpados se cierran y los ojos del soñador se abren al mundo individual y verdadero. Algunas veces quedan, de tanto apremio, a mitad de camino y así vemos, por ejemplo, un trozo de nariz en una espada o un nido de pájaro en el uniforme impecable del coronel. Ese mundo, iluminado por un resplandor, que nace un poco más allá de los hombros, porque el soñador no tiene espaldas, es un mundo más real que el mundo de los coroneles auténticos. Seguir su ruta en la vida equivale a continuar la línea de nuestra propia esencia. Esta esencia, participada un poco por los gérmenes que viven en los árboles y en las venas de los brutos, es sinónimo de fuerza, de energía natural. La podemos observar en pujante movimiento, siempre en pujante movimiento, en los caudales, y, sobre todo, punto de unión con Julio, en el fuego. Matilde se recrea ante los cuadros sucesivos que, a la luz de este continuo devenir, le muestra el mundo. Ella, para consolarse un poco de lo fea que es la vida, se imagina dopelganguer; en frenesí de ayu-

da y consuelo recurre a las mitologías para obtener bienestar.

—Digo árbol, se dice, y los árboles nacen a explosiones de flor. No importa que éstos crezcan en regiones distantes y que yo jamás los vea. Ya es un goce pronunciar la palabra árbol. ¡Árbol!

Al pronunciarla, nace una cohorte de conceptos animales. Estos descansan después de su rumia filosófica, a la sombra de los árboles. Estos remecen sus capas pluviales, las capas pluviales prenden su oro en la garganta del fraile, los frailes cantan en sus órganos de ébano, los órganos en la iglesia y Matilde. Matilde entra a la iglesia y se hince en el reclinatorio familiar. En sus labios aparecen viejas, mutiladas oraciones sin sentido. Ella quisiera despertar en su alma, el retoño que, según le han dicho, nace cuando los troncos se quiebran de ancianos. Su familia debería dar a luz un místico. Sofocada corre a los pies de su madre. Esta vive todavía entre la gente; pero con ciertos deseos de partir. Matilde apoya su cabeza llena de preocupaciones sobre el seno materno y escucha. Desde el fondo del corazón de su madre asciende una columna de música, una marcha nupcial con rumor de campanas y fiestas. Su madre, como desposeída del misterio que le dió un principio y un sostén a su existencia, se debilita, se esfuma. Ella tiene ahora apoyada con azoramiento la mejiilla sobre el respaldo del sillón de su abuelita. Está en la vieja casa de campo, rodeada de árboles. Uno entre ellos, sobre todo, es el árbol de Guernica de su niñez. Matilde avanza hasta él y lo abraza. El es su verdadero Dios, ella ha nacido bajo una constelación de ramas y verduras. Es también forma y parte de aquella grácil estructuración arbórea.

Es en el mes de Enero, cuando la naturaleza entrega su mayor medida de aroma y trino. Es el mes de los árboles, de sus nidos copiosos en pájaros, cuando Matilde conoce a Julio. Ya sabemos qué impresión le produjo al comienzo. Digamos, entonces, que las relaciones de ambos se estrecharon cada día. A fines del mes eran más que amigos perfectos.

Julio, al que tomaremos por nuestra cuenta ahora, después de su aventura con la griega de marras, hizo todo lo posible por sufrir, por dolerse y apenarse. No eligió, desde luego, ningún rincón del bosque para dar corriente a sus querellas, porque, provisto de cierto buen sentido, era un niño que casi llamaríamos feliz. Sus dolencias eran de origen nervioso, como todos sus placeres. Ya no equivocaba el camino del Liceo; pero, en cambio, todo el mundo le decía que iba por mal camino. Esto es tan ilusorio al fin y al cabo para quien no ignora que siempre hay una lápida después de todo afán y vida, que Julio despreció las advertencias. Cultivó en su alma las peores inclinaciones al vicio. Combinó su antiguo sueño con la luz que proviene de los cuartos oscuros, esa luz que da que pensar a los serenos y que se mantiene encendida para lo mismo. Fijemos la atención en su modo de actuar. El sabe que es malo velar hasta tarde. Sin embargo, lo hace, consiguiendo así una crisis nerviosa inevitable.

Julio está tendido en su cama. Desde esa posición alcanza a distinguir el chorro de luz que brota del orificio de la cerradura de una de las puertas de la habitación. Esta puerta comunica con el cuarto de sus tías. En ese cuarto se hallan ellas. Conversan sobre temas pueriles. Sin embargo, es necesario decir de qué hablaban. Se trata de Julio, de Rosario, madre de Matilde, a quien recién han conocido. Julio atiende sin saber por qué. Mueve con disgusto la cabeza, pues el ronroneo de la charla le impide conciliar el sueño. Al hacer esta operación, con la que habría, tal vez, querido denotar su desagrado, advierte que la cabeza se ha movido en un ángulo no previsto por el esfuerzo hecho para conseguir el movimiento. Entonces se le ocurre pensar que acaso esta impresión no es la exacta, que posiblemente su cabeza no se ha movido y es sólo el pensamiento el que ha ejecutado el trayecto previsto para toda la cabeza. Esta idea lo obsesiona. El sabe, aunque en esos instantes lo olvida, las experiencias análogas que en todo tiempo y lugar se han hecho, y trata de rechazar la turbadora idea que lo obsede. Para convencerse intenta repetir la operación. En-

tonces no hay duda. Es realmente su conciencia la que sale de su cuerpo al espacio, sin apoyo físico ni natural. Tras algunos ensayos que duran milésimos de minuto, porque aun sus tías no terminan de proferir las últimas frases escuchadas antes del proceso, Julio obtiene lo que él cree el máximo de separación con su naturaleza corpórea. Está a noventa grados de su cabeza, o sea frente al ombligo, y ha descrito alrededor de éste un cuarto de círculo tan matemáticamente calculado que, desde ese punto en que ahora está, se puede ver la pared que desde la posición del cuerpo no podría verse. Espantado, regresa a si mismo. Pero vuelve a repetir la experiencia. Helo ahí, a noventa grados de su cerebro, otra vez. Si él se atreviese a abrir los ojos espirituales podría contemplar su carne tendida como en una especie de sarcófago, con luz de verde sueño encima. Pero él no se atreve a abrirlos, porque le teme a su propia visión más que al demonio. Con una ligera presión se empuja hacia los pies hasta hacer el círculo completo. Esa parte del viaje se hace inmensamente rápida. Es mucho más difícil lograr hacer el primer recorrido que el segundo. Ahora le parece estar a sus pies. Sin atreverse a abrir esos órganos inmatrimiales que sirven para proporcionar al espíritu una visión de lo que le rodea, Julio oye, no obstante eso, con facilidad, las palabras que dicen en el cuarto vecino. Esta facilidad auditiva no proviene tanto de una inusitada afinación de sus oídos, sino de la cercanía en que se halla ahora de la puerta de comunicación con el cuarto en que sus tías hablan. Seguramente que, si sus ojos se abrieran, podría ver el chorro de luz, que brota de la cerradura de la puerta, caer sobre sus párpados. No se atreve a comprobar esta aserción, porque tiene miedo de que, al hacerlo, se borre el encantamiento. Julio tiene su conciencia ahora en los pies, o sea, su organismo psíquico descansa en sentido contrario a su organismo corporal. En breves fracciones de segundo intenta la porción más difícil del trabajo que se ha propuesto.

Hace un esfuerzo y consigue desprender su alma (1) de su cuerpo inanimado y atraviesa el espacio que hay entre su cama y la puerta de acceso a la habitación, puerta que comunica con el hall de la casa. Este trayecto, de unos tres metros a lo sumo, lo recorre en un lapso que a Julio le parece desproporcionado. Durante el viaje tiene tiempo, en su sentido más riguroso, de pensar en Matilde, en lo que habrá de contarle al día siguiente, en fin, puede pensar en muchas cosas. Al llegar a la puerta, dirección que ha escogido sin deliberación alguna, siente el temor pueril de chocar los sesos contra la madera. Temor pueril, pues Julio sabe que su pensamiento, pura idea lanzada al espacio del más allá, irrespirable, aunque siempre rodea al individuo, no puede hallar obstáculos en las cosas materiales.

No tiene antitipia, piensa con felicidad, detenido ante la puerta cerrada. Entonces se aboca a la prueba final. Abre los ojos, esos órganos de substancia y nervazón espiritual que es él mismo, y se ve; es decir, ve su cuerpo tendido en el lecho. Es Julio, lo que el mundo palpa y ve. Delgado y pálido, de nariz roma como niñita. Es Julio. Un grito ronco, desesperado, lanza su garganta sin que él pueda controlar su angustia. Con la velocidad del rayo, del meteoro o quizá de la luz, vuelve a sí mismo, al estuche de carne y hueso que lo espera en la cama, con la inmovilidad de la muerte. Su regreso es veloz, aunque siempre deba sujetarse al mismo itinerario que lo sacó de sí mismo. Llega a sus pies, gira en semi-círculo alrededor del ombligo y se adapta maquinalmente a su cabeza. Cuando entra en posesión de sus facultades todavía su grito vaga en forma de ondas en la casa. Sus tías lo han escuchado. Corren a verlo. Lo encuentran pálido y lo obligan a beber un confortante. Ellas juran que el grito se ha oído en el hall; o sea, para Julio

(1) Relato lo ocurrido a Julio con entero desentendimiento de toda cuestión de índole moral, filosófica o religiosa, tal como me ocurrió a mí cuando cursaba humanidades en el Liceo de Talca. Hago esta advertencia para evitar al lector posibles equívocos.

esto es muy sospechoso, en la parte de la casa que se halla más próxima a la puerta en que él pudo asistir al espectáculo de su cuerpo.

Otras noches venían personajes singulares a molestar su sueño. Decíanle palabras extrañas al oído. En una de esas noches eligió el primer exorcismo que se le vino a mientes. Antes decía: acoasma, acoasma. Quería significarles a esos seres de formas monstruosas que él no creía en su existencia independiente, que sólo eran creaciones de su ser, ramificaciones sombrías de sus nervios. Pero los seres venían otra vez a su lecho, persiguiéndolo con luctuosa voz. Entonces imaginó otro exorcismo. Escribió lo que estos seres diabólicos le decían. Algunas revistas aceptaron estas composiciones incoherentes que para Julio no tenían ninguna importancia. El sabía que su vida estaba dirigida a otra parte. Sus amigos conocían este carácter ambiguo de su personalidad y lo aceptaban con cariño, aunque Julio siempre se viese peleando con fantasmas enemigos. A su familia no podía recurrir en estos trances. Ellos juzgaban con seriedad los aspectos cómicos y, si se quiere, bohemios de Julio. Su madre era una señora en vías de hacerse artista de cine. Soñaba con Theda Bara y con la Francisca Beruini. Ella no había nacido en un espejo, aunque por hermosa y digna lo mereciese; pero, en cambio, dedicaba sus horas más prolongadas al espejo. Era suave y caprichosa a la vez. En Julio ejerció tal imperio que éste, por no contradecir sus dictados, era capaz de dejarse asesinar. Cuando supo lo de Matilde, lo aconsejó, en forma un poco audaz, que depusiese toda idea de orden moral ante un placer inminente. Para ella sólo aquello que tenía forma y olor existía. Perderse en fútiles distracciones era abrir un cauce a la música. Y la música es una degeneración de la poesía. Nada pueden las palabras de su marido para convencerla de lo contrario. En él la música vivía sin razón de ser, pues era tal vez mucho más práctico que su cónyuge, pero la tenía en alta estima, porque algunas veces lo hizo feliz. Julio estaba hecho de esos momentos de humor paterno y del carácter anti-poético de su madre. Para él, a pesar de todo, y

no por afición filial, su madre encarnaba la poesía viva, como paloma que se pasea entre los transeúntes.

Matilde conocía esta persuasión de Julio. Nunca quiso tocar el tema, porque era de justa naturaleza de cristal, como su madre. Por eso cuando Julio la besó, ella no dijo una palabra. Al día siguiente, cuando el joven quiso repetir la caricia, ella lo juzgó con mal humor:

—Eres tan pesado como tu mamá.

Julio se rió. Jamás hubiera, por su cuenta, concebido un símil tan exacto. Su madre inclinada sobre las cintas de un sombrero. El, sobre un libro. Los dos antagonistas que, sin saberlo, llegaban al mismo sitio de odio a la vida, de repugnancia por lo innoble y por lo feo. Este sentimiento que, en rigor, debió unir más a los dos jóvenes, contribuía más bien a su disolución. ¿Por qué? Misterios del humano concierto que ya a nadie admira.

Esa tarde han rehuído el encuentro con la prodigiosa Rosario, que sin abanderizarse en luchas políticas, recorre la ciudad de cónclave en cónclave, de círculo en círculo. Les ha dado una breve tregua para que ellos hablen sin sujetarse a alusión malévola alguna. Hablan como dos buenos chicos que son. Matilde ha traído un vestido nuevo, especialmente confeccionado para ella por su madre, la Rosario del espejo. Como ella habla:

—No sabes, Julio, con qué pesar me moriría.

—No sabes, Matilde, con qué pesar te vería muerta.

En fin, se repiten las palabras sancionadas por una costumbre de miles de años. Los enamorados han de unir su cariño a la idea de la muerte, aunque para uno la muerte tenga valor de restitución a la esencia legítima y para el otro sea una purificación de llamas. Los árboles terminan por caer al fuego que empieza por lamerlos voluptuosamente. Después coruscan sus ramas hasta que la fuerza extinguidora penetra a sus galerías y mata la savia vivificante. Las ramas se retuercen como mujer en espasmo y el fuego varonil las convierte en cenizas. Sólo entonces podrían ellos imaginarse el amor; un tropel de árboles en llamas con cabelleras de fuego: Igneos fantasmas que se

acercan al hombre, a la mujer, con espadas amenazantes. Si no fuera por este poder demoníaco, el amor habría desaparecido hace ya mucho tiempo. Pero, ¿Julio ama a Matilde? Al menos así lo cree el joven cuando se acerca a ella.

Sucedió que las dos madres, Odette, la madre de Julio, y Rosario, la madre de Matilde, se hicieron amigas. Una de ellas descansaba en la otra con natural negligencia. Ahí era Odette la corresponsal entre los vivos. La otra, quizás por desorientación de ondina fuera del agua, tenía esa terrible e impresionante frialdad que a todos hacía huir. Su marido mismo buscó en otra el calor que a ella le faltaba. Su amistad con Odette se hizo enfermiza, no podía vivir sin sus conversaciones, sin sus advertencias y consejos. Hemos dicho que, para reaccionar contra su vida anterior, se las daba de mujer práctica; pero para tranquilidad del lector hemos de confesar que Rosario no servía para nada. Ella no sabía darle a la vida un sentido ordinario. Los vestidos que confeccionaba a su hija, tenían mucho de moda en el sueño, donde es posible hasta mujeres que se paseen desnudas; pero en realidad no gustaban a Odette. Esta última se lo hacía ver cariñosamente y Rosario se adhería a su cuerpo como buscando protección. Para ella la amistad con la madre de Julio era una resultante lógica de su destino. Lo que faltaba a su conducta para ganar completa independencia en los aspectos difíciles, inasibles para ella de la vida. Desconfiaba de Julio, de su hija, de sí misma; pero no de Odette. Sabía que ésta era un receptáculo de fantasmas, que era la única que vivía en una reunión de enteleguias esfumables, que como segura guía de estos fantasmas podía llevarla a buen destino. Odette, por su parte, no quería a Rosario. Considerábala fantasiosa y "demodée". Esa teoría del espejo le pareció ridícula y condenable de todo punto de vista, incluso literario. Todos saben de donde vienen las mujeres. Rosario, como buena ondina, bebía sus palabras. Estas le daban una real y auténtica personalidad zoológica. Con una sonrisa pensó en su marido, tan idiota que la espiaba hasta en sus acciones más íntimas para ver si en estas acciones descubría el origen de su mujer. Nunca supo nada.

Fatigado, buscó en otra la verdadera autenticidad que tanta falta le hacía. Sin embargo, a pesar de estas enormes diferencias, las amigas se apreciaban.

Todo habríase deslizado como Julio y Matilde deseaban si no hubiese sido por una extemporánea intervención de la casualidad. Rosario había conocido allá en su país de cristal a un hombre de quien seguramente su alma de ondina se prendó. Este hombre, según se sospechaba, vivía cerca de la casa de Julio. Era un viejo militar, coronel o algo así, que iba los domingos a misa y que no tenía nada de particular. Julio, algunas veces lo oyó maldecir como a otro cualquiera. Este señor ignoraba por completo la afeción que inspirara. La saludaba con moderación, como corresponde a un caballero: pero, dejando siempre traducir cierto interés cuando las señoras pasaban juntas. La advertida Odette se dió cuenta de lo que ocurría. Era ella, sin duda alguna, la que despertaba ese interés en el militar. Con sutil vanidad, sin mediar en explicaciones, se lo hizo comprender a su amiga. Rosario lo tomó a mal. El coronel, como todo habitante del espejo, era suyo y muy suyo, y ella, Odette, era una mujer demasiado vulgar para aspirar a él. Odette arqueó los hombros y dejó escapar una palabra: demente. Aún después de mucho tiempo, no pudo explicarse esta ruptura por algo tan fútil y de mínima importancia. El coronel se fué de la ciudad y no se supo nunca más de él. Julio conservó su apellido anotado en su libreta de apuntes: Ansietá. Rosario y Odette no podrían jamás avenirse después de lo sucedido y entonces dirigieron sus miradas a los jóvenes, sus hijos, con malévolos intereses ahora. Las dos trataban de interponerse entre ellos y provocar una ruptura definitiva, aunque salvando, por cierto, sus respectivas responsabilidades. Julio fué el primero en advertirlo, pues Odette, de carácter más abierto y más franco, fué también la primera en abrir las hostilidades.

—¡ Si la hija es tan demente como la madre! Si también se encierra en un camino limitado, si es inaprensible como ella, ¿qué puedes obtener de Matilde? Rosario es terriblemente traidora.

La traición, piensa, es una forma de fidelidad a sí misma. Rosario practica la traición como otros el onanismo, sin comprender por qué lo hace, ella tan pura, tan ahijada de la luz, que tiene ese rigor de espejo para mirar las cosas. Nadie sabe tampoco a qué motivos podrían remontarse para explicar ese defecto. Es, tal vez, la misma ductilidad que la hizo pasar del lecho de virgen al tálamo nupcial, como empujada por una corriente subterránea. Después de su caída matrimonial, la idea de ser madre le espantaba; sin embargo, cuando llegó el momento de ello, lo soportó con resignación. Nadie pudo objetarle nunca una mala acción o, siquiera, una simple distracción a sus deberes. Quedaba, a pesar de ésto, en el espíritu de todos, la convicción de que ella no tomaba en serio lo que hacía. Probablemente, Odette, en este sentido era así. Pero es quizá mayor audacia asegurarlo. Odette era frívola, de poco peso y montaje espiritual y Rosario era más compacta y perdurable en sus ideas. Las dos llenaban el corazón de Matilde. Esta sabía que sin ellas no podría vivir; pero de quien lo esperaba todo era de Julio, gracioso y gentil, como siempre. A las madres considerábalas una, como si la contextura de Rosario fuese una alotropía mágica de la contextura de Odette. Sin duda por las dos circulaba un igual elemento de fantasía, un imponderable elemento que las hacía un poco rebeldes al contacto de sus hijos. Los dos perdían sus palabras en vagas ensoñaciones. La una hablaba de sus abuelas, la otra de sus vestidos. Las dos se aislaban de los problemas verdaderos de sus hijos, que eran también los de todos los hijos de ese tiempo.

—Es necesario que terminen tus relaciones con Julio.

El bolillo rueda de las piernas de Matilde hasta el suelo. A continuación de este pequeño percance, parecido al que dió origen a su nacimiento, Rosario explicó sus razones para decidir aquello. Julio no era malo, no; pero ella lo sentía su enemigo irreconciliable. La llevaba hacia él, un impetu destructor, casi catastrófico. Matilde, acostumbrada al genio tornadizo y variable de su madre, reaccionó. No, no podía ser. Ella quería a Julio, porque de él esperaba la ra-

zón de sus praderas verdes, de sus anchas fauces abiertas. Rehusó enojadísima las razones maternas y se levantó de la silla. Rosario sintió un vaivén de marea en el corazón; algo que empezaba a desbordarse en ella y que era ella misma. Jamás sintió esa calurosa adhesión a su hija: ella, la soñadora experimentada, que negó el derecho a soñar a la soñadora principiante, no podía explicarse esa desazón que ahora le hacía insostenible el trance. ; Su hija enojada! Con voz llena de lágrimas le rogó que la escuchase, que no se enfureciese en esa forma. Matilde, con fina penetración, la perdonó. Esto no dió motivo a ningún diálogo, o talvez, el diálogo aparente nada tuvo que ver con el desarrollo emocional de ambas; pero fué expresado con tal evidencia, que ninguna de las dos se equivocaron. El pacto fué firmado, pues, con asentimiento tácito. No se hablaría más de Julio. Matilde en ese instante sospechó en forma vaga la verdadera razón de la rivalidad de las madres. Una lo alimentaba con su propia vida, su sencillez permanente y clara; la otra quería destruirlo. Esa lucha se realizaba en su corazón con terrible encarnizamiento. El coronel Ansietta no era nada más que un pretexto. Todo eso quedaba grabado en el espíritu de Matilde y era realidad para ella, tan enemiga de ver lo auténtico en las formas y los olores. Posiblemente la aspiración de las cosas, llenas de vida por todas partes, es ésa: ver la magia y el misterio donde hay sólo un corazón que salta y un tejido de nervios que piensa. Y, por otra parte, la pretensión constante de Rosario, fué ver una realidad concreta y organizada en los fantasmas.

—Tu madre es mi enemiga, lo presiento. Esa idea me tiene cogido desde que la conocí.

Julio deja a su novia llorando. Ella sufre por todos ahora. El sale de una calle para meterse en otra. Cuando se da cuenta del rumbo que lleva, está frente a la casa de Rosario. Sin saber por qué recuerda a Rosario, la amiga de la infancia, evocadora del demonio, y sin tenerle miedo a ésta, entra a la casa. Va apoyado por la imagen cariñosa de la homónima. La frialdad de Rosario le parece estúpida. El es pasión, deseo de llegar al cielo, a la nada, a no sé qué. Ella

tiene un sentido horizontal para llegar a los pies de la gente, que casi podría decirse, si no fuera porque existe la convicción contraria, que es una mujer servil y rastrera. Sinuosamente deja escapar las palabras que a Julio le parecen burbujas. El responde con prontitud. Nada se ha dicho sobre el porvenir de Matilde; pero se entienden perfectamente. Nada puede quedar en reserva para quienes hablan con rapidez, hasta la mínima emoción queda prontuariada en la conversación. Rosario dispone sus palabras como un ejército en ataque. Julio, por recíproca estrategia, en defensa. Desde la linde próxima del bosque van saliendo las llamas, amores diría Matilde, y se acercan al charco donde beben los leones y la luna estival reposa. El contrapunto continúa. Las palabras hacen de manojos de leña disparados al fuego. Vienen del corazón forestal de su hija. Ella lo sabe y, sin embargo, lo olvida. Quiere por todos sus alcances circunvalar a Julio que avanza y retrocede, como siguiendo el paso determinado por el director del baile. Los dos conocen la enemistad que los aísla en sus respectivos procedimientos. Los dos conocen con qué fusión espantosa, de mortuorio encanto, podrían unirse y, sin dar a conocer, al contrario sus deseos, se acercan el uno al otro. Ellos conocen el terrible espejo que los separa. Hay un termómetro que podría indicar la distancia normal entre ellos. Pero ese termómetro, Matilde, está ahora ausente. Vaga entre los árboles del parque y ha tropezado con Odette. Se miran con indiferencia, sin saludarse, y las dos prosiguen el camino. Mientras Odette pasa por las cosas sin dejar huellas, Matilde vive en ellas impregnada de últimas esencias. Pero, volvamos a Rosario y Julio.

--No es Ud. lo que yo quería para mi hija.

--Lo siento, señora.

No se han dicho más. El joven, ofendido, sale en dirección al parque, donde cree hallar todavía a Matilde. No la encuentra. En lugar de ésta, Odette le tiende las manos como para señalarle después una puerta en el muro. Sus manos enguantadas, pasan por la epidermis de Julio con agradable aliento. Siempre han sido así para su hijo. Ella sabe

que, cuando sus manos falten a la habitual caricia, su hijo se hundirá en sí mismo. Entonces, lo tragará Matilde, ansiosa de recuperar la esencia perdida en Julio. Por eso sus manos pasan sobre las mejillas del joven, mientras sus labios preguntan:

—¿Has ido otra vez a ver a esa mujer loca?

Julio deja a su madre decir las cosas, aunque en el fondo le desagraden sus palabras; él sabe que ella no tiene derecho a opinar sobre las razones más o menos graves que inducen a los demás a actuar. Sabe todo esto; pero no olvida que su razón de existir y la de Matilde cesarían por completo sin Odette. Su madre es suave para tocar los objetos, con suavidad de calendario en día de trabajo. Incita a la acción sin molestarse en hacer nada determinado. Su marido se complace en verla deliberadamente inútil. Cuando canta, su voz transmite la música como si ésta le llegara de zonas infinitamente lejanas. Su voz es un poco cálida cuando habla sobre su hijo. Es una buena madre, pese a su frivolidad y a su continuo cambio de ideas.

—No debes esperar nada de esa gente.

Ella quisiera atraerlo hacia sí; pero le teme. Sabe que hay parte de su naturaleza que se pierde al lado de Julio. Este quizá la obliga a observar seriedad o le exige demasiada circunspección. Como buena madre clásica se siente siempre un poco sacrificada por el hijo. A Julio le satisface estar al lado de su madre. Olvida el chamuscamiento sufrido en presencia de Rosario. Casi tiene ganada la seguridad con su madre cerca. Hay más fijeza en su estatura, aunque esta ondula más hacia la izquierda o la derecha. De súbito, pierde este sano equilibrio ante un roce extraño. No es su madre la que está junto a él, aunque es ella la que razonablemente debiera haberle dicho las observaciones anteriores. Es Matilde. Tiene hoy otra forma extraña de alimentar la pasión de su amante. Julio no comprende esa metamorfosis; le parece extraída de un texto de Psicología. Se abalanza sobre su novia y la besa para atender a su posición de proscrito. La besa en la boca, en el momento en que Rosario, ese personaje bicéfalo que ya conocemos, pasea por

al pérgola. Se dirige a los enamorados y con incitante voz les hace algunas terribles sugerencias. Ellos escuchan al monstruo que los mira con sus cuatro siamesas pupilas y comprenden, con voluntario horror, lo que éste les propone. Ya ha vencido las naturales resistencias de toda alma joven. Ahora les indica el camino más próximo a lo vedado. Los dos entienden a medias. Julio de sus experiencias con la hija del mastodonte griego, guarda un pésimo recuerdo. El, más o menos, sospecha a dónde quieren conducirlos. Matilde sabe muy poco de esas cosas. Su madre le ha mostrado ese mal camino que conduce a la nada, a la desaparición del ser, como una senda donde los viadores se pierden. Ella, como ya se ha dicho, no admitía linaje humano. Era como las ondinas brotadas del agua. Pero el monstruo no entiende reticencias de esa clase. Les habla en un lenguaje exento de símbolos, con voz de medianoche y libro de anatomía. Les proclama el libre uso del organismo, de aquellas partes que los muchachos nombran con misterio y picardía. Los jóvenes se miran en secreto. Cuando se separan, lo hacen como dos personas que marchan hacia su destino, como quien va a su propio domicilio, con llave en el bolsillo y deseos de dormir. Dormir... ¿para qué? Lo que Rosario les ha dicho en el parque es impropio para conciliar el sueño. Se dan vueltas en las camas y los dos sueñan simultáneamente dos sueños parecidos.

Julio se halla en su habitación. No es la misma que actualmente ocupa. Es talvez la que ocupaba en tiempos de sus abuelos, cuando era niño. Su madre le dispone el lecho. Lo sorprendente es que su madre en la vigilia jamás se dedica a esas faenas. Afuera, en un corredor desconocido, algunos personajes se refieren a él. Tal vez se refieran a algún crimen que él ha cometido. No lo sabe, pero sí la mucama de la casa, que lo lleva a la cocina y le muestra numerosos cadáveres que a su vista se desmoronan como guantes viejos. El entonces se halla junto a un médico famoso que le indica algo relacionado con su profesión, que es también, mientras dura el sueño, la de Julio. Le pide que vuelva al laboratorio al día siguiente, a las seis de la mañana. Pero,

Julio, angustiadísimo, comprende que esto es inútil, pues su crimen será descubierto y ya es innecesario continuar luchando. Despierta sobresaltado con la convicción de ser un criminal. Baja a la puerta de calle, él duerme en el segundo piso, y se dirige a la cancela del jardín. Sólo ahí se repone. Su cuerpo arde. No es un criminal, pero está a punto de llegar a serlo.

Matilde se encuentra en un hospital. No sabe si el hospital es de niños; pero ella cree encontrar en él a su hijo perdido. En una pieza lo halla, entre mantas de diversos colores. Lo toma y lo besa. El niño, al sentirse en los brazos de su madre, grita horrorizado. Esta reacción, tan innatural en la vigilia, no sorprende a Matilde en el sueño. Ella sabe que este niño la odia. Sin saber cómo se encuentra ahora, con un paquete de serpentinas en la mano. Es el martes de carnaval y las parejas, junto al muelle, se lanzan lazos de cartón dorado. Ella trata de escabullirse en medio de la oscilante muchedumbre. Todos saben que ella huye y este secreto revelado, el secreto de su hijo muerto, la hace pedir socorro. Las serpentinas que ha lanzado a los muchachos para disimular su angustia se convierten en serpientes de fuego alrededor de sus cuellos. Grita con desesperación y despierta. Sale al jardín, como llamada por una imploración distante; se acerca al pozo, donde la luna tiembla, y se cree aún perseguida por la odiosa pesadilla.

Ahora pueden advertir los dos amantes con qué facilidad el amor se destruye. Basta una simple forma de desavenencia para hacer que su camino se enderece hacia otros lugares. Este permanente miedo de verse destruido es lo que hace que el amor viva, a modo de porción intelectual, más allá de esas fronteras donde los sentimientos mandan. Anular esa capacidad de sufrir, adoptando la posición más cómoda e indolente, es hacer que el amor desaparezca como un capricho de humo. Los jóvenes creen hallar a tientas ese significado oculto de los fantasmas. Han visto el peligro anticipado por la voz del monstruo bicéfalo. Sin ponerse de acuerdo, al despertar definitivamente, echan a andar hacia la pérgola. Allá los espera el demonio turbador que habrá

de conducirlos a la tumba. Comprenden que sólo existe un segundo en que la llama puede parecerse a un lirio o a una cosa terminada, laboriosamente joven y hecha. Pero ya nada les importa que después la llama caiga de su ascensor tan frágil para tocar el suelo con la frente. Las cosas aprendidas en el silabario moral que sus respectivas madres redactaron para uso de sus hijos, se olvidan ante la voz llena de sugerencias y atrayentes llamamientos de Rosario. Ahora caminan decididos a comprenderla y escucharla. Pero es tarde ya. El monstruo se ha disipado con la niebla matinal, sin dejar una huella, una impronta reconstituible de su imagen. Tendrán, para no desesperarse, baldíamente, que hacer que brote el monstruo del seno mismo de sus palabras. En este trabajo los hallamos en esta opalescente mañana de marzo. Han transcurrido algunos meses desde su primer encuentro y la vida se ha molestado ya en estigmatizarlos con su señal desfavorable.

—Nos iremos. No importa que tu madre y la mía se peleen.

El día está hecho de sorpresas. El coronel Ansietta, o algún personaje semejante, desde un rincón del jardín los saluda. Su bienvenida viene hasta ellos como desde un país natal del cual estuvieran hace tiempo desterrados. El coronel Ansietta había desaparecido para no volver más; pero he aquí que algunas circunstancias de validez indiscutible se encargan de devolverlo del vacío. Matilde fija los esmeraldas ojos en los ojos de Julio. En ellos no encuentra nada más que amor, que interno sacrificio. ¿Sabe que el joven ha llegado a su tarea más alta de íntimo desarrollo de calor? No lo sabemos. Pero ella se siente internamente frágil para recibir tanto acopio de energía. Es frágil y valiente a la vez. Es ahora como debería haber sido con su hijo, en el sueño: neta y franca, linda y sonriente. No tiene miedo al coronel que a lo lejos gesticula. No tiene miedo a nada. Ni a sus propios fantasmas. Julio decide la hora, el lugar, todo. Ella asiente resignada. Ahora se echa un poco de menos a sí misma, a su antigua cordura para trabar bolillos. Actuar directamente en la escena es algo más complicado que pen-

sar en las frutas de los árboles. Es terrible ese movimiento que puede dejarnos caer en el medio del agua. Para Julio es mucho más sencillo. Todo consiste, en suma, en torcer los pies y caer arrodillado ante el misterio. La experiencia con la niña griega vuelve a él insistentemente. Todo lo hace en relación con ese cruel recuerdo. Se separa de Matilde y se dirige a su casa a ultimar los preparativos. Es como Alicia que cae al pozo encantado. Siente cómo su caída se acelera en atención a la fuerza atractiva del planeta; pero también tiene conciencia de sí mismo, aunque ya los movimientos no obedezcan a una coordinación ordinaria y vaya entregado totalmente a la fuerza que lo atrae. Atraviesa por lugares que nunca ha transitado. Abre la puerta de la casa y he aquí que de nuevo se halla en la habitación visitada durante la infancia. Ya no existe la muchacha que giraba el manubrio del gramófono, ni las otras niñas que con tanto susto lo vieran entrar en aquel tiempo. La pared del frente resplandece, como si fuese de oro o, talvez, de nácar; sobre ella han dibujado una palabra que Julio se esfuerza por retener: gavia. Léida la palabra, como si la evocación bastase para eso, el cuarto desaparece de su vista. Julio camina por el hall de su casa. Abre un diccionario. No sabe qué significado puede tener para él la palabra gavia. Solo recuerda su acepción náutica y esto no le aclara nada. Hojea nerviosamente las páginas del folio. Ha cogido al azar un diccionario francés. Gavia: "loge de fous furieux". Lo rechaza con espanto. El ha pensado ya en eso. A más de su preocupación por el destino y la vocación religiosa, que por otra parte nada tenía que ver con Dios, Julio ha pensado en esta fuerza que lo lleva a escoger una dirección opuesta a sus deseos. ¡Cuántas veces quiso recogerse sobre sí mismo y vivir en sus pisos bajos con lentitud, con madurada luz y calor! Sin embargo, una fuerza ígnea lo lleva más alto, hasta un lugar que a él le repugna. Odette adivina esta lucha y trata de activarla. A él le hubiera gustado descansar sobre su lecho, mirar las estrellas que aparecen en el muro, sorberse los sesos en fin. Su madre, en previsión de esta cuasi derrota, habíale colocado un ventilador sobre el

testero de la cama. Julio, desesperado, veíalo girar incesantemente mientras su brisa le desordenaba los cabellos y ponía un atmósfera de altamar en el cuarto. En ese cuarto donde vió a Rosario, su antigua amiga, invocar los demonios con encantadores sortilegios sobre un pergamino virgen. Donde vió a sus tías asustadas recordar olvidados exorcismos para expulsar al malo de la casa. ¡Con qué gusto se habría quedado para siempre escuchando esos extraños personajes, tendido en el lecho. ¿Qué era su amor frente a eso? Una vana sugestión de las brasas, de lo que ha de convertirse muy pronto en ceniza. Sin embargo, su madre, precisamente su madre, envidiosa rival de Matilde, lo empujaba a ella. Su aérea madre siempre dispuesta a proporcionarle los elementos de la conquista de lo alto. ¡Y todo era necesario para que la ondina no triunfase! Esta quería esparcir sus húmedos tentáculos para ahogarlos. El joven se daba cuenta de sus malas intenciones. Ella quería a su hija para el país natal. ¡Ah! Si Rosario quisiese someterse al proceso que el joven sin saber le preparaba! Entonces, la ondina podría llegar a ser lo que Odette es ahora, simple y transitable y sin esa lámina de fuego y espada que muestra a todos los que se le acercan.

Gavia, piensa, no tiene nada que ver con los insectos. Echa a correr por la casa. A su contacto, él nada más lo nota, las paredes se inflaman. Corre desaladamente por las piezas ante las tías que lo siguen presurosas a aquietarlo. Su madre se encierra en su habitación y no baja a comer. La crisis ha terminado; ha sido terrible. Julio tiene la faz desencajada, como Rosario cuando invocaba a los demonios.

—Esto es ya demasiado, grita.

El delirio lo domina a grandes llamarazos. Al ponerse el abrigo, olvida intencionalmente el llavín en el vestíbulo. Con cierta cautela atraviesa las calles, para disimular su prisa. Se dirige al lugar en que ha dado cita a su novia. Los transeúntes se vuelven a mirarlo. Enfurecido, increpa al primero que pasa. El otro retrocede y con voz acariciadora le pregunta:

—¿Te he hecho daño, hijo mío?

Es el coronel, el maldito coronel Ansieta. Quiere pegarle en el rostro; pero su mano atraviesa las aéreas carnes del fantasma y castiga su propio cuerpo. ¿Será necesario ésto? El siempre ha sido un muchacho normal, absolutamente normal. Nadie le ha negado a sus veinte años ciertos derechos al placer. ¿Por qué, ahora, él mismo se encarga de alejarlo? Escupe el sitio dejadó por el espectro y acelera el paso. De pronto una idea sádica lo avasalla. Esto es: el ha conseguido, por fin, ese estado de sospecha y sufrimiento que le parecía tan envidiable. Ya no se asusta de nada, ni siquiera de Rosario, el monstruo bicéfalo, que camina a su lado, extrañamente silencioso. Al término de la calle, Matilde lo espera sonriente. Le hace señas, como si fuese el propio destino que viniese a interpelarlo.

Juan Emar



El Unicornio

Desiderio Longotoma es el hombre más distraído de esta ciudad. Se vió obligado a enviar a todos los periódicos el siguiente aviso:

“Ayer, entre las 4 y 5 de la tarde, en el sector comprendido al N. por la calle de los Perales, al S. por el Tajamar, al E. por la calle del Rey y al O. por la del Macetero Blanco, perdí mis mejores ideas y mis más puras intenciones, es decir, mi personalidad de hombre. Daré magnífica gratificación a quien la encuentre y la traiga a mi domicilio, calle de la Nevada, 101.”

El mismo día recorrí el sector indicado. Tras larga búsqueda encontré en un tarro de basuras un molar de vaca. No dudé un instante. Lo cogí y me encaminé al 101 de la Nevada.

Once personas hacían cola frente a la puerta de Desiderio Longotoma. Cada una tenía algo en las manos y abrigaba la certeza que ello era la personalidad humana perdida la víspera.

La primera tenía: un frasquito lleno de arena;
la segunda: un lagarto vivo;
la tercera: un viejo paraguas de cacha de marfil;
la cuarta: un par de criadillas crudas;
la quinta: una flor;
la sexta: una barba postiza;
la séptima: un microscopio;

la octava: una pluma de gallineta;
la novena: una copa de perfumes;
la décima: una mariposa;
la undécima: su propio hijo;

El criado de Desiderio Longotoma nos hizo pasar a uno.

Desiderio Longotoma estaba de pie al fondo de su salón. Siempre igual, risueño, grueso, con sus bigotitos negros, afable, tranquilo.

Aceptó todo cuanto se le llevó. Distribuyó generoso las gratificaciones ofrecidas:

A la primera le dió: un cortaplumas;
a la segunda: dos cigarros puros;
a la tercera: un cascabel;
a la cuarta: una esponja de caucho;
a la quinta: un lince embalsamado;
a la sexta: una tira de terciopelo azul;
a la séptima: un par de huevos al plato;
a la octava: un pequeño reloj;
a la novena: una trampa para conejos;
a la décima: un llavero;
a la undécima: una libra de azúcar;
a mí: una corbata gris.

Tres días más tarde visité a Desiderio Longotoma. Quería, en su presencia, instruirme sobre varios puntos que no es del caso mencionar aquí.

Desiderio Longotoma estaba en cama. Sobre la cabecera había colocado, en una red de alambre que avanzaba hasta la mitad del lecho, las doce creencias de nosotros doce sobre su personalidad perdida.

Bajo el total, Desiderio Longotoma meditaba.

(Observación al pasar: la muleta de vaca quedaba justo encima de su esternón).

Esta meditación cobijada me recordó el consejo que el

misimo personaje me dió el 1.º de octubre del año pasado bajo el árbol de coral.

Después de largo silencio, Desiderio Longotoma me dijo:

—Deseo contraer matrimonio. Sólo puedo meditar a la sombra de algo. Deseo contraer matrimonio para meditar a la sombra de dos cuernos. He pensado en Matilde Atacama, la viuda del malogrado Rudecindo Malleco. Esta mujer, aparte de ser hermosa cual ninguna, tomó el hábito del amor cerebral. Como yo nada conozco de él, Matilde no tardará en engañarme. Lo único que me preocupa es la elección que haga referente a su amante. Pues hay hombres que, al poseer a una esposa ajena, hacen nacer, sobre el testuz del marido, cuernos de toro; otros, de macho cabrío; otros, de ciervo; otros, de búfalo; otros, de anta; otros, de musmón...; en fin, de todos cuantos nos ofrece la zoolo-gía. Y yo quiero meditar bajo los grandes cuernos del ciervo. Nada más.

Insinué:

—¿Cree usted que yo...?

Contestó:

—De ningún modo. Usted haría crecer el cuerno único del unicornio.

El unicornio habita en las selvas de los confines de la Etiopía.

El unicornio se alimenta únicamente de los pétalos fragantes de los nenúfares dormidos.

Ello no quita que su excremento sea extremadamente fétido.

El unicornio, para sus horas de reposo, fabrica con su cuerno único vastas grutas en la tierra muelle de los pantanos. De lo alto de estas grutas cuelgan estalactitas de ámbar y arañas velludas de un hilo de plata.

El unicornio no se domestica. Cuando divisa al hombre se volatiliza todo él, salvo su cuerno que cae a tierra y que-

da recto sobre ella. Luego echa hojas dentadas y frutos encarnados. Se le conoce entonces con el nombre de "El Arbol de la Quietud".

Sus frutos, mezclados a la leche, son el más violento veneno para las muchachas en flor. Esto, Marcel Proust lo ignoraba. De haberlo sabido, se hubiese evitado varios volúmenes.

Las muchachas muertas así no se descomponen. Quedan marmóreas hasta la eternidad. El hombre que las contempla en su mármol pierde para siempre todo interés por toda muchacha que hable, respire y se traslade en el espacio.

No veo por qué causa cuanto se refiere al unicornio sea contrario a las intenciones de Desiderio Longotoma.

Desiderio Longotoma insiste:

—¡Cuernos de ciervo! ¡Nada más!

Golpearon a la puerta. Entró una dama anciana. Entre sus manos traía un pedazo de arcilla en el que se hallaba enterrado, por el tacón, un viejo zapato de mujer conteniendo un verso de Espronceda.

Desiderio Longotoma agradeció vivamente, obsequió como gratificación un pergamino y una ostra y, cuando la dama se hubo marchado, ensartó el todo en la punta del paraguas de cacha de marfil. Luego repitió:

tal fué el sentimiento que prevaleció: y así nuestra debili-

—¡Cuernos de ciervo! ¡Nada más!

Desiderio Longotoma ha contraído matrimonio con Matilde Atacama.

Matilde Atacama ha tomado un amante que ha hecho crecer sobre la nuca de Desiderio Longotoma dos enormes cuernos de ciervo. El hombre puede, pues, meditar en paz.

Después de sus meditaciones hizo lo siguiente:

Compró una máquina trituradora, modelo XY 6, ocho cilindros, presión hidráulica. En ella echó los trece hallazgos que le remitimos cuando la pérdida de su personalidad. Y los trituró.

Los trituró y los molió hasta dejarlos convertidos en un finísimo polvo homogéneo. Este polvo lo guardó en una retorta que cerró herméticamente y que expuso cinco minutos a la luz de la Luna.

Mientras esto hacía, Matilde Atacama estaba en brazos de su amante, y yo terminaba los preparativos de viaje a los confines de la Etiopía.

Me embarqué en Valparaíso en el S. S. Orangután y treinta y siete días más tarde desembarque en Alejandria.

Sigo al Cairo. Visita a las Pirámides.

Por la noche, visita al observatorio astronómico. Contemplé largo rato los magníficos resplandores de Sirio y los reconocí de cuatro años antes desde el observatorio del San Cristóbal. Luego contemplé la Luna. También reconocí sus montañas y, sobre todo, uno como enorme monolito, solo, desamparado, en medio de un inmenso desierto al parecer de hielo o de leche.

Al reconocer así, me toma súbitamente la deuda de la veracidad del Cairo y de Santiago como dos diferencias en el espacio. Primó la idea de simultaneidad espacial. Se insinuó con Sirio y las montañas lunares; se acentuó, me llenó, mientras aquel monolito blanco pasaba a través de mi ojo.

Al día siguiente, segunda visita a las Pirámides. Con el extremo del bastón golpeé repetidas veces una piedra de la base de la pirámide de Cheons. De este modo, con cada golpe, fué deshaciéndose la idea enviada por la Luna. y El Cairo y mi ciudad natal se desprendieron por entre océanos y continentes.

Sigo en bote a la vela por el Nilo, luego en camello por toda clase de altiplanicie y, tres meses después de haber salido de Santiago, llego a los confines de la Etiopía.

Dos días de ejercicios rítmicos para habituarme al clima y ¡listo! He aquí cómo:

Me coloqué en cuclillas al pie de un abedul teniendo a un lado una jarra con agua, al otro unos panecillos de la región, sobre la cabeza un despertador automático que sonaba apenas tenía sueño y, a mis pies, el retrato de una mujer desnuda que previamente atravesé con un colmillo de lobo y que coloqué sobre una casulla del siglo XVI. Y esperé, esperé, esperé... 24 horas, 48 horas, 96 horas, 192 horas, y...

Grácil, ágil, esbelto, silbante, luminoso, apareció por entre los verdes de la selva un soberbio ejemplar de unicornio.

Ahora era menester lanzar un grito para llamarle la atención, me viera y se volatilizara. Grité:

—¡¡Presenten arrr...!!

El unicornio se volvió hacia mí, me miró y se volatilizó. Y mientras su cuerno caía a tierra, se arrugó el retrato de la mujer desnuda y un guacamayo cantó

Cayó el cuerno y enterró su base. Minutos más tarde echaba hojas dentadas; horas más tarde echaba un hermoso fruto encarnado. Con unas largas tijeras lo corté, lo envolví en la casulla y, terminada mi misión, a grandes pasos me dirigí hacia el Mar Rojo.

Allí un submarino me aguardaba. Regresamos por las profundidades de los océanos, pasando bajo los continentes, lo que me permitió hacer dos observaciones. Una: ningún continente, ninguna tierra del planeta, está adherida; todas flotan. Otra: la Tierra no gira sobre sí misma; la Tierra misma está completamente inmóvil respecto a su eje: lo que gira es esta capa de agua que la envuelve y sus continentes flotantes; pero su núcleo (es decir casi toda ella) — repito — no.

Al participarle esta segunda observación al Primer Ingeniero, me miró un rato, sonrió, luego me golpeó el hom-

bro y se marchó a su cabina. Un minuto después volvía con una pelota de tennis que hizo girar sobre sí misma entre sus dedos. Me preguntó:

—¿Gira o no sobre sí misma?

Respondí:

—Ciertamente.

—Pues bien—prosiguió—, es lo mismo con la Tierra: puesto que gira aquí en la pelota la goma y la badana que la envuelve, ¿qué importa lo que haga el vacío interior? La pelota gira y no hay más. Alegar lo contrario, amigo, es caer en demasiadas sutilezas.

—Permítame usted, señor Primer Ingeniero. Si esa pelota fuese en su interior, pongamos una bola de madera y usted, al mover los dedos, hiciese girar y resbalar sobre tal bola la badana exterior, ¿giraría el total? Yo digo: no. Y tal es, creo, el caso de la Tierra.

—Se equivoca usted, amigo mío. La tierra es como esta pelota y no como la que imagina usted. Dentro de ella no hay nada, dentro de ella es vacío.

—¿Es posible?

—Muy posible. Dése usted el trabajo de pensar un poco: piense que si dentro hubiese algo, ese fuego de que se habla, o esas capas con demonios y sabandijas gartas a su amigo Desiderio Longotoma, o lo que fuese, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los tristes y malogrados seres que somos? ¿Cree usted que iríamos, como vamos, penando entre los dolores, las miserias y el amor? No por cierto, amigo mío. Tenga usted la certeza que una luz brillaría en nuestras frentes altivas. En el interior de la Tierra es el vacío.

Me dirigí al Primer Piloto. Me dijo:

—Tiene usted razón. El interior de la Tierra está inmóvil respecto a su eje, no gira. Lo que gira es esta capa de agua con sus sólidos en flotación.

—Sin embargo — me atreví a insinuar — hay quienes dicen que más allá de estas aguas no hay absolutamente nada.

—Error — respondió—. Todo el interior está formado

por un metal oscuro, compacto, imperforable, un metal duro y mudo. Si así no fuese, si existiese allí un inmenso hueco capaz de ser recorrido y atravesado por aves y por espíritus, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los pesarosos y angustiados seres que somos? No, señor. Una sonrisa divina acompañaría siempre nuestros orstros y la mueca del pesar nos sería totalmente desconocida. En el interior de la Tierra sólo hay un metal negro y pesado como el destino.

—Haya lo que haya—dijo—, desearía saber otra cosa, señor Piloto Primero: ¿por qué en un submarino como éste hay una pelota de tennis?

—Eso, señor mío — respondió—, no lo sabrá usted jamás.

Dicho lo cual se alejó.

Siguió nuestra navegación. Veintiocho días después de habernos despegado de las costas del Mar Rojo, pasamos bajo los Andes. Vimos desde el fondo el enorme cráter del Quizapú como un tubo lóbrego y carcomido. Como era de noche en aquel instante, vimos arirba, coronándolo, un cometa que pasaba.

Al penetrar en las aguas del Pacífico, salimos por primera vez a superficie. A media milla de nosotros pasaba, rumbo al sur, un bote del **Caleuche**, tripulado por tres brujos muertos, de pie. Sobre el lomo del submarino se formó una discusión. Aseguró el Primer Ingeniero:

—Esos tres cadáveres son de sexo masculino, pues han de saber ustedes, que desde que el **Caleuche** existe, es decir desde que Dios separó los mares de las tierras, quedó formalmente establecido que jamás ninguna bruja muerta podría ocupar ninguno de sus botes.

El Piloto Primero hizo una mueca y, pidiéndole el catalejo al Capitán, dijo solemnemente:

—Un momento.

Miró largo rato. Luego prosiguió:

—Señor Primer Ingeniero, se equivoca usted. El ter-

cer cadáver, el que va a popa, pertenece al sexo femenino. Amigo (se dirigió a mí), confírmelo usted.

Y me alargó el catalejo.

En verdad aquél cadáver era más pequeño que los otros dos, de su cráneo raído colgaban algunas largas mechas que hacían pensar más en la cabellera de un ser que hubiese sido femenino al pasar por este mundo, y bajo los harapos se adivinaba en su pecho materia blanda, de jalea, y no recias costillas como en los otros dos.

Tales observaciones no pusieron fin a la discusión. El Primer Ingeniero exclamó:

—Señor Piloto Primero, no me contradiga usted. Mi ciencia sobre el **Caleuche** es total. Y prueba de ello, vea usted: son en este momento las 2 y 38 minutos. Pues bien, siendo que sopla un viento noroeste fuerza 3 y siendo que hay sólo dos nubes en el cielo y ningún pez a la vista, el **Caleuche** debe pasar dos horas y diez y siete minutos después que una embarcación suya tripulada por tres cadáveres.

Esperamos.

En efecto, a las 4 y 55, vimos a babor las puntas de los palos del barco y, bajo las aguas, el resplandor de sus luces submarinas.

La ciencia del Primer Ingeniero era, sin duda, profunda. Sin embargo el Piloto Primero no dió su brazo a torcer. Sonreía con malicia solamente. Después me llamó a un lado y me dijo al oído:

—El señor Primer Ingeniero sabe mucho, una enormidad, respecto a la relación de tiempo y distancia entre el **Caleuche** y sus embarcaciones, pero en lo que se refiere al sexo de los cadáveres que tripulan estas últimas, créame usted, es un perfecto ignorante.

Y sin más, nos metimos submarino adentro para sumergirnos nuevamente.

Dos días más tarde aparecíamos en Valparaíso.

Viajé a Santiago en auto esa misma noche.

A las 2 de la madrugada estoy frente a mi casa con la casulla y el fruto encarnado bajo el brazo, mientras el coche se aleja presuroso.

Y empieza otra historia.

No corría aún un minuto, cuando un deseo me cogió: abrir mi puerta con otra llave, entrar en puntillas en el más absoluto silencio, aguardar largo rato tras cada paso, temblar con el ruido de las ratas y robar, robar cuanto pudiera en mi propia casa.

Así lo hice.

De un armario saqué un gran trapo negro para ir echando los objetos robados. Tengo en mi escritorio la calavera de Sarah Bernhardt: me la robé. En el hall tengo un cuadro de Luis Vargas Rosas; me lo robé. En el comedor tengo dos viejos saleros de oro; me los robé. Y en todos los rincones de la casa tengo las obras completas de don Diego Barros Arana; me las robé.

Así llegué a mi dormitorio.

A esa hora y ese día — si Desiderio Longotoma no me hubiese hablado del unicornio — debería yo estar en cama durmiendo. A esa hora y ese día, si un ratero hubiese entrado a mi habitación, después de desvalijar media casa, debería yo despertar y, alzándome bruscamente de entre las sábanas, gritar: “¿Quién vive?”. Así es que desperté y grité.

Si saqueando alguna vez el dormitorio de un ciudadano honesto oyese yo en la noche su voz de alarma, debería agazaparme tras un ropero y esperar ansioso, corriendo la mano hacia un arma, en este caso, hacia las largas tijeras que allá en los confines de la Etiopía me sirvieron para cortar el fruto del árbol de la quietud. Así es que me escondí y mi mano se armó. Silencio.

Ante el silencio, volví a gritar: “¿Quién vive?”.

Apreté las tijeras. Mi respiración jadeante rebotó contra las tablas del ropero que me ocultaba.

Desde mi cama, oí su jaderar. ¡Ni un momento que perder! Salté al suelo, cogí del cajón del velador mi revólver y, ¡luz!

Al verme iluminado y sorprendido, no vacilé. Salté como un leopardo, altas las puntas de las tijeras.

Al verme así acometido, apunté y disparé.

Al ver la boca del revólver hice un rápido gesto para esquivar. La bala me rozó la sien derecha y fué a incrustarse en el espejo de enfrente. Entonces pegué con las tijeras con toda la fuerza de mi brazo, hundiéndolas en el vientre.

Herido, tajeado así, el revólver se me escapó y caí cuan largo soy.

Fué lo que aproveché para ajustar un segundo tijereta-zo y, esta vez, escogí el corazón.

Con el corazón perforado, fallecí.

Eran las 2 y 37 de la madrugada.

Ante mi cuerpo muerto y sanguinolento, retrocedí con paso cauteloso. Recordé entonces el cuerpo yerto de Scàr-pia mientras Tosca retrocede.

Volví a cruzar, de espaldas, el umbral de casa. Volví a respirar la humedad del asfalto. Un nombre resonó en el silencio de mi cabeza: ¡Camila!

Me guarecí aquella noche en un hotel cualquiera. Repetí: ¡Camila!

Dormí.

Al día siguiente la prensa anunciaba mi muerte con grandes letras, encabezando los artículos con estas palabras:

ESPANTOSO CRIMEN

Al día subsiguiente la prensa daba cuenta de mis solemnes funerales.

Ya una vez sepultado, largo a largo bajo el pasto, las cucarachas y las hormigas, volvió a resonar en mi cabeza vacía aquel nombre idoliatrado de Camila, Camila, Camila!

Entonces pensé que el fruto del árbol de la quietud, mezclado con leche, fué lo que ignoró Marcel Proust.

¡Camila!

Marqué su número de teléfono: 52061.

¡Camila!

Lo que siempre a Camila le reproché, entre risas y sarcasmos de ella, fué su absoluta ignorancia. Camila, hasta hace pocos días, creía que las cáscaras de las almendras eran fabricadas por carpinteros especialistas para proteger el fruto mismo; que Hitler y Stalin eran dos personajes íntimamente ligados a nuestro Congreso Nacional; que las ratas nacían espontáneamente de los trastos acumulados en los sótanos; que Mussolini era ciudadano argentino; que la batalla de Yungay había tenido lugar en 1914 en la frontera franco-belga. Camila vivía fuera de toda realidad, fuera de todos los hechos. Camila ignoraba, pues, el espantoso crimen y la triste sepultación. Así es que, al verme llegar a su casa, corrió alegre hacia mí y me tendió sus brazos con una soltura de animalito nuevo.

Luego, riendo de buena gana, indicó la casulla bajo mi brazo y me gritó:

—¿Tú de fraile?

Entonces, ante sus ojos atónitos, la desenvolví y le mostré el magnífico fruto encarnado.

—¿Se come? — me preguntó.

Tras mi afirmación lo cogió entre sus manos y, con una caricia larga, suave y húmeda, le pasó de alto abajo su lengüita palpitante. En seguida quiso enterrar en él sus dientes. La detuve.

—Así no. Podría hacerte daño. Hay que mezclarlo con leche.

Cuando se está sepultado largo a largo bajo las hormigas y las cucarachas de un cementerio, todo sentimiento de responsabilidad desaparece.

Este sentimiento se hace activo y clava cuando los demás hombres le muestran a uno con el dedo, por las calles al pasar.

Pero si uno se halla largo a largo, no hay dedo que logre perforar una lápida funeraria.

Comimos ambos del fruto encarnado. Sólo que ella era una muchacha en flor.

Sobre la misma mesa recosté el cadáver de mármol de Camila y, muy lentamente — por fin—, lo desnudé. Tal cual ella había hecho momentos antes con el fruto, hice yo ahora desde sus cabellos hasta sus pies. Luego quedó envuelta en el gran trapo negro que saqué del armario. Trapo vacío. Pues los objetos robados fueron cayendo a lo largo de las aceras mientras de mi casa me dirigía al hotel murmurando el nombre idolatrado de Camila.

Nuevamente por las aceras, bajo el peso de su mármol. Allá en su casa, en los diferentes sitios ocupados por ella cuando vivía, han quedado pedazos de la casulla del siglo XVI y, sobre su cama, las largas tijeras.

Desiderio Longotoma hace gimnasia todas las mañanas. Luego se baña en agua a 39 grados. Luego, durante no menos de media hora, se fricciona el pecho y las extremidades con el finísimo polvo homogéneo que le pro-

porcionó su máquina XY 6, ocho cilindros, presión hidráulica.

—Esto es magnífico para la salud — me dijo apenas me percibió—. Lástima que usted no vaya jamás a gozar de estas fricciones porque su memoria es admirable. Yo, gracias a la debilidad de la mía, ya ve usted, desafío como si tal cosa los rigores del invierno, los calores estivales, las grandes comidas, las bebidas fuertes, el tabaco y el amor.

Terminadas sus fricciones, se vistió y se acicaló con marcado esmero. Se puso una flor en el ojal. Pasó a su salón. Encendió un habano. Echo la pierna arriba. Se frotó las manos. Me preguntó:

—¿Qué lleva usted ahí?

Cayó el trapo negro.

—¡Camila!

Blanca, fría, dura en su desnudez hecha de este modo indecorosa hasta el grado máximo del placer.

Pasada la medianoche, como dos granujas misteriosos, Desiderio Longotoma y yo, salimos del 101 de la calle de la Nevada llevando, él por los pies, yo por la cabeza, los restos de Camila. Las aceras por tercera vez.

A mitad de camino, a pedido mío, cambiamos de posición. El tomó la cabeza, yo los pies. Pues yo siempre he encontrado en los pies de Camila tema mucho más hondo de meditación que en sus cabellos.

Una hora más tarde entrábamos al cementerio.

Diez minutos después hallábamos mi tumba y adivinábamos a través de la lápida la sórdida descomposición de mis vísceras.

Desiderio Longotoma oró largo rato con voz menuda y precipitada.

Luego arrancamos de mi tumba la cruz y nos dirigimos a la de Julián Ocoa que fué siempre hombre bueno y violinista distinguido. Sobre ella la colocamos ya que él nunca creyó en Dios ni en Jesucristo su único Hijo.

Recogimos después a Camila, quedada momentáneamente en el césped; la alzamos; y enterramos sus piececitos en el sitio en que, momentos antes, se enterraba el de la cruz.

Esta vez oramos los dos y un grillo.

Al día siguiente los artistas discutían la nueva escul-

Hubo quienes hallaron aquello de un naturalismo demasiado osado; hubo quienes, de una estilización exagerada. Hubo quienes la emparentaron a Atenas; quienes, a Bizancio; quienes, a Florencia; quienes, a París. Hubo quienes consideraron ultrajante hacer brillar el cuerpo púber de un virgen sobre los que ya no son; hubo quienes aseguraron que la desnudez de una muchacha en flor redimía, con su presencia, todas las faltas de cuantos duermen bajo tierra. Hubo quien arrojó a sus pies un cardo; quien, una orquídea; quien, un escupitajo; quien un puñado de corales y madreperlas.

Yo observaba todo aquello tras un ciprés; Desiderio Longotoma, agazapado en una fosa vacía.

Tres días más tarde ningún artista volvió a opinar palabra sobre los mármoles de Camila. Vino entonces el invierno y la lluvia corrió helada sobre sus formas puras frente a las nubes.

Dos horas antes de aparecer el Sol tras los Andes, voy, diariamente, con pasos lentos, al cementerio.

Me coloco frente a mi tumba y a Camila. Inmóvil, medito.

Quiero hacer mi meditación profunda. Quiero que abarque la muerte toda y todos sus arcanos. Pero una imagen flotante me distrae. Una imagen que quiero imitar, repro-

ducir allí mismo para que entonces, sí, pueda mi honda meditación no dejar arcano sin penetrar.

Es la imagen de Hamlet junto a la fosa. No; es la imagen colgada en el muro de la casa de mis padres representando a Hamlet junto a la fosa.

Por imitarla, porque todo aquel cuadro, mi cuadro, sea semejante al otro; al del muro, no penetro arcano alguno de la muerte.

Sólo veo a Camila. Sólo me pregunto quienes estaban en la verdad y quienes erraban: Atenas o Bizancio, Florencia o París. Sólo llego a la conclusión que el yerro era general y que era causado porque todos ignoraban lo que realmente representaba la estatua que se erguía ante sus ojos. Entonces — ignorantes y para substituir tal ignorancia — querían aproximarla a una verdad cualquiera: Atenas, Bizancio, Florencia, París.

Ignoraban que aquello era Camila, mi adorada y desdichada Camila; que aquello era su cuerpecito siempre resistente al amor y hoy a la intemperie de las miradas; que aquello era mi total irresponsabilidad protegida por una lápida mortuoria y hecha mármol por el crimen.

Un mes que, a diario, repito mis visitas.

Durante los primeros veinte días fui solo. Al partir del vigésimoprimer me hizo compañía Desiderio Longotoma.

Ya ese polvo homogéneo de su máquina trituradora se había consumido poros adentro y el buen hombre empezaba a sentirse atraído por la calma oscura de los camposantos.

—Usted será mi público, Desiderio Longotoma. ¡Nada de halagos precipitados! Quiero su opinión franca, su opinión espontánea. Desiderio Longotoma.

—De acuerdo, amigo, de acuerdo.

Esto, noche a noche.

Tomo en mi izquierda un grán trozo redondo de arcilla. Desde la visita de la dama anciana, los trozos de arcilla en las manos me obsesionan. Entierro en él un zapatito femenino imaginario. No de Camila, no. Entierro el zapatito de charol negro con tacón rojo de Pibesa. Porque a Pibesa la beso, sobre todo cuando se calza así. Y como nunca Camila me dió sus labios, ahora, a través de la imagen de los taconcitos de Pibesa, beso, mudo, a la que ya no es de este mundo.

Alargo un dedo hacia la estatúa y, al tocarla, exclamo despedido, altivo:

—“Aquí colgaban esos labios que no sé cuántas veces he besado. ¿Dónde están vuestras bromas ahora? ¿Y esos relámpagos de alegría que hacían de risas rugir la mesa?”

—¡Bravo! ¡Bravo! — grita frenético Desiderio Longotoma — ¡Eso es arte!

Y ríe, pues Desiderio Longotoma demuestra su entusiasmo sobre todo riendo. Se oye su reír dulce, de cascada. Yo entonces envalentonado:

—“¿Qué! ¿Ni una palabra ahora para mofaros de vuestra propia mueca?”

Hago luego un amplio gesto circular con mi diestra, mientras cae, deshaciéndose, el trozo de arcilla y vuela por los aires la imagen del zapatito ahora de ambas. Mi tragicismo llega a su máxima intensidad. Profiero:

—Alas, poor Yorick!!

Desiderio Longotoma casi en éxtasis:

—¡Magnífico, amigo, magnífico!

Y ríe interminablemente.

Estó, noche a noche, durante diez noches.

Y empieza una tercera historia.

Cirilo Collico es pintor. Es un pintor distinguido, meritorio. Sin tener ni haber tenido jamás audacia alguna, sin que se pueda esperar de él ni un milígramo de novedad, no es posible negarle una cierta sensibilidad dulce,

casi femenina, es decir, casi como se ha acordado — no sé por qué — que debiera ser la sensibilidad femenina. Cirilo Collico gusta de los colores suaves, de los azulinos, los violáceos, los esmeraldas glaucos. Pasa largas horas contemplando las tonalidades esfumadas que dejan sobre los guijarros el tiempo y la lluvia. Una tela de más de medio metro le asusta. Durante los días de sol se encierra en su casa. Durante los días helados va por las calles humildes de los extramuros y a cada momento abandona en el aire gris una lágrima de emoción. Su ideal, su supremo ideal, es pintar alguna vez la luz de un relámpago diurno. Los relámpagos nocturnos le erizan los nervios y los detesta tanto como al Sol, como a Rembrandt, como a Dante, como detesta las armas de fuego y los labios de sangre de las mujeres de mirar sostenido. En cambio, solo en su taller bajo la claraboya lluviosa de un mediodía invernal, Cirilo Collico vibra como una nota de laúd si, de súbito, sus muros se iluminan un instante con el verde hueco y lavado de un relámpago perdido.

Cirilo Collico es detective. Es un detective agudo, sagaz, de ojos de lince y velocidad de liebre. Durante estos últimos años casi no hay escándalo ni crimen en cuya dilucidación no haya intervenido Cirilo Collico. Cuando los policías oficiales están ante un asunto sin hilo que seguir, siempre hay uno de ellos que llega a su taller a pedirle una posible orientación. Cirilo Collico escucha, anota, estudia, husmea, sale, corre, interroga, atisba, deduce, sorprende y encuentra.

Hace ya varios días hablaba yo sobre el personaje con Javier de Licantén, el inmenso vate.

—¿Cómo te explicas — le pregunté — tal dualidad en un hombre? Pintor fino, delicado, alméndrico, a la par que detective apasionado ante las infamias y la sangre.

—No hay tal — me respondió —. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un detective, nada más que un detec-

tive y sólo una cierta pecaminosa vergüenza interior — al constatar que fuera de infamia y sangre nada le interesa — sólo ella, le hace parodiar en su taller de invierno a un ser sutil y exquisito como las almendras.

Poco después hablé del mismo asunto con el doctor Linderos, eminente psiquiatra. A mi pregunta respondió:

—No hay tal. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un finísimo pintor y nada más. Y lo es a tal extremo, a tal extremo es finísimo y a tal extremo se afina más y más, que él mismo ha llegado a sentir que, de seguir así, **va a convertirse** en un ser totalmente ajeno a la realidad, y a esto le teme grandemente. Entonces, ante el peligro, aprovecha sus momentos de ocio para sumergirse en esa realidad y la busca desnuda y cruel, es decir, con sangre y con infamias.

—Sea como sea — dije —, desearía saber una cosa, doctor: ¿por qué Cirilo Collico insiste en verme?

—Eso, mi amigo — respondió —, ya lo sabrá usted, ya lo sabrá.

Y se alejó sonriente.

Ayer me encontré con Cirilo Collico. Paseamos largo rato por las calles hablando de pintura, nada más que pintura. No hablamos ni una sola palabra de sus actividades detectivescas.

En al calle del Zorro Azul, entre el barullo de los transeúntes, nos cruzamos, de una acera a otra, con Desiderio Longotoma. Al verme, me hizo un signo ed inteligencia y después, riendo, me gritó:

—Alas, poor Yorick!

Enrojecí. Cirilo Collico me detuvo. Luego con acento grave me preguntó:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Respondí vacilante:

—Ha dicho una tontería, no sé; creo que: **Alas, poor Yorick**. Es un tío un tanto chiflado, ¿sabe usted?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Cirilo Collico entonces:

—Está bien.

Una pausa.

—Por la noche tendrá usted noticias mías.

Otra pausa.

—Por el momento, ¡adiós!

Y se alejó con pasos lentos.

Apenas terminé de comer y mientras encendía un cigarrillo, sonó el timbre. Era el cartero. Me alargó un pequeño sobre.

Lo abrí y leí:

“CIRILO COLLICO saluda atentamente a su amigo Juan Emar y le suplica ir, sin tardanza, a casa de su señor padre, tomar su sombrero de copa y ver lo que hay en su interior.”

Obedecí.

Minutos más tarde le decía a papá:

—¿Dónde está tu sombrero de copa?

—Allí, sobre la cómoda.

—¿Permites que mire dentro de él?

—Mis hijos, en mi casa, pueden mirar cuanto quieran. Avancé.

Miré.

Dentro del sombrero de copa de papá no había nada, absolutamente nada. ¿Qué broma o necedad era entonces la tarjeta de Cirilo Collico? Cuando de pronto sentí un vuelco en el corazón y noté que palidecía. Al fondo, grabado sobre el forro de seda, el sombrero inscribía su marca: arriba, su nombre; abajo, su dirección en Londres; al centro, el escudo de Gran Bretaña. Eso era lo que debía ver.

El escudo de Gran Bretaña tiene a un lado un león coronado; al otro..., un magnífico y altivo ejemplar de unicornio!

Anoche no dormí.

Hoy, a la hora del aperitivo, ha venido Cirilo Collico. Nos sentamos junto al fuego. Llamé al criado. Estuve a punto de pedirle whisky. Sin embargo, juzgué que era acaso preferible algo de otra tierra, si, de otra tierra.

—Viterbo, dos oportos.

Bebimos en silencio.

De pronto Cirilo Collico me dijo:

—La Edad Media fué una época extraordinaria.

—Por cierto — respondí.

Nuevo silencio. Ladró un perro en la calle. Llamé:

—¡Dos oportos más!

Cirilo Collico bebió. Cirilo Collico me dijo:

—Lea usted las desdichas de Dragoberto II, príncipe soberano de la Carpadonia, allá por los años de 1261.

Y me alargó un pequeño libro de tapas de cuero viejo abierto en la página 40. Leí:

“Y es el caso que Dragoberto II, ebrio de sangre, quiso seguir devastando cuantas comarcas hollaran las pezuñas de su potro indómito. Mas al cruzar las cumbres de los montes Truvarandos y entrar al verde valle de Parpidano, apareció de súbito, alta en la diestra la cruz del Redentor, el más anciano de los monjes de la Santa Hermandad del Unicornio, y...”

La voz se me atajó en la garganta. Tosí. Moví los pies.

—¡Demonios! — exclamó Cirilo Collico mirando su reloj —. Ya es hora de comer. Me marchó, me marchó.

Desde el umbral me dijo:

—Mañana seguiremos la lectura. Mañana a primera hora.

Y se marchó.

Apenas sus pasos se perdieron, escapé de casa como un demente. Corrí, corrí.

Llegué al cementerio. Llegué frente a Camila. Oré.

por última vez en mi existencia. Esta vez un escorpión y una paloma llevaron el coro. Amén.

Alcé la lápida. Y dulcemente me recosté sobre mis entrañas en putrefacción.

Las putrefacciones tienen tendencia a subir hacia los cielos.

Suben las mías con ritmo de siglos. Suben incontinentemente. Suben, llenándolos, por los intersticios intratómicos.

Ya han pasado ataúd arriba. Ya han pasado la lápida. Ya tocan las plantas de los piecitos de Camila.

Y suben siempre.

Inundan a Camila.

Camila se cubre, de dentro hacia fuera, de las putrefacciones mías.

Camila cubre su cuerpecito idolatrado de una pátina de suave y iimpida fetidez.

Los artistas de la ciudad entera la contemplan arrobados.

Uno ha dicho:

—Es la pátina de París.

Otro ha dicho:

—Es la pátina de Florencia.

Otro:

—Es la pátina de Bizancio.

Otro:

—Es la pátina de Atenas.

Pibesa

No fué por mi voluntad ni por la suya que nos dirigimos a visitar la cordillera. Fué por un simple azar. Ibamos juntos por unas calles atardecidas, respirando hastío y sin hablarnos. Di con el pie contra un papel arrugado color de rosa. Seguí largo rato golpeándolo, echándolo hacia adelante, obligándolo a preceder nuestra marcha. A veces era ella quien lo hacía. Ella se llama Pibesa porque es muy joven. Tiene un talle espigado y no habla cuando yo no hablo. Pero sé que está siempre conmigo. Prueba de ello: cuando un puntapié mío lanzaba el papel de rosa de modo a dejarlo en su línea de marcha, ella lo golpeaba y lo enviaba a mi línea. Al hacerlo, temblaba la sed gris perla de su traje y bajo ella aspirábase la seda beige de sus piernas. Al fin me desentendí de sus sedas. El papel, de tanto acompañarnos, nos obligó a tomarlo en consideración. Lo recogí y lo leímos. Era un permiso para visitar la cordillera. Abajo se leía:

Válido para el día de hoy.

¡En fin algo nuevo, algo con qué llenar un hueco de la vida! Algo más: algo que no fuese este eterno paseo por estas calles que nos apagan los ojos hasta la oscuridad.

—¿Vamos, Pibesa?

Pibesa bajó los párpados y tembló. Siempre tiembla Pibesa cuando le propongo ir a alguna parte. Ir. En el verbo ir, Pibesa ha concentrado todas sus voluptuosidades. No importa adonde sea. Es el hecho de ir y ello le basta.

—Vamos — susurró.

Entonces la miré con despacio, con mucho despacio, de alto a bajo. Y ella no tembló entera, no. Tembló poco a poco, tembló trozo por trozo de su cuerpo, fué temblando así, mientras todo el resto de su ser quedaba inmóvil, así en cada parte, en cada fragmento, justo al final de los rayos de mi vista.

Fuimos a la cordillera. Marchábamos por entre galerías de nieve vagamente verdosa a causa del atardecer constante. Llegamos luego a una inmensa esplanada. Nos detuvimos. Tras de nosotros se detuvo la noche. Allí quedamos en el atardecer de nieve verde. Diez pasos más atrás aguardaba en silencio la noche azul de niar, de pie y tranquila junto a los picachos que se dorinían. Frente a nosotros, abajo, se extendían infinitas sábanas de cordilleras en la tarde, infinitas hasta la desesperación y creo que hasta el suicidio si fuerza fuese caminarlas enteras, una a una. Más al fondo, al final, alargábase, sobrepasando esas sábanas muertas, otra cordillera única, ondulada, quebradiza, parpadeando en rojo y anaranjado sobre nubes estagnadas.

—Me parece — le dije — que hay algo de artificial en todo esto, Pibesa. ¿No lo crees? La noche allí no avanza. (Cierto que nosotros tampoco). La tarde sigue. (Cierto que nosotros también). El sol no se va para aquel final de cordillera. (Cierto que nosotros aquí estamos y no nos vamos). ¿Pero hasta qué punto esto puede ser una explicación? ¡Presiento algo de artificial en todo esto, Pibesa mía!

Ella me dijo:

—Vamos.

No sé si lo dijo por prudencia o por conjugarme el verbo ir. Dió media vuelta y empezó a andar. Entonces fuí golpeado por una excitación desenfrenada. Corrí hacia ella. Con el brazo izquierdo la cogí por atrás rodeándole la cintura; con la mano derecha le levanté sus faldas de seda gris perla. Y como ella se hallaba frente a la noche, es decir de espaldas a la cordillera de fuego, este fuego vino a reflejarse sobre sus carnes que se doraron y en-

sangrentaron. Quise poseer su oro y su sangre de la cordillera. Pero Pibesa se esquivó, hizo resonar una risa de cascabel — ella que nunca ríe — y se escapó como una hembra de animalillo joven.

Yo siempre he corrido más que Pibesa. La alcanzo en cualquier sitio, en cualquier circunstancia. Y entonces la beso. Pibesa es ágil, es ardilla, es volantín en sí misma, en cómo desenredar y extender su vida. Mas cuando corremos, ella no halla qué hacer con tanta vida joven y yo la alcanzo, la cojo, la aprieto y la beso.

Pibesa corría después de mi intento de poseerla por su sol. Corría y reía con cascabeles, y yo, con los ojos llenos de rojo y amarillo, empecé a percatarme que era difícil, que era duro deslizar veloces los pies sobre la nieve verde. Pues casi no avanzaba. Movía las piernas con toda la velocidad posible. Mas, a pesar de ello, la tierra no resbalaba en compensación a mis esfuerzos. Y Pibesa se alejaba dando rebotes con su risa en los picachos mudos.

No sé si todos podrán darse cuenta cuán doloroso es no echar de cada zancada bastante suelo hacia los abismos de atrás. No lo sé. Sufría yo desesperadamente. Hacia atrás, por lo poco que el mundo me retrocedía; hacia adelante, por la inmensidad creciente que Pibesa desparramaba entre nosotros. Y lo que más me mortificaba, con una mortificación que me obligaba a negar al Dios Todopoderoso, era que, en este retardo pesado de mis pies, la nieve nada tenía que hacer, nada, nada. Era un retardo amplificándose, un retardo sin causa y sin nieve.

¡Pobre Pibesa mía! En medio de la juventud de su risa debió haber percibido el punto oscuro de mi dolor al no poder lanzarme con mayor velocidad que la suya, de modo a alcanzarla, estrellarla y perforarla quemando mi sexo en las llamas de sus carnes, llamas robadas a la última de todas las cordilleras.

Pues Pibesa se detuvo.

Acto continuo devoré en un mínimo de instante la distancia que nos separaba. Comprendí entonces que era la velocidad de Pibesa la que detenía a la mía y no un sim

sentido de mis esfuerzos ni menos uno del universo. Quédé pues en paz con cuanto existe en la creación, me doblegué en silencio y con fervor ante el Dios Todopoderoso, y a Pibesa le dije: "Pibesa, te amo".

Entonces Pibesa empezó lentamente a descender la escalera de caracol.

Nuevamente el miedo me asaltó. Podría repetirse, al ir bajando, ese error de velocidades. Mas Pibesa todo lo había previsto. Pibesa, bifurcándose, se desdobló en dos. Dos muchachas con juventud de agua, ceñidas en seda de perlas. Una de ellas giró en el caracol, no muy veloz, no, pero sí con tal regularidad, con tal constancia, con tal absoluto, que jamás, jamás habría podido yo ponerme junto a ella. La otra fué lentitud. En cada peldaño detenía la vida un segundo, alargaba un piececito de raso y luego lo rosaba en el peldaño siguiente. Así bajaba. Y al bajar tarareaba una canción ligeramente sentimental.

Hice un segundo intento con esta segunda Pibesa retardada. Volví a cogerla por atrás, a alzarle sus faldas gris perla y a ver sus carnes que, sombreadas ahora por los primeros tramos de la escalera de caracol, era también de perlas azuladas. Entonces la poseí. Al sentirlo, volteó hacia atrás la cabeza y nos besamos, mientras la otra, lenta, muy lenta, bajaba siempre, tarareando ella ahora la canción que ésta había dejado en suspenso a causa del primer dolor y del goce que empezaba a inundarla. La poseí con los ojos cerrados, pero pronto fuí abriéndolos para tenerla con la vista también a mi Pibesa mía. Mas junto con verla me apercibí con estupor que cambiada, se transformaba y que yo iba teniendo con todos mis miembros a una mujer ignorada. Pero ya era demasiado tarde; ya no había fuerzas que me retuvieran y, aunque ignorada, tuve que vaciarme en esa incógnita de mi vida que Pibesa, en su alejamiento de seda, había sembrado en medio de mi persecución impotente.

Por un instante se borraron las cordilleras y los cielos y vino el silencio total. Luego un lamento mío despertó uno suyo y, al vibrar de ambos, volvieron a depositarse las

cordilleras, a suspenderse el cielo y a trepar por el caracol el canto de Pibesa.

—Bajemos — me dijo la otra.

Cien pasos más abajo, Pibesa nos aguardaba y, al verlos, sonrió. No había en su sonrisa ni ironía, ni compasión, ni resentimiento, nada. Era una sonrisa sola, aislada en el mundo. Entonces seguimos los tres girando y sin hablar.

De pronto subieron hasta nuestros oídos los ecos acompañados de unos pasos robustos que con seguridad se encaramaban. Tuve un miedo instantáneo y horrible. Vi en el sonido de esos pasos que era el hombre aquel quien trepaba.

—¿Y qué? — me pregunté instintivamente como un gesto de protección ante un golpe.

Cruzó por mi recuerdo el papel de rosa, el permiso para visitar. Pero este recuerdo fué sumergido por una sensación de malestar vago. Claro está que tenía el permiso para visitar, allí lo tenía. Sin embargo no lograba serenarme. Había algo que pesaría más en mi contra para el hombre que cualquier permiso por válido que fuese. Había algo que no estaba bien, había habido algo que no había estado bien. Esto, yo lo sentía. El iba seguramente a saberlo si es que ya no lo sabía y por eso subía. Algo malo. Y lo que más me atemorizaba y hacía de aquel momento un momento de angustia, era la vaguedad de ese mal. Debería haber pensado que todo procedía de la posesión de hace un instante, tanto más cuanto que había sido con una mujer que no era mía. Pero no. Esa posesión no estaba ni para bien ni para mal. ¿Qué podría ella importarle a ese hombre? A mí no me importaba nada. A aquella mujer tampoco puesto que la había dejado después a lo largo de la escalera. Entonces a él, ¿qué?

Era el total lo que no estaba bien, lo que estaba algo descentrado, lo que echaba un hálito — aunque muy tenue, es cierto — de próxima descomposición, en todo caso de pronta decrepitud. Sobre todo el hecho de la existencia

de esa cordillera que dejábamos arriba, atrás. Todo ello no estaba en el punto justo en que todo puede perdonarse y a todo permitírsele seguir rodando. Mas, ¿qué culpa tenía yo en tales cosas? Una lógica rigurosa me respondería: ninguna. Pero una lógica menos rigurosa no podría pasar por alto el hecho de la simultaneidad de existencia — aunque sólo fuese en este momento actual en que yo vivo — entre la cordillera, el cielo, la escalera, Pibesa, la otra y yo. Nadie quería entonces ponerse a distribuir faltas y responsabilidades y absolverme al final. Me dirían simplemente:

—Si usted para nada está en todo esto, ¿cómo es que está justamente en todo esto?

Y la verdad era que los pasos del hombre subiendo se acercaban.

Vi la punta de la copa de su gran sombrero mejicano girar a mis pies y desaparecer aproximándose. Tuve apenas tiempo para coger a Pibesa de un brazo y echarla hacia atrás. Quedamos entre dos pilares. Si al hombre no se le ocurriese mirar a su derecha, estaríamos libre. Si no, nos vería y, al vernos, su sorpresa estaría a la altura de su furor. La otra quedó frente a nosotros, en medio de la escalera, inmóvil.

Y apareció el hombre. Con el mismo gesto que yo un momento antes había cogido a Pibesa, éste cogió del brazo a la otra y bruscamente la encajó por una estrecha galería que arrancaba de la escalera atravesando su eje y perdiéndose en las sombras. Ambos desaparecieron.

Entonces a media voz le dije a Pibesa:

—¡Huyamos!

Y empezamos a desmoronarnos caracol abajo. El eco de nuestros pasos precipitados debió oírse hasta en el más lejano rincón, pues, acto continuo, llegó a nosotros una voz potente:

—¡Ah, ah! ¿Eran ustedes? ¡Aguarden!

Y sentimos cómo ese hombre, a su vez, se dejaba desmoronar.

Ya he dicho que yo siempre he corrido más que Pibesa.

Ahora, por cada vuelta completa que ella daba al caracol, yo daba por lo menos dos, de modo que al llegar ella al pie de la escalera, yo había ya salvado todo el largo corredor y doblaba por el zaguán precipitándome sobre la puerta para abrirla. Solté primero una cadena, quité luego dos cerrojos e iba ya a coger la llave, cuando en el corredor mismo sonó una detonación. Procedí entonces con mayor presteza. Aun no se había perdido totalmente el retumbo del balazo, que ya abría la puerta de par en par y volvía a ver la calma color café de las calles de mi ciudad. Llamé entonces a Pibesa:

—¡Pibesa! ¡Pibesa! ¡Valor! ¡Estamos salvos!

Aguardé temblando. Nada. Nadie. Silencio.

De pronto apareció Pibesa en la esquina del zaguán.

Marchaba con majestuosa lentitud y en su rostro se había fijado una meditación indiferente. Su mano derecha se balanceaba como un péndulo al compás de su marcha tranquila. Su mano izquierda la apoyaba en la cintura.

Al llegar junto a mí, me alargó esta mano. Destilaba de ella la sangre. Luego vi que desde la cintura, desde el punto exacto en que antes la apoyaba, empezaba todo su talle a teñirse de rojo, rápidamente hacia arriba como un vaso que se llena; hacia abajo como un vaso que se desparrama. Así el rojo de su sangre iba tragando el gris perla de sus sedas.

Esperé un momento. Nada. Pensé que la sangre se habría estancado y que su misión era sólo empapar el traje de Pibesa, pues su cuello no se teñía, el beige de sus medias seguía inmaculado y el negro de sus zapatitos quedaba negro como dos carbones empinados. Mas súbitamente sus dos tacones, nada más que sus dos tacones, se inyectaron, se hicieron escarlatas y al caer el color hasta el suelo, la tierra misma alrededor de ambas bases, en pequeño espacio, enrojeció ligeramente.

Entonces comprendí que el mal corría por dentro.

Lleno de indignación empecé a gritar cuanto podía para amotinar al pueblo en contra del miserable que había hecho fuego en contra de Pibesa, hiriéndola y ensangren-

tándola. Estábamos ahora en medio de la calle. De todas las puertas vecinas acudían hombres, mujeres y niños. Hasta un anciano vi en la multitud. Gritaba yo:

—¡El hombre de allí ha querido asesinarla! ¡El hombre de allí, de allí!

Y mostraba la puerta quedada abierta.

Pude percatarme que la indignación iba apoderándose de toda aquella gente. Producían un rumor sordo que crecía, y casi sin mover los pies, arrastrándose, iban sitiando el hueco oscuro de la puerta. Pero cuando ya no estaban más que a dos o tres metros de él, plantóse sobre el umbral, con gran asombro de mi parte, el hombre aquél, brotado contra el vacío negro.

¡Yo que le creía huyendo caracol arriba para escapar al inevitable castigo por su acto ignominioso...! No. Estaba allí, de pie sobre el umbral. Llevaba ahora un pequeño sombrero hongo pero conservaba siempre sus altas botas de montar. No miró a nadie. Desde un principio, lentamente, me miró a mí.

“Le van a descuartizar” — pensé.

Grité:

—¡Hélo ahí al miserable!

Todos le miraban con ojos enfurecidos, las manos crispadas, listos a saltarle a la garganta.

—¡El es! — volví a gritar.

El me miraba siempre. Mas los otros no avanzaban. Esperaban acaso un gesto suyo que les provocase más directamente. La herida de Pibesa no era directa para ellos; lo era tan sólo para mí. La herida de Pibesa les era una herida abstracta, una noción de herida que encolerizaba, por cierto, pero que permanecía flotando en torno sin clavarse en los músculos. Así pensaba yo. El otro seguía inmóvil y me miraba. Yo gritaba siempre, azuzaba, el índice alargado recto hacia él. La gente vacilaba y, poco a poco, la crispación de las manos se les fué soltando. Entonces, ante la persistencia de su mirada, lentamente volvieron sus rostros hacia mí y todos esos ojos me interrogaron. Hice un esfuerzo y grité:

—¡Asesino!

Con igual lentitud todas las cabezas giraron siguiendo la trayectoria de mi grito, y las miradas, otra vez, se posaron sobre él. Pero vi que la furia no persistía en ellas. Era reemplazada por una interrogación atónita. Y como el otro no se movió, no parpadeó, no respiró, por segunda vez los mil ojos lo desertaron y vinieron a unirse a los suyos para caer y atajar en mis labios mismos un segundo insulto hacia el miserable.

En aquella gente debe haber empezado a abrirse paso la siniestra idea — para mí — de que si toda la culpa estuviese radicada únicamente en aquel hombre, aquel hombre algo más haría que quedar allí inmóvil, mudo, mirándome con un reproche creciente. Entonces quise, agitando desesperadamente los brazos, formular una tercera imprecación, ya que la segunda había rodado hasta mis pies sin ser oída por nadie, salvo por todo lo largo de mi cuerpo. Pero sentí que había perdido terreno, que en alguna parte, una parte remota, ignota, ese hombre tenía por lo menos cierta razón y que el populacho de instinto la reconocía.

Una vaga culpabilidad me hizo palidecer. Ninguna imprecación se oyó. Sólo mis ojos lanzaron una mirada de tal angustia que todos, una vez más, se volvieron hacia el hombre, curiosos de ver su efecto sobre él.

Le miraron todos, yo también y esperamos. Entonces él hizo su primer movimiento: con calma fría echó mano atrás, cogió su revolver y con más calma aún fué dirigiendo, de abajo hacia arriba, el cañón sobre mí. Todos siguieron el arma y me miraron para verme caer. Sentí en ese instante que la sangre se me filtraba por la piel. Era una sangre verde como la parte muerta de la cordillera que acabábamos de visitar, como las carnes de la otra al ser ensombrecidas por la escalera de caracol. Y la última esperanza, que la sentía anidada en el extremo de la cabeza, vi que se me escapaba, me abandonaba, volando como un pájaro asustado.

Pero justo entonces, avanzando con seguridad, ambos pulgares en el cinturón, un guardia se presentó. Se detuvo

al centro. Primeramente consideró al hombre con su alma siempre dirigida en mi contra y, alargándole su diestra con la palma abierta, le expresó: "¡Alto ahí!". Luego nos consideró a Pibesa y a mí, y con la otra mano, como quien barre basura, nos indicó que nos alejásemos cuanto antes. El hombre obedeció, bajó su revólver, lo guardó, dió un profundo suspiro, giró sobre sus talones y se alejó puerta adentro. Nosotros hicimos otro tanto. Pibesa y yo resbálamos por las calles, presurosos. El gentío empezó a fundirse. Y el guardia se marchó.

—Pibesa — le dije entonces —, toda la razón estaba de parte nuestra. Por eso mismo huyamos, que nunca más ninguna de esas gentes nos vuelvan a ver, que pueden de un balazo, de un mirar de sus ojos quietos, deshacer todas las razones por justas que ellas sean.

Al cabo de una hora pasábamos al frente de mi casa. Dejé a Pibesa, entré y corrí al subsuelo. El subsuelo de mi casa tiene una ventanita al ras de la acera. Me precipité a ella para ver pasar los pasos de Pibesa.

Pasaron.

Vi sus medias beiges, sus pies de raso y sus dos taconitos agudos, bañados en sangre escarlata.

Carlos Droguett



El señor Videla y su Paraguas

Como no tienen empleada y mientras la señora ha salido a comprar cualquiera cosa, el señor Videla se ha quedado cuidando al hijo. El niño está enfermo, tiene fiebre, lo de siempre; ahora, duerme.

Las manos del padre que hasta hace un momento entreteníanlo, permanecen ahora indolentemente junto a los juguetes tirados, al acaso, como si fuesen de trapo. El señor Videla se ha olvidado de sus manos, se las ha sacado y seguramente cuando él se levante permanecerán, continuarán en la sobrecama de cretona a dos pies de la almohada.

El señor Videla está sentado junto a la cama de su hijo, o, más bien dicho, el señor Videla no está sentado junto a la cama de su hijo; no se llama Videla, pero es bajo, delgado, finito, usa paraguas. El paraguas no se divisa a su lado —la alcoba está en penumbra— pero se adivina. No podría dejar de estar allí. El señor Videla no es un inválido. Tiene dos brazos, dos piernas y un paraguas. El señor Videla viste de gris y usa paraguas. El señor Videla es humilde y su paraguas. El señor Videla... el paraguas...

Ahora las manos del señor Videla repasan suavemente la superficie de una pelota; hace muchos años, miles de años que sus manos no hacen otra cosa que repasar suavemente, redondamente una pelota. Es como si le repasa-

ran con sosiego el alma, redondeándosela, limándosela hasta hacerla tan liviana, tan clara como una naranja ideal de gajos de aire. Esa redondez la tiene en el alma, en el cuerpo, en la voz y en el pensamiento. Ahora, pues, ha caído en la cuenta de que su alma es redonda, su cuerpo redondo, y todo más allá de su cuerpo, y todo gira vertiginosamente con el señor Videla, con su cuerpo, con sus brazos, con sus piernas, brazos y piernas de la ruleta enorme que es esto.

Mas, he aquí que un alfiler ha pinchado a la gran pelota. A su claridad puede ver que, efectivamente, se está comiendo una naranja, el jugo le cuela por los dedos, le arde en la comisura de los labios. Tiene la impresión de que su cabeza es una naranja, sus ojos gajos, cuando se da cuenta de que está llorando. El no acostumbra a llorar cuando come naranjas. No recuerda tampoco por qué lo han encerrado, y el pensamiento acerca del origen de su llanto le quita la pena.

En lugar del rayo de luz, se divisa ahora un brazo largo, teórico, con una blanca mano de yeso. El brazo es azul, la mano blanca; la combinación de los colores le hace bien, le abre una ventanita, medio a medio, en el pecho. Allá lejos se ve el mar y unos algodones en el cielo y las olas, arrodilladas, deshaciéndose, con ruido blanco en la orilla. Continuando el brazo hacia arriba, se puede divisar la cabeza de un militar, no es un militar, es un muñeco. Sus ojos están cerrados, su rostro rojo, lustroso; parece dormir y está muerto. No está muerto tampoco, porque he aquí que ha abierto un ojo inmenso y fijo, inmenso y fijo sobre todo, ojo de frío, de pez que espanta, que hace que el señor Videla despierte desasosegado. El ojo sigue allí, espantable en el rostro de su hijo, pero no le espanta, no le extraña tampoco. Lo encuentra familiar, sociable, lo desea, teme que se vaya, que se desaparezca, que se trague. Se quedaría tan solo como en su pobre niñez sin juguetes.

¡Ah, querido Videla, y todavía os piden que sonriáis los amigos allá en la inspección, todavía se queja tu mujer de que no vives, de que no te alegras, de que nunca la gritas fuerte!

La otra noche, ¿no te ha dicho que te estás arrugando como una vejiga, quedando viejo a los cuarenta años? Pero, ¿cómo no había de envejecerse, cómo no había de arrugarse?, alma de juguete que nunca tuvo juguetes, alma de pájaro que pudo volar muy alto y ha tenido que arrastrarse toda la vida, medir la tierra que ya estaba medida.

Un poco tardía es esta inspección en las faltriqueras del alma, más, no importa, no es tardía cuando en los bolsillos se encuentra algo, cuando del agujero de un bolsillo emerge, como de un túnel, un ferrocarril, cuando del agujero del bolsillo salta, como de su sombrero de prestidigitador, un payaso, cuando el agujero redondo del bolsillo no es agujero sino pelota, cuando, en fin —Videla—, se tienen juguetes después de no haberlos conocido nunca. No importa que las manos sean torpes y nerviosas, no sepan jugar. Nada vale que la locomotora no camine, ni que el payaso no gesticule, ni que la pelota no bote; la vía férrea de la circulación sanguínea se estremece al paso de cuarenta años que son como muchos kilómetros de paisaje lunar, la pelota no quiere dar bote por temor a un loco salto de alegría que la convierta en una segunda luna allá en el cielo y el payaso no sacará de su brillante sombrero de copa un gran huevo de avestruz, que es el cráneo pelado, ridículo, frágil del señor Videla y no lo convertirá en una sonriente cara de niño que hasta ahora no tuvo juguetes. Nada de esto importa cuando las manos pueden jugar libremente, locamente, con un tren, una pelota y un payaso, olvidadas de todo, sin que nadie pueda impedirlo, porque no es impedimento un niño que va a morir, que ha jugado toda la vida, que está enfermo de jugar, que muere cómicamente como un payaso, con un ojo muy abierto y muy grande, con un ojo que ocupa toda la cara; un niño que está convertido en un ojo grande y muriente, frío, solidificado, que morirá irremisiblemente.

Está muerto ya, ese ojo lo está diciendo: "Apagadme, sopladme y veréis que me desmorono porque yo soy lo último que de él queda, lo último, el ojo". Soplar no cues-

ta nada, corazón de miel, Videlita. Escucha cómo hasta estos labios se estiran para soplar, mira cómo han soplado, tan cristianamente, tan en conciencia, cómo el sacristán apaga las velas en la iglesia.

Un soplo es siempre un soplo, ni más ni menos, pero ¿qué significado toma, cuando de él depende la suerte—felicidad o desgracia—de alguien?

Un soplo no está marcado con rojo en el calendario de la vida, ni está marcado siquiera. Pero es muy posible que el soplo sea envidioso, tuerto y vengativo. Por eso, Videla querido, tú no tienes culpa, fué que tú no lo pesaste debidamente en la balanza de tus consideraciones y así, en vez de apagar, de matar definitivamente ese soplo al gran ojo fijo, lo ha despertado del todo y ha despertado a su hermano, y ese soldado muerto y ese muñeco dormido, dentro de un niño, alrededor de un niño, con el cuerpo herido, con el alma herida, con los ojos sangrando lágrimas y la boca estirada en quejas, comienzan a dejar de ser vuestros, de vuestras manos, de tus pájaros, de tu miel, para no ser ya sino para siempre de un niño que se moría y que ya no se muere.

En el alma, dentro, muy adentro, algo le está repitiendo: “¡No morirá, no ha muerto, no volverá a morir!”

Las cortinas del crepúsculo han caído sobre el cuarto y sobre el pensamiento del señor Videla. No piensa en ello, sólo una angustia (no es angustia), una soledad (no es soledad) le ha quedado, légamo de sus recuerdos más íntimos, de sus pensamientos más liberados, envolviéndolo suavemente, como en seda.

No siente nada, no le pasa nada, está tan equilibrado en su melancolía como en sus alegrones. Sólo un pensamiento, un deseo pueril le pertenece: que no oscurezca del todo, que la tinta de la noche no llene sus páginas; se siente tan bien así diluído en la tarde. Un pensamiento, el último, ocupa sus minutos: así como en el agua los cuerpos son más livianos, en el crepúsculo la vida pesa menos.

Después, más tarde, en la noche, al abrir la cama para meterse dentro, el señor Videla, pensará de nuevo en estas

cosas. Entonces de algo estará seguro, de que esos sufrimientos de la niñez; esa vaciedad de sus años infantiles nunca los experimentó. ¿De dónde, pues, este pensar, este modo, este derrotero de sus pensamientos?, esta convicción íntima y robusta de que su niñez debe vivirla ahora, jugarla ahora, perderla ahora, pero perderla bien, porque su niñez fué triste, porque su niñez lloraba, porque su niñez caminaba lastimada. En vano se dice, se grita, golpeándose en el pecho, tomándose la cabeza regalonamente entre las manos, que esto es ridículo, que él es bajo, delgado, finito, que él se llama Videla —como dicen los amigos—, que su cráneo no es infantil, sino pelado. Es en vano, al contrario, la idea de su ridiculez le infundirá una ternura tan grande que llorará irremisiblemente. Entonces pensara que después del crepúsculo la vida pesa más.

Piensa, incluso, que todos los hombres en estos días, en estas horas, ante semejantes circunstancias, deben experimentar lo que él experimenta. Pero no sabe, no tiene la menor idea de si también todos los hombres sienten la necesidad, la misma necesidad que él de satisfacer sus experimentos.

Asimismo, ignora el origen de su idea, ignora su concepción y su preconcepción, vino a conocerla de crecidity; le parece tan rara que está seguro de que, lisa y llanamente, mañana se dirá acerca de esto que era una tontería y que él estaba loco.

El hilo de sus pensamientos se ha ido enrollando como en una carretilla en el alma que, muerta de sueño y de pensamientos, plegará los ojos como dos alas, apagará su luz y se quedará dormida.

Cuando la señora se viene a acostar lo encuentra roncando.

Los ronquidos de su marido la desesperan. Comienzan en una nota suave, delgada, que camina paso a paso, en puntillas, despacito, con zapatillas de satín. Se trata de un camino de subida, difícil, las zapatillas de satín se gastan, y hay que substituir su personalidad por unas de goma, que no duran más. La nota suave ya no tiene su suavidad, parece una sonrisa que se está apagando y que al apagarse

se pone áspera; parece de corcho. Ahora está seria, en un momento más estará grave, ceñuda. Tiene entonces la voz gruesa como un chorro de agua sucia. La nota no tan suave ha usado suela, pero suela fina y después suela ordinaria, burda, de obrero, de soldado, de carretero.

La nota ronca, ahí parpadeando, titubeando asomada a la garganta negra del señor Videla; teme caerse, por eso tiembla como los vidrios de la ventana cuando pasa un carruaje.

La señora se pone nerviosa con esa voz, teme algo, espera una desgracia, sabe —podría jurarlo— que la voz vacilará, se tambaleará y caerá en el vacío, rota. En sus últimos momentos habrá sido de vidrio. De la garganta del señor Videla vendrá un hilito de sangre.

Ya está acostada, acomodándose, resbalándose, dentro de la cama. Su brazo derecho se estira hacia arriba como si quisiera salvarse de ese naufragio del cuerpo. El brazo izquierdo está doblado, inclinado fuera de la cama, sosteniendo un libro de tapas rojas, a causa del esfuerzo y lo sostiene porque está enfermo y va a vomitar las palabras, miles de palabras, que se le asentaron en el estómago y en el alma de sus páginas.

La señora sabe lo que hace, ha escogido una pierna, la ha sacado fuera y arrojado al suelo, allá al otro lado, en la obscuridad.

Ha vuelto con un libro de tapas azules. No valía la pena leer aquél, se puso blanco como un muerto. En efecto, si estuviera la ventana abierta, el viento se habría llevado las letras que están amontonadas en el suelo, a la orilla de la cama.

Su intención al principio fué leer, pero ahora no podrá hacerlo, pesan tanto las tapas del libro, no podría levantarlas, no tendría fuerzas para quebrar las palabras, para golpearlas unas contra otras, cascarlas como a las nueces, para tener su significado.

No le molesta el ronquido, ya no tiembla, ya no es de vidrio. Se ha acomodado definitivamente en el cauce

al borde del cual estuvo con sus temblores. Nunca ha sido molesto el roncar de los que duermen en la noche; hace pensar en el sentido de lo humano, define lo humano; hace pensar también en el sufrimiento y en la soledad, en el esfuerzo y en el sacrificio. La garganta que no ha sabido quejarse en la vida, vierte, así de noche, en el sueño, el agua de su llave. Se expansiona, se mece, hasta dormirse.

La cabeza apoyada en la cabecera, los cabellos mirando hacia el suelo, calculando la distancia para cuando la cabeza se tronche, no ha sentido dar la hora, las dos.

La hora se ha ido saltando, como una pelota de carey, por la calle desierta. Al enfrentar cada puerta salta hacia el lado y golpea en ella —¡las dos!— un golpe que tiene color, castaño claro. Otro salto la vuelve al camino, pero al llegar a extramuros habrá dado un paso en falso y se partirá en el suelo.

Al cabo de los años se habrá formado ahí una ancha colina de desperdicios de horas, horas con las ruedas quebradas, con los ejes partidos, pintadas muchas veces, pintadas extrañamente, un color en cada minuto y un color en cada lado. Se habrá formado una ancha colina que será una barrera. Y cuando venga el tiempo, cojeando, cojeando, no podrá seguir. Rastreará en el desperdicio, apartará la basura, escogerá lo suyo y, cojeando, cojeando, se volverá de espaldas y partirá de nuevo.

Sus pasos suenan huecamente en la obscuridad de la noche, huecamente, que es como decir blanco.

Los zuecos son para caminar de noche. Si se caminara con zuecos en el día se apagaría el sol y las estrellas, una a una, se irían asomando a la puerta.

La cabeza tronchada cuelga, y los cabellos ven que no se han engañado; quedaron a tal distancia que, en efecto, alcanzan con la punta de los dedos al suelo, lo que produce un cosquilleo delicioso.

Afuera ha pasado un chico tocando una corneta, se ha

ido alejando para volver a acercarse y perderse luego definitivamente. Pero el ruido de la corneta ha quedado vibrando, iluminando, fosforescente, el cuarto y al morir, quedan tres ideas que él trajera, la de la serpentina, la de la flor del durazno y la del sol, que quitan el sueño y alegran el ánimo.

¿Dónde irá el chico? Debe ir lejos ya, su sombra se ha alargado en el parque, bajo los árboles, pequeñita, ha atravesado el río, ha permanecido un poco ahí rodando con el agua y por fin ha muerto, aplastada por un tranvía, hilada en hilitos muy delgados por el embudo de las bocinas.

Puede ser también que el chico esté en el comedor, frente a la taza de café, contemplando cómo humea, mirando su corneta, viendo cómo el sol la agranda, negra, en el mantel. El niño siente cómo el calor se le descuelga por el estómago, impregnándolo. Coge su corneta y sopla; no es lo mismo. El chico no lo sabe, pero él sí lo sabe, la nota no ha salido igual, está agria, desabrida, invitada a desplegarse en abanico se ha estirado de mala gana y arrugándose toda. Sonreía la nota y de repente, no sabe por qué, se le ha quebrado la voz, le ha dolido una muela y apenas reprimé una maldición. No debe tocarse una corneta después de beber café; el café no es para la corneta, es para el acordeón. La corneta es hermanita del pan y el pan a veces canta.

Puede ser también —es lo más probable— que haya entrado directamente en la iglesia. Ya lo recuerda, anoche, cuando fué a besar a la mamá le recomendó le despertara temprano. La madre lo besó también y lo empujó a su dormitorio. Un cuarto de hora después, cuando fué a dejarle la ropa limpia, vió que dormía tranquilo y se prometió despertarlo temprano.

Ahora está hincado frente al altar, palpitando, como un pájaro entre las manos de Dios. Resbaladamente pasa por su espíritu el recuerdo de la madre; a hurtadillas la está mirando, como lo hace en la escuela para mirar a través de la ventana la calle. El corazón le salta apresurado como si caminara sobre pedruzcos y quisiera ir luego por

camino llano. Alternados van el corazón y la madre —corazón, madre, corazón, madre— y el corazón se apresura cada vez más, no llegará, algo le dice que no llegará.

Sabe que comete pecado al pensar en el altar en otra cosa que no sea la religión, pero él no puede dejar de ver, a través del incienso, la cara de su madre. La casulla del sacerdote es indudablemente hermosa, roja, dorada, blanca, pero su madre está ahí, cortando la carne en pedazos chiquitos en la cocina. Y ya no es la madre, es el huerto, las gallinas; al perro a través de la reja un chico le ha tirado una piedra; otro chico viene y le pega, diciendo una porquería, ¡y ante el altar! El mármol está chorreando barro, la casulla del sacerdote está manchada, y el rostro de la Virgen ha envejecido. Tiene un asco en el estómago y un horror en el alma.

El niño ha salido llorando de la iglesia. Cuando bese a su madre esta noche, ¿no le manchará la cara?

El señor Videla tampoco lo olvidará. Y muchos años después, cuando esté próximo a morir, se acordará que una vez un chico pasó bajo su ventana tocando una corneta.

Como si lo hubiera convenido, desde hace muchos días ha ido derechamente a la iglesia. El no suele entrar en ella, pero a veces al atardecer, cuando ha caminado mucho, entra para descansar. Hay en las iglesias algo que le atrae y que no sabe lo que es. La iglesia guarda un misterio, un secreto, que cuando lo revele será lo más monstruoso que se sepa. Todo este silencio, que es el resultado de la respiración contenida de los miles de personas que en ella se han ido a arrodillar, romperá, cualquier día su tapa, su resorte y todo lo construido por el entendimiento del hombre se desplomará sobre el alma pequeñita. Quien sabe este silencio, quién sabe lo que significa; es un silencio muy grande, muy solemne.

Lo más característico de la iglesia es su puerta, ella sabe mucho, debe saberlo; es la frivolidad de la vida que vistió toca y que se está arrepintiendo.

Comienza a llegar la gente. Viene una mamá joven con su hijo que en nada se parece al de la corneta, a pesar de ser el mismo. Esto desilusiona.

Mientras la mamá se arrodilla en el confesonario, el señor Videla conversa con su amiguito:

¿Has traído una corneta?

—Sí, señor, es una corneta.

—Y esto, ¿no es una iglesia?

—No la tocaré aquí, tampoco es para mí, la pondré en el nacimiento.

De todos modos si la quiere para el nacimiento, ¿por qué ha de entregarla? ¿de qué puede servir ahí una simple corneta? Mientras que, él sabe, puede que haya un niño que si no sufre, si no descalzo, desea tener una corneta. El mismo, si le contara lo que sufría ayer por no tener una corneta, si le contara su niñez, tal vez se la daría. Pero como se trata de un viejo, viejo ridículo —¡cómo si no fueran todos los viejos ridículos!— debe extrañarle, mas no le extrañará porque conoce, bien ve, la necesidad de que lo extraño vuelva a su orden natural. Qué fácil le sería hacer sonar esa corneta si él quisiera permitírselo. Sin contar que en seguida podrá contarle a los amigos e interesar a los padres y a las visitas: ¡como un milagro!

Ha sido tan rápido el gesto que recién cuando ya estuvo consumado, el señor Videla, pensaba en que el niño debiera acercarse a aquel pequeño y señalándoselo, decirle: —Me ha pedido la corneta y se la he dado, es para él, la tocará él, ¿entiendes?

Se ha marchado disgustado, fué en verdad, tan rápido que brilla menos ahora.

No sabe, eso sí, qué cosa está primero en el tiempo, si sus pensamientos, aquellos, o la corneta. La corneta deseaba tenerla hace mucho tiempo, antes que los juguetes.

No la tocará hasta su casa, se encerrará para tocarla y cuando oscurezca no encenderá la luz.

¿No es esta una cobardía, y bien mirado una hipocresía? El no la toca ahora, claro está, porque no se atreve, por temor al ridículo. Ahí viene alguien, demostrémosle

que se equivoca, que el señor Videla —en busca de su alma—, independiente de la vida, puede sacar una corneta del bolsillo; se siente capaz de sacar una corneta del bolsillo, de hinchar los carrillos y de hacerla sonar, a la luz del día, delante de él y de todo el pueblo.

El señor se ha marchado riendo, pero no de burla, sino de comprensión, de perdón ante la puerilidad de aquella alma de padre que quiere de este modo conocer la felicidad de que gozará su hijo.

Además, se puede interrogar a otro.

—¿Le parece bien?, pero usted cree también que es para mi hijo y se equivoca. Es para mí, pa-ra-mí.

Una, dos, tres, cinco veces, bien contadas seis, ha hecho su experimento ante el señor, que no ríe, ¿quién tendría alma para semejante cosa? El señor Videla no la tendría; por eso lo comprende y lo perdona. Sin embargo, él esperaba más de todo esto; ahora se siente como una ventana a la que le han quitado los vidrios.

Pero al entrar en casa le dice a la empleada, mostrándosela:

—Es mía.

Y ella ha contestado:

—Sí, señor.

En el rostro de la señora hay un ramo de sonrisas blancas y en el medio palabras rojas con el corazón también blanco.

—Indudablemente, la has comprado para ti.

Lo ha dicho con voz que quiere decir: “eres un niño, hace mucho tiempo que sé que eres un niño y no me extraña.

¿Entonces no tiene importancia lo que en él se ha operado; es que no hay distancia entre la niñez suya y sus años? ¡Ah, si todos los hombres anduviéramos del revés; si todos los hombres pudiéramos mirarnos por el lado de la costura, cómo nos comprenderíamos!

Y se la ha entregado al hijo como si nunca hubiera pensado en darle otro destino.

—La he traído para ti, realmente.

Ha salido del cuarto para regresar en seguida.

¿No se han echado a perder los juguetes?

¿Por qué habían de echarse de ese modo; es que se descomponen los juguetes?

Nunca sabrá qué le empujó a preguntar esto.

Bien podía enterarse de si se ha mejorado, que nunca tuvo tanto miedo como ahora de que muriera, querido.

El señor Videla está muy lejos para oírle, está en el campo. El viento revuelve el cabello, y el alma, puesta a secar, recíbelo en la cara, mecida entre un cielo y una tierra.

Desde muy lejos viene una voz, pero no es cierto lo que está diciendo.

Esta cabeza, estos cabellos, estos ojos, esta boca, todo este niño ya no se muere. ¿Podrá morirse un niño con este viento, en este campo? Por eso permanecerá eternamente ahí, junto a sus juguetes, conviviendo con ellos. No se levantará tampoco y nunca más serán visibles sus piernas.

¿No basta pensarlo para que algo suceda? ¿Y es de creer eso? El no lo cree, no le entra que esa cabeza, esa cara pálida, esos brazos flacos, sigan viviendo. Verdad es que no mejorará tampoco, pero esto es como si en el mundo se hubiera perdido la facultad de oír y los hombres, por sus gestos, comprendieran que algo grande sucedía.

Miles de gusanos irán por los brazos, bajarán de las axilas con su humedad, asomarán a los ojos, brotarán de la boca. Un pedazo de cara se desmoronará sin ruido y poco a poco irá apareciendo el esqueleto. Está tan seguro de ello lo mismo de que si al acercarse con sólo mover los brazos, lo estará tocando. Entonces tratará de conservar su forma pálida y su contacto para recordarlo después cuando ya no esté con él. En toda esta carne rosada, bajo la piel limpia; debajo de cada poro hay miles de vidas pequeñas que sólo esperan a la muerte para comenzar. Debajo de las uñas, por ejemplo, ¿cuántas no habrá?

Miles de vidas, hasta puede decir que dependen de su sola voluntad (todo tan confuso y claro, está seguro de ello, sin embargo). Pensar que con un movimiento tan na-

tural, tan fácil como es llevar las manos alrededor del cuello —que el cuello es redondo y las manos se pueden ahuecar— y, si quiere, apretar, apretar, así, cerrando un poco los ojos para sentir cómo apretan y antes de contar hasta veinte estará eso determinado, porque el señor Videla dió un cierto rumbo a sus dedos, a la muñeca de la mano, a su mano; todo porque ella era movable.

Ya había obscurecido alrededor del mundo y dentro del mundo, aún sobre las cosas blancas.

Puede ser que se tratase de una operación solemne que él no pudiera ver porque, en realidad, debe decirse que así ocurrió. Pareció después que comenzaron a ponerse rojas (y quiso, como siempre, apartar, fijar en un círculo de hierro ese color, para recordar después que fué el último), como si el crepúsculo viniera después de la noche.

Más tarde, alguien recordará que al final, al llevárselo, preguntó:

—Mariana, ¿no había nada dentro?

Anuar Atías

La Escala

En los hoteles de pueblo vive gente triste.

Domínguez está en su pieza. Su pieza está llena de manchas de vómito. Llega siempre borracho.

Ahora llora. La luz del cuarto — una bujía miserable — está encendida. Lloro desnudo sobre el lecho, boca abajo.

Es delgado. Se pueden ver sus piernas y su edad; edad de empleado de tesorería.

Lloro. Llorar en provincias significa lluvia. Se llora por cartas, por saludos, por uno mismo.

Domínguez llora. Hace dos horas que llora desnudo sobre el lecho, boca abajo.

A las cinco de la mañana levanta la cabeza. Se baja del lecho. Camina desnudo hasta el interruptor. Oye sus pasos, el golpe de los talones sobre la madera. Suenan extrañamente. El también suena extrañamente en la vida. ¿Por qué la gente — ¡la gente! — se ríe, por qué lo vigilan? Siempre hay un visillo que se corre cuando él pasa. Alguien — ¿una mujer talvez? — lo espía. Y el espionaje se le mete en lo huesos, en el alma...

Apaga. La mañana aparece con cara de niño en la ventana. Vuelve a la cama. Se ve iluminado por la luz clara del balcón. Se mira, de pie junto al lecho. La mañana lame su cuerpo, lo dulcifica. Se ama. Un hombre tiene derecho a ser delgado a esta hora. Si lo viera ella...

Una mujer podría mirarlo desde la cama, con los brazos detrás de la nuca.

Siente el frío. Se mete debajo de la ropa. Ve aún sus

miembros iluminados débilmente, color marfil. Se toca. Está helado. Tiene la piel cubierta de pequeños vellos, excepto los pies... los pies, ¿qué hacen al fondo como palomas? Sin embargo, son completamente suyos. Mueve para serenarse, los dedos.

—Los dedos de Domínguez... — murmura. Se ríe. Comprende a medias que faltan algunos dientes. ¡Ah, una plancha!... una plancha de dientes vale más de mil pesos... ¿y si se le cayera? ¿qué decir, cómo explicar con la plancha en la mano?

Se duerme.

La criada abajo, despierta: cuando uno muere, otro nace.

Y esa criada tiene el olor — ¿fragancia? — de todas ellas, de todas las criadas de hotel de provincia, que duermen envueltas en un delantal blanco, en un cuarto estrecho al lado de la cocina. Cuando el aventurero visita en puntillas estos cuartos, de noche, comprende, al entrar, muchas cosas en las que no pensó jamás: la miserable ostentación, la pobre coquetería, los malos polvos. Y entran, sin embargo, excitados por la ternura dispersa en las murallas.

La criada despierta. La escoba la espera como un fusil junto al velador. O como un perro. Las escobas son los perros de las criadas.

Después, barrer. Barrer es soñar. Se escapan algunos papelitos, algunos fósforos... se hace un montoncito de dulce polvo, una fina colina de polvo azul, que queda como testimonio evidente de los seres.

A las nueve debe despertar a Domínguez.

¿Por qué le gusta despertar a Domínguez? ¿Por qué una vez besó llorando las sábanas?

Es un cuarto largo, largo hasta la ventana. Cuando entra en las mañanas, se queda de pie en el umbral. Allí duerme un hombre, ¡un hombre tan raro! Ella podría mejorarlo, gastar ordenadamente su sueldo... tal vez una casita barata de la población del Molino. Es feo. Los hombres deben ser feos.

Camina en puntillas hasta la cama. Si Domínguez la viera pensaría en un ángel pálido.

—Señor Domínguez...

¿Por qué, por qué esas ganas de llorar y besar?

—Señor Domínguez, don Lucho...

Debe remecerlo. Siente los huesos del hombro, de la espalda. ¡Tanto hueso! Está debajo de la ropa, como siempre. Apenas se ve un mechón de pelo negro. Podría una mañana estar muerto. Ella tendría que quitar la ropa de golpe. Estaría desnudo, encorvado, helado.

¿Lloraría, gritaría?

—Señor Domínguez...

No está muerto. Se mueve apenas, gruñe.

Los hombres hacen todas estas cosas al despertar, ella lo sabe bien. ¡Qué raros son los hombres!

—Van a ser las nueve...

—Julia...

—Sí, las nueve.

Sale una cara amarilla entre las ropas. Una cara amarilla que sonríe dormida.

Atento, siempre atento. Solícito, hasta la muerte. Así le sonreirá al fraile cuando muera en el hospital. "Yo no creo en Dios, señor presbítero" — querrá decir con la sonrisa. Pero no podrá hablar y le harán el rito como se marca a un vacuno.

—Son las nueve.

Julia se retira. Ha perdido el entusiasmo. Recupera su estabilidad de criada honesta. Se pregunta: ¿por qué se humilla, por qué siempre esa sonrisa zalamera en que se siente el sabor todavía fresco del vino? Siempre... El Ingeniero de minas, en cambio, la trata como se debe tratar a una criada, a una hembra. Cuando debe despertarlo, salta inmediatamente del lecho sin que se adivine que haya estado dormido alguna vez y la besuquea en el cuello o en la barriga, según su alegría.

Domínguez la ve desaparecer. Desde el lecho ve cómo ya todo es imposible. Podría gritar para agradecer esa presencia humana en su cuarto. ¡Una mujer en su cuarto!

Pero era tan ruda... cuando le servía los platos casi los vaciaba en el mantel. ¿Por qué venía entonces a despertarlo? ¿Qué hacía mientras él dormía? Levantaría talvez un poco las ropas y lo vería encorvado, desnudo como estaba.

Sabe, además, que frente a ella no podría decir nada.

Domínguez medita su intimidad. Goza, con las piernas abiertas, con los músculos dulcemente sueltos los últimos segundos que van quedando. Hay varios pensamientos, confusos a veces, o bien vehementes, y con una claridad que repugna. No se sabe si pertenecen al sueño, que aun embalsama los nervios.

El es un ser humano. Un ser humano rodeado de sábanas tibias. Las sábanas son verdaderas madres: se les puede besar en la frente. Los héroes también morían rodeados de banderas en las antiguas trincheras.

Puede hacer extraños gestos. Abre la boca. La lengua vaga húmeda de un extremo a otro del paladar. Faltan algunos dientes, hay algunas caries. ¿Qué importa, qué importa todo...? La lengua juega... no es necesario un gran esfuerzo para hacerla jugar. Además entre las amígdalas, se producen algunos gemidos involuntarios, que dependen únicamente de la tensión muscular y cuyo significado se pierde en la historia del hombre. Da gusto provocar estos ruidos inexplicables, contrayendo los músculos de las piernas y apretando ferozmente con los dedos los bordes de las frazadas...

Si alguien lo espiera de un extremo de la pieza pensaría en un demonio en éxtasis, entregado a un rito extravagante y sensual.

Después, hay que erguirse, como Lázaro y como Lázaro baja un odio palpable a todo lo que rodea, a todo lo que indica actividad luminosa.

Hay pantalones que esperaron pacientemente abiertos durante la noche esas piernas que todavía estremece el placer. Botones, elásticos, ávidos de servir y gozar nuevamente la calle y la posibilidad de perderse. Todas esas prendas, amontonadas en una silla al azar, corresponden a

cada miembro y cada una sirve un oficio raro y distinto.

Domínguez cumple, semidormido, con ellas. Cumple esta extraña simbiosis que hace pensar en los moluscos sin concha, de los que el hombre injustificadamente se apiada.

Aquí y allá manchas de vómito. No se les puede pisar, se ha formado un sendero convencional entre ellas. Mirándolas, se recuerda la flor seca en los grandes libros.

Afuera hay gente, gente que se desayuna. Hay ruidos que lo comprueban nitidamente. Es gente apurada, familiar, con la nariz como flor. Ocupan un comedor en el que hay mesas blancas dispersas, sencillos altares blancos.

Es necesario todo esto; para la vida, para la alcaldía.

Allá también está su pocillo de café, humeante como un vapor. Es café traído del Brasil — ¿en mulas? — y preparado para él a regañadientes por la criada en la fría cocina. Todo esto para él... Se paga una pequeña suma mensual y ocurren todas estas maravillas. ¡Qué linda es la vida! ¡Una pequeña suma mensual!

Baja. Cierra los ojos en la escala. Mirar a la luz sería como observar a la querida que se besó ardientemente durante la noche, y que en la mañana, semidesnuda, mientras devora el pan del desayuno, presenta una cara diabólica, desgredada, con la huella de la lujuria en las manos y en las sedas.

Porque él ama esta escala.

Pero la ama, es cierto, de noche.

Hay que subir...

¡El cuarto está tan lejos!

Subir. Caminar sobre la vieja madera para subir.

Arriba hay una cama, un catre, en el medio de la habitación. Una silla para morir. Arriba se ven manchas de vómito en el piso, en las paredes, en las cartas que llegan.

Se enciende la luz y aparece todo eso, tan agradable, tan tibio...

¡Falta tanto, sin embargo! ¿Cómo subir sin envejecer, sin llorar?

Las escalas dan pena, dan pena a las tres de la madru-

gada. Sus sombras, las esquinas que es necesario doblar, la baranda, están hechas de maderâ, de vieja madera.

Domínguez besa el primer escalón. De rodillas, alcohólico, besa el primer escalón. Hay algunas astillas que se clavan en los labios, algunos trozos de tabaco... Desliza la mano blanca por la madera hasta la baranda. Caen algunas lágrimas. La escala cruje.

Estos son los muslos de la noche, buscados inútilmente en los muebles o en el campo.

Y es un viejo placer el que lo llena, el que lo hace temblar. Una vieja manera de masturbarse lamiendo la baranda.

Sonriente, como asesinado, trepa lentamente por los escalones. Son anchos, hundidos levemente en el medio por los pies del hombre que sube siempre por el único camino, por la única ruta que lo lleva al cielo. Trepa tendido sobre la escala, reptando, de manera exista el abrazo. Siente los bordes, las largas astillas, el olor vago de los escalones.

La escala en la mitad, se quiebra. Hay un ángulo que la divide, que la reparte. Un ángulo que es la esperanza. ¿Qué hay detrás, oculto en la sombra? Es necesario un poco más todavía. El goce dura. Se hace inquieto y agitado. Hay desesperación en los movimientos, como para llegar al borde del agua.

Doblar... ver una escala nueva... Otra escala encima de la anterior. Un nuevo amor...

Allá, oculta por el ángulo, espera una mujer. Una mujer sentada en un escalón. Está desnuda, con los brazos apoyados en las rodillas, doblada dulcemente para que los cabellos se inclinen. En la sombra resplandece la piel trémula.

—Usted... usted...

Siente el calor, la tibia presencia.

—Usted, por fin. ¿Por qué no llegó antes? La he esperado... hago este ejercicio por Ud.

Se levanta. De pie, excitado, con un escalofrío en los dedos y en los movimientos. Murmura palabras, frases en-

trecortadas. Los labios, húmedos por el vino, se mueven como para rezar.

—La he esperado. En esta misma escala la he esperado tantas veces... Yo, como Ud. vé, soy Domínguez..., un pobre hombre..., trabajo en la Tesorería..., en la bóveda la he visto a veces..., estaba sentada en el armario. ¿Me perdona?

Avanza unos pasos. Hay un trecho hasta la mujer.

—... Domínguez... Ud. comprende...

Se sienta junto a la mujer.

—... Un pobre hombre... Ud. puede ver..., me faltan algunos dientes..., me los haré colocar, se lo aseguro.

Hay un leve rubor en su cara amarilla. Los ojos, brillantes, redondos, se mueven al compás de las manos. Es una mímica exagerada, nerviosa, de comerciante.

—¿Por qué es Ud. tan idiota?

—Sí... Sí..., señora.

La mujer habla, sin mirarlo, con la mirada fija en los escalones.

—Yo espero hombres en las escalas. De noche, me gusta verlos pasar a mi lado, ¡caminan tan serios y distraídos! A los hombres hay que verlos de noche. Tienen otro encanto, que corresponde a la ropa que llevan y al frío... Lo he esperado. He oído su manera de subir. El golpe de algunas lágrimas en la madera..., parecía Ud. un varón. Esperaba entregarme asombrarlo con mi claridad, dejarme levantar hasta el cuarto...

—Señora... Yo...

—Sí. Un pobre hombre. Un idiota.

—Yo podría hacerlo. Levantarla como Ud. dice hasta mi cuarto. Dejaríamos una huella doble en los escalones, más profunda... ¿Ud. se llama Escala, verdad? Escala...

—Sí. Escala Tapia.

—¿Por qué está desnuda? Se ven sus senos. Son como yo creía que serían..., como lo había imaginado, con las puntas rosadas y abiertas... Yo podría poner la mano en ellos, quedaría doblada, como cuando se toma la cabeza de un niño... Yo, Escala...

Domínguez habla, con una libertad extraña en él. Con una soltura que sólo emplea en los grandes acontecimientos: la llegada de su primo René, por ejemplo, personaje dictatorial que impone sus costumbres y locuacidad a todos los que lo rodean.

—Sí, Escala. Tendría que sostenerla con un brazo, mientras daba la luz en el interruptor. Hay algunas manchas en el suelo..., algunos papeles. Será necesario encerrar, colocar alguna alfombra que lo tape todo. ¿Se imagina, Escala?, ¡una alfombra que lo tape todo! como un sudario.

—Son manchas, manchas de hombre. Los hombres ensucian sus piezas. ¡Tienen hábitos tan extraños...! Solos, en la intimidad, actúan como demonios adorables; desordenados, bellos, ensucian sus piezas. Es como una habitación de sirenas...: quedan, cuando salen al mar, algunos trozos de escama..., algunos cabellos húmedos en los rincones. Amo a los hombres.

—Escala... Escala...

Hay un beso. Domínguez se inclina y besa el muslo de la mujer. Siente la piel, los finos vellos que la cubren. Recuerda los trozos de vidrio que besó en su infancia, en el jardín de su hermana. ¿Por qué tanto? Tanto..., tanto...

—Hasta senos...

Sí. Senos para él. Las mujeres tienen senos para los hombres. Ofrecen entre otras cosas, senos.

—Ud., Escala, tiene dos senos, uno junto al otro. ¿Cómo se llaman? Se les mantiene cubiertos, aprisionados por elásticos... Yo los he visto agitarse bajo los mantos en la iglesia, cuando los pechos de las mujeres tiemblan...

Un silencio. Un silencio en la escala y en los seres. Existen ambos uno junto al otro. Están allí todos los elementos de la vida: madera, sombra, ternura. Es una ternura silenciosa que va y viene de un ser a otro, como un juego. Por primera vez, aman a Domínguez. Gustan sus modales, su manera de decir las cosas, los besos que dá en las piernas.

—Domínguez..., ¿ha sufrido mucho?

—Sí, Escala.

Ambos están tristes. Inclínados, con la cabeza agachada, miran en la madera un punto que no existe. Se han cogido las manos. Los dedos entrelazados, hablan un idioma propio y lento. Se acarician. El hombre da sus misterios, su alma. Se puede tocar esa alma: quedan impresas, vivas, las huellas digitales. La mujer, además, tiene otras cosas, ¡tantas cosas! Un verdadero paisaje con llanuras y colinas para que el hombre apoye la frente, para que se duerma.

—Hay que vivir, saludar, poseer una hermosa letra. Yo escribo diariamente la fecha en los grandes libros. Se me paga para eso. Es una letra alta, tendida, en que la tinta corre y se seca lentamente. Esa es mi letra. Brillante, conmovedora, se seca lentamente, se mueve cada vez que la abandono. Mis pasos también escriben mi letra. El pueblo está lleno de mis huellas, secas y muertas. Nada he hecho por hacerlos sonar de otro modo. Ya lo vé, Escala, nada. Estoy abandonado a mi propio misterio. Ese misterio que me niegan los demás, que no me dan derecho a tenerlo. Una especie de cáncer que eleva su ramaje de células que gozan su combinación monstruosa y sin esperanza. Por eso sonrío a menudo. Yo vivo en ese ramaje, lo habito. Frecuento los huesos, las articulaciones, la sangre de ese cáncer. Diviso a veces a mujeres, a posibles amigos. A veces mis ojos se aclaran...

—Sus ojos son claros.

La mujer se acerca al hombre. Quiere mirar los ojos, lo que hay en ellos de verde y bondadoso.

—Ud. tiene los ojos más humanos del mundo...

—Lloran... El cáncer llora a veces. Sale pus...

—Amo el pus.

—Mi pus, mi pus...

Arriba, iluminado, en pijama, está de pie un fantasma. Tiene una linterna y un látigo en la mano. Es el ingeniero de minas. Habla mientras baja en puntillas:

—Es a mí a quien se debe amar. Yo soy el hombre en esta escala.

Agita el látigo que serpentea a la luz de la linterna. Se ve su pijama a rayas que le da un aspecto de alienado. Tiene un bigote negro, arqueado, con una gota de sudor en los extremos.

—Ese es el ingeniero de minas. Sube esta escala corriendo; lo hace varias veces al día. Sube corriendo con sus botas amarillas que han pisado en las minas, duros trozos de cobre...

—Con sus botas amarillas que quedan dobladas, tibias, a los pies del lecho en los inviernos...

Hay tres seres; uno está desnudo: la mujer. Es un grupo perfecto de fantasmas, un aquellarre sexual a media noche.

—Escala me pertenece. Soy hermoso.

—Sí, sí. Ud. es hermoso.

Suena un latigazo.

—¿Qué ha hecho Ud. para merecerla? Ha vivido siempre oscuramente. Nada ha hecho para buscar relaciones, para procurarse mujeres. Ud. tiene una vida repugnante.

Hay otro golpe del látigo. Da en la boca de Domínguez. Caen algunas gotas de sangre. Habla entre la sangre:

—Nada, nada. Pura pus, como Ud. puede ver...

La mujer se ha levantado. De pie, se comprende que lleva zapatos. Hay indecisión en sus movimientos. Vacila entre la vida y la muerte.

—Escala, te amo. Te llevaré de la mano hasta el cuarto.

La mujer se decide. Se da vuelta y se coge del brazo del hombre en pijama.

Domínguez, agachado, sonriente, ve ese hermoso culo. Su cara se ilumina. Sin poderse contener da una palmada cariñosa en la nalga.

—Es un hermoso culo..., el único que he tocado en mi vida...

Se le empuja.

Cae, asesinado, hasta el último escalón.

Miguel Serrano

Hasta que llegue a la luz

Viajero celeste, cuántos caminos de distancia y paz y millas de sombras por tu apretada luz. Dónde estás hoy. Y el Valle del Reposo y el Sendero de los Siete Esfuerzos...

I

Esa mañana era la mañana de Siempre. Los letreros decían: "El viajero es un hombre ágil". El era completamente desconocido. El desconocido.

En la taquilla de la estación de juguete un pasaje para un señor Videla. ¿Podía él ser esa mañana ese señor? Sería ese señor. El Señor. Todas estas reflexiones se las estaba proponiendo como situaciones interiores de su Gran Viaje. Partir, con las debilidades profundas, colocando las esperanzas en unos delgados minutos sucesivos.

—El señor Videla tiene las mejillas hundidas, dijo el taquillero.

El desconocido se chupó de la piel.

—Además, la nariz larga.

El miraba de perfil hacia la luz que unos metros más allá, al término del galpón, aparecía.

Tomó el boleto Videla, se tomó en la palma de la mano, se sentía desdoblado, en soliloquio físico.

Rieles para la risa del ser humano. Se juntan allá y acá también, si usted quiere.

El desconocido, muy débil con su maleta, empezó a

andar. Subió al tren. Cogió un asiento. "Un durazno comido al amanecer, pensó, hace bien al alma". Asomó su mano blanca por la ventanilla y compró uno, justo al mismo tiempo que la locomotora sonaba en un pito prolongado y distante.

Hace un momento había colocado la maleta ahí arriba. El señor se había sentado aquí. Pelaba el durazno con mucho cuidado, para no dar ni una gota de sumo a sus vecinos. Mordía. El jugo, en la mañana, iba directo al alma.

Ya es hora de que partamos. Vamos a empezar a subir, a subir hacia las altas montañas de nuestra tierra, todo lo más que podamos... De la mano de este desconocido — ¿por qué no? —, de la mano del Señor... Desde allá, desde nuestras casas, las montañas de nuestra tierra se ven siempre azules. Ahora subir... hasta donde resista el corazón.

Si se pudiera escribir el sonido de un pito, este cuento no tendría razón de ser. El tren partió. El tren empezó a partir para siempre. Iban sentados muchos pasajeros. Cuáles son compañeros. Hay que esperar.

Las aventuras reales se corren siempre a solas. Pero no es menos cierto que llevamos siempre compañeros, los que, en el profundo contacto, rebotan hacia sus disímiles soledades. En un Gran Viaje, los compañeros se cuentan con los dedos; pero nunca son todos los que van. Son dos, son tres, cuatro, cinco. Nunca los adivinamos antes de un recorrido mínimo de cuatro kilómetros.

¿Cuántos son los compañeros de este tren?

Un kilómetro.

El paisaje empuja garras verdes hacia los rieles, mete sus verduras debajo de los rodajes, intentando desrrielar el trencito y su carga de extranjeros de la mañana.

Dos kilómetros.

Unas casas a los lados, con vegetación oscura sobre las verjas. Mujeres recogiendo los tarros de la leche.

Tres kilómetros.

Un puente. Una acequia y una cruz, con una vela apagada. Ahí se ahogó alguien o lo apuñalearon. Olor húmedo.

El aspira y evoca. Alguien ha sacado los labios por la ventanilla y deja caer el jugo de una fruta por la boca, hacia la tierra cansada.

Cuatro kilómetros.

Algo así como un humo, como una sombra, ha salido del carro, por algún lugar, y cuatro rostros, primero, cuatro apenas, se van definiendo, tomando presencia. Son los mismos de siempre.

Una voz que dice:

—Ampliarán este insufrible tren militar, lo agrandarán al fin. El Estado...

Un militar con un capote raído, chico, delgado, sin dientes, en un rincón. Una mujer fatigosa, escuálida, tendida, ampliándose hacia atrás, con toda la dificultad de la respiración, poniéndose muy blanca. El hombre indiferente, que lee un periódico del gobierno. Y la vieja, con los pies sobre la bolsa, con las manos arrugadas en la vida y la boca cohibida con dolor.

Cinco, seis, varios kilómetros. Hasta que se perciban dos figuras más; porque el militar raído lleva en sus brazos un niño rubio, envuelto en un abrigo corto, que intenta dormir, y la vieja, una hija morena, como la tierra y perdida, como ella, en un sonambulismo infinito y sordo.

Entonces el militar se levanta y dice:

—Ah, sí, señores, las minas de cobre.

La blancura de la mujer tiembla. El lector mueve un solo ojo hacia un lado y da vueltas sin ruido una hoja.

El militar se sienta, afirmándose el último diente.

Nuestro señor comprende que subimos cada vez más. Ve ya las montañas y en el filo o en el costado de las grandes fajas, claras líneas horizontales de caminos imposibles, con la plata de sus aguas y de sus construcciones, como cuchillos planos y tendidos, en un pretérito combate de luz.

En este punto, el suceso fué inesperado pero presentado. Alguien hacía ruido con los tacos un momento antes, cuando la puerta se abrió y atravesando de un carro a otro, como una línea vaga de sueño, un hombre penetró en el carro y se detuvo dos segundos mirando al techo, con los brazos extendidos hacia el equilibrio. Era delgado y pequeño. Los ojos muy brillantes y cínico. Inició un salto y señaló con el dedo una mosca.

El tembló. ¿Qué tenía que ver ese hombre en su destino? El hombre le contempló.

—Soy Videla —dijo, de pie sobre una pequeña plataforma extraña, en el extremo del pequeño carro, empezando a hablar en un raro tono grandilocuente—. Yo entono el epinicio de la mañana, yo viajo desde la infancia y conozco la lengua de los caminos. Ver.

Y señalaba con un dedo sucio las rosadas landas de lo perdido.

—Conozco el sugestivo sentido de esta subida, seré vuestro “director de orquesta” y la distribuiré en el espacio del verbo como una danza. Y en el cuerpo...

La mujer se echó más aun hacia atrás y tembló en los azules tendones de su cuello.

—Soy Videla...

Nuestro primer viajero desconocido percibía perfectamente cómo el niño rubio sostenía, en las rodillas del soldado, una pierna con la otra para poder dormir. Vagas sensaciones. El soldado quería hablar. El incansable hombre no dejaba de hacer ruido:

—Hay en la vida dos o tres palabras que el ser que las pronuncie perderá los dientes. Todos esos hombres que veis sin dientes por los caminos han pronunciado... Son...

La vieja se levantó. El hombre le cedió la plataforma.

—Yo no sé hablar — el rictus amargo de su boca se le cayó al suelo —. ¡Oh! Pufanti, oh Pufanti, negro espíritu y señor de las alturas... Pufanti pena en los rincones de las fajas de piedra, en los farellones donde hay riquezas y en la noche se oye su voz ronca y mala. La Lola vino un día, señor Videla, y se enamoró de mi hija morena;

porque esa mala yegua se enamora de las mujeres y les succiona la flor. Véala usted ahí, cabizbaja, las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Madre — dijo la niña riendo.

La mujer recogió su rictus y retornó a su asiento. De tal modo que cuando llegaron a una estación no había nadie sobre la plataforma.

El constató todo lo que habían subido. Su pulso se aceleraba. Afuera había vendedoras y frutas tardías. Quiso descender y sólo asomó el cuerpo por la ventanilla, todo marchaba sin prisa, unos perros ladraban con una entonación lenta y luego reposaban mordiendo unas brevas moradas y secas, perdidos en algún ensueño propio. Los cerros estaban a dos metros del cielo, era milagroso ver cómo sostenían diminutas piedras de acero en sus paredes verticales. El sol, en el centro del cielo azul y puro, se serenaba sin afanes terrestres.

Estaba tan agotado de luz, de subida, de alma, que se recostó a morir en el incómodo asiento. ¿Para qué tanta belleza no soñada? Ahora ya a esta altura y a este absurdo, era inevitable ese otro señor Videla. Lo esperaban los cuatro pasajeros y los dos agregados, como a algo imprescindible, que, después de todo, no se hacía de rogar.

Apareció de un portazo y de un salto se subió a la plataforma.

—Oh perol de las distancias...

—Qué es eso, Dios mío — protestó la mujer

En el carro del lado se escuchaba un sordo murmullo, como de un mar incompleto.

El soldado compró una bebida gaseosa para el niño. Y dijo:

—La cancelo después, usted me conoce.

Entonces el hombrecillo lo señaló.

—A usted, sí, a usted le toca... .

El soldado se levantó. Subió a la plataforma.

—Pero esto es jazz — dijo la mujer.

—El problema de la vivienda obrera — empezó el sol-

dado — y, por otro lado, de la colonización de la tierra... No puedo — continuó; afirmándose el último diente.

Dos álamos cuchicheaban, azotados por un viento que bajaba rodando.

Y de este momento, hasta el final del viaje, aquel singular individuo ya abandonó su púlpito; paso a paso, dificultosamente, metro a metro, palmo a palmo, fué comentando las subidas y los maravillados recodos de la montaña. Engañó completamente el natural estado de ánimo, el auténtico sentido, produjo en los viajeros un sopor silencioso. Hasta que la vieja dijo:

—Cállate, lo cierto es que nuestra nieve ha sido pateada y no crece. La verdad es que los canutos y los gringos “maunetizan” a los cristianos y los convierten en potros. Son brujos.

Pero el hombre fué diciendo:

—Esa montaña cruje a pesar de su fiereza. El hombre es más fuerte que la noche. Yo he aplicado el oído a ese cerro, como quien ausculta a un enfermo, y hoy sé que lleva agua por dentro, dulce agua clara para la sed de los cielos y de los días, que introducen los labios por sus resquicios y sus heridas, agua clara de hierro y de hoja, tierna orina de Pufanti, fresca orina de brujas, agua para la sed del álamo y del pino, agua para la sed de todos ustedes.

—Ay, el sol — se quejó la mujer.

—Si las mujeres apretaran los pechos contra los costados de la montaña, se llenarían de valiosas úlceras.

La mujer se quejó más ronco.

—¡Llegamos!

El tren exprimió sus últimas fuerzas, corrió, para arribar sangrando.

—Cuando lleguemos se verá un cerro...

El cerro apareció.

—Allá, arriba, están los graves... Ese cerro es la avanzada de ese pueblo.

Entonces los aires se llenaron de toses, que parecían

descender, con su ruido seco y apasionado, desde el mismo cerro.

—El cerro ese morirá. Ya apenas respira, tiene el pecho destrozado, tose roncamente y su fiebre destruye y quebraja la región. Todos creen que un día descenderá a morir a la ciudad.

Las toses atormentaban el aire. El cerro enfermo, trágico, tosía hasta desgarrarse el pecho. Y, más allá, se oía el acompañamiento lejano del coro profundo de los hombres de aquel pueblo. Entonces él sintió con precisión ese estado de delirio, de sueño maravillado, que ya no le abandonaría más. Y esa sensación de estar viviendo, o sólo contemplando, la vida de algo serio, muy serio y apasionado. Como si la vida concentrando el sufrimiento y su situación de fantasía se prepara para algo que la salvara... .

La mujer blanca y flaca — por grados de ascensión crecían sus ojeras — al sólo contacto con la presencia del viento de las alturas y el tormento de las montañas, urgó en su maletín, aplicó un pañuelo a su boca y empezó a toser con frenesí, con excitación, hasta ponerse transparente, llena de lágrimas. Cuando el tren se detuvo, no pudo más, abrió sus piernas y levantándose por último en el paraxoismo de su excitación solitaria y vacía, llamó:

—Venega.

El militar soltó al niño, que cayó a los rieles, y corrió a estrecharla.

—Gracias — dijo ella, en una hebra de voz — me ha salvado usted de caer sola, sin ayuda, en el vacío de esta... puna.

Nuestro desconocido cogió fatigosamente su maleta y se bajó.

II

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Tierra serena en su mal, con sus superficies fatigadas de fiebre interior, con sus montañas duras, blancas en las horas, picadas de incansable yerba, de tantos espinos, de

quiscos, y, allá arriba, un estero, bordeado de álamos distintos, no en ese diálogo tranquilo y corriente de sus hojas, escuálidos, desarreglados, como duros ancianos o perros de esa tierra, por el viento incansable de las alturas. Tierra café, tierra oscura, tierra profunda, como todo lo que tiende a redimirse.

Nuestro desconocido apenas podía con su maleta. El aire delgado y seco lo tenía sonámbulo. El sol estaba arriba, justo sobre su cabeza, resbalándose. Aunque no era esto precisamente. El sol se caía en tanta claridad y delgadez del cielo y estaba próximo, amarillo, balanceándose.

Balanceándose.

—¿Dónde? — preguntó.

La gente caminaba sin prisa. Los hombres arrugados y morenos iban lentamente, mirando las alturas o con el rostro y los hombros caídos por un invisible peso. Hay tanto que subir. Para ellos la vida se reducía a subir. En este pueblo se narra la historia de "los mineros humanos". Un grupo de estudiantes que aprovisionados de barrenas constituyeron una especie de club o de asociación oculta. La mayoría de ellos habían sido estudiantes de medicina. Salían por las noches, cogían a uno de aquellos hombres morenos y arrugados y lo golpeaban con las barrenas y los picos, porque creían encontrar en sus cuerpos la escondida veta de una mina.

Pufanti es el espíritu de las riquezas, pena en los altos cerros de piedra, donde se oyen inexplicables tiros de dinamita. Pufanti es negro. Cuando el cuerpo de un hombre lleva riquezas, cuando su sangre es una escondida veta de oro o de plata, Pufanti se apodera de su alma, y aquel hombre en medio de los hombres es un cuerpo en pena; en el fondo de su pecho se oirán inexplicables tiros de dinamita y su cuerpo mismo se transformará en una bala.

Estiró su mano blanca y golpeó sobre la puerta. Abrie-

ron. Pero la mujer vestida de negro ya estaba corriendo por el corredor de piedra. Así que no percibió a quien había abierto.

Empezó a caminar por el corredor estrecho. Y, de pronto, a su lado, apareció el señor Videla y los acompañantes del carro, todos llevando sus maletas, en un apresurado y solemne ruido de pasos. Aquel individuo flaco y pequeño que decía ser Videla, saltaba como ardilla, metía la cabeza dentro de los cuartos, se asomaba, saludaba, hacía guiños y hablaba incansablemente, como siempre.

—Yo soy el traductor de todo esto, el traductor, el intérprete de cada uno.

Nuestro señor se detuvo un momento. Respiraba fatigosamente.

—Aquí. ¿A ver aquí?

Videla metió la cabeza por una puerta.

—¡Ah!, este hombre de esta pieza, vive dentro de un violín, es músico. Desciende hace cinco años la escala musical, no puede llegar a su fin, aunque se arranca los más terribles bemoles cada primavera. Tose. ¡Ah!, aquí... La mujer del romadizo crónico. Ella sola, por sus propias fuerzas, mantiene los pantanos y los criaderos de bactracios de la región.

Videla metió la cabeza en un nuevo cuarto y saludó. Su rostro adquirió una expresión de seriedad, tal vez un poco cómica.

Empezó a oírse en alguna parte un ruido de aguas lentas o de plegarias y cada cierto tiempo, intercalándose, un sollozo entrecortado. Nuestro desconocido se preguntaba si no estaría soñando.

Pero Videla empujó la puerta y mostró.

Un hombre con una bata roja, cuyo rostro trataba de sonreír, se adelantó un paso dentro del cuarto.

Este es el hombre al cual se le escapa la mujer.

El hombre de la bata, de un portazo, cerró. Videla dió un salto.

—¡Eh!, señor mío, ¿es que acaso no soy vuestro traductor?

El corredor se extendía hasta un farolito endeble. Sobre una puerta estaba colocada una tarjeta que decía:

Señor Videla.

Pero fué nuestro desconocido el que la abrió, el que entró y cerró por dentro con llave.

Miró su reloj. Eran las dos y un cuarto. Sin echar una mirada a la habitación se desplomó sobre el lecho y se durmió sin un sueño, pesadamente, inundándose de sudor y de dolor.

Una campana colgada de un árbol sonaba. Talán, talán. Entre las vueltas y revueltas sobre el lecho, haciendo esfuerzos por despertar, se le aparecía un pueblo de Infancia y una ciudad de campanas. Abrió los ojos. Estaba deshecho. La campana sonaba. De pronto, con espanto escuchó una voz femenina que se elevaba en un agudo canto largo.

—El téceeee... el téceee...

“Hora de once”, pensó. El grito salía del fondo de la barriga de una mujer, de las entrañas.

Con los ojos abiertos sobre el lecho, largo rato, descansando de su sueño. Una ventana se abría al escarpado paisaje de un cerro, con quiscos y malezas viajeras. ¡Cordillera!... Una rama de ciruelo sostenida, apuntalada por un cordel, cruzaba el espacio de la ventana. Había manzanillones y suspiros. Ni un olor, de tanta vegetación extraña, era perceptible. El aire seco y el cielo triunfaban. Y el cielo, como el agua, no tiene olor.

Raros ruidos en el cuarto del lado. La campana sonaba aún en su imaginación. Salió.

El comedor.

La Gran Ventana.

El cerro. La Montaña. Las cuatro y media de la tarde. El sol preciso sobre el monte inmenso, a dos centímetros, dejaba caer su luz vertical y eterna. Era la más grandiosa fiesta de la Luz. Y por consiguiente de la sombra. Luz y Sombra en esa divina montaña, en un combate de epopeya gigante. El más maravilloso respeto en la lucha de la Sombra y de la Luz. Y la Montaña Divina, creciendo en el combate, en el juego de luz y sombra, en ese soberbio amor del día, a esa hora justa en que el día llega al paraxoismo violento y terrible de su amor.

La Cordillera Santa. La Cordillera como un santo, con sus aureolas de luz y sus totales abismos de sombras. Ahí estaban sus gigantes vestidos de plomo, sus inefables silencios y humildades. Su pueblo lento, en espera.

El, el desconocido, nuestro desconocido, cayó de rodillas frente a los ventanales. Pero los demás ni siquiera lo miraron, agachaban el busto sobre el té, sobre la mantequilla, dando, de un extraño modo, la espalda hacia la Montaña.

La luz rebotaba, saltaba, daba botes, multiplicaba en sensuales formas las alturas, borraba los detalles, creando mórbidos planos, sobre la tierra y la hora completamente femeninas.

Videla, muy rojo, lo tomó de un hombro y lo levantó.

—Siéntese... Esto es vulgar, ¿entiende?, vulgar. A todos...

El se llevó la taza a la boca.

—A todos... En un comienzo, igual. Mire ahora usted.

Señalaba el comedor.

—¿Y el soldado?

Junto a las ventanas, en una mesa, tomó asiento una

mujer alta, con piel cálida y cansada, con brazos de una blancura sorda.

—¡Aquí está! Mírela. ¡Ella es! La que se arranca...
El señor la miró.

La mujer dió también la espalda a la montaña. Miró a todos lados, se frotó los brazos, y, cuando entró el hombre de la bata, con sus dedos largos soltó el escote y descubrió sus senos. El hombre bajó la vista, se colocó al frente, la ocultó a los ojos, mientras ella se transportaba en un físico y anormal éxtasis religioso.

—Anteayer ella escapó. Huyó. Quiere salvarlo. El cuerpo de ella es la muerte de él. Y él lo sabe. Pero, según tengo entendido, prefiere beber la muerte en esas dos maravillosas fuentes de Dios; porque la persigue, la encuentra y la vuelve por aquí.

Guiñaba un ojo y hablaba en alta voz., para todos.
El hombre de la bata no volvía la cabeza.

Esa noche no bajó a comer. Tendido sobre su lecho, pensaba: "Ese hombre de llado duerme y reiosa a todas horas sobre su mujer. De este modo la vigila, para que no huya".

Abajo, en el comedor, el auténtico Videla se levantó de su silla, se colocó en el medio del cuarto y con voz solemne dijo:

—Yo, señores, soy vuestro traductor.
Entonces, lo mataron.

Momentos antes, Videla, aun vivo, quiso hablar del hombre de la bata. Pero éste lo miró fijo a los ojos y el charlatán quedó en silencio y se comió su propia voz.

Ahora era la noche.

Apenas dormido el señor empezó a sentir esa sensación asimétrica de las pesadillas, de las noches malas, en plena inanición del cuerpo. Su alma desprendida hacía eclosión en una tierra roma, donde se caía verticalmente y huía, caminando de lado. El delirio de su alma lo afie-

braba en el cuerpo dormido. Una fuente, por ejemplo, unos baños calientes en la montaña. Es de noche y la tierra es fría. Su alma le dice: "Duerme dentro de los baños". Su cuerpo reposa en el agua. Empieza a fallar el corazón. No siente. Se sume. Hace inmersión en el profundo mundo del agua y de la inconsciencia. Va muriendo. Su conciencia de algún modo sabe que la cabeza está abajo del agua, que se ahoga; pero a pesar de todo esfuerzo no puede retornar o despertar. Entonces, obsecado por lo oscuro, en ese total dominio de lo inconsciente, un mandato, que no es de la razón, que es alguna penosa conservación vital, emerge, sube lentamente, con parsimonia y seguridad. Y el cuerpo salta, se levanta fuera del agua.

El señor, sentado sobre la cama, descubre que está despierto: que ha despertado. Por la ventana hay una luna amarga y la rama del ciruelo, muda; pero como si hubiera estado diciendo algo.

El señor descubre que está aterrado. Un miedo presente y grande se ha parado en el centro de su cuarto, rebosando de su alma, que tiembla como un pobre pajarito enfermo. Es ese miedo que azota al hombre sólo en las grandes edades de su vida, como el más poderoso y desconocido viento geográfico. Es ese pavor indecible que pone al hombre, por una vez en su vida, en contacto con lo más íntimo y sólido de la existencia.

Entonces se sabe qué débil, delgado e inseguro es el origen.

¿Quién dirigía su vida? En medio del aire, superiores manos crecían hasta su garganta. La bombilla, prendida ahora, se balanceaba, daba tumbos, el camarote giraba. Las cuatro paredes tienen una palabra que decir.

Y todo calla, sin embargo, todo calla. Los cuadros son seres vivos, que salen de sus marcos, alguien podría gritar con una voz apagada hasta matar. Los muertos, que no han muerto, están vivos en sus tumbas, sus cuerpos tibios y palpables a nuestro lado.

—¿Quién dirige mi vida?

El señor siente que alguien dirige sus actos, que su vida la piensa alguien. **Que hay un ser enamorado de él.** Y el terror lo deja trémulo, sin conocimiento. Alerta.

El señor cierra los ojos. Ya no hay luna. Descubre que la ventana está cerrada. Descansa.

Pero alguien lo mira, alguien lo observa en su sueño. Abre los ojos. El postigo de la puerta a la pieza del lado está abierto. Agudiza la vista. Horror. ¿Qué hay ahí? Es el rostro de un hombre, con unos ojos fijos y grandes, que el señor reconoce.

Enciende la luz y la ventana se cierra rápidamente. Se levata. Se pasea por la pieza. Oye al lado un ruido de cálidas palabras. Un susurro femenino. Una espada de luz fina, como si contemplaran por la rendija, a sombra oculta de unos ojos. ¡Ay! Matar con una daga de luz.

Toma un matamoscas y golpea sobre el muro, para fingir indiferencia en esa noche de pesadilla.

Alguien golpea al lado, también con un matamoscas.

Apenas asomó el sol se levantó. Salió al jardín.

Entonces por un sendero se acercó el hombre de la bata.

Tenía voz de pito.

—Yo era señor. Yo mismo.

—Me ha hecho usted sufrir.

—Yo, con mi bata, yo mismo. Tenía miedo de usted y quería saber qué hacía.

—¿Con qué derecho?

El hombre bajó la cabeza. Miró la hierba verde. Acarició las hortensias que crecían celestes.

—Yo voy a morir. Mi mujer se ha escapado anoche, mientras yo miraba por el vidrio.

Sonó la campana del desayuno. La voz femenina gritó la merienda.

—El desayuuuuno...

En la mesa, el hombre de la bata permaneció solo.

Contemplando con mirada vaga de animal el cerro en la luz alegre de la mañana.

Qué absurdo todo ahora.

Luego el desconocido vino a almorzar.

La mesa del hombre de la bata estaba vacía.

Se fué a su pieza por el comedor. Abrió. Debajo del catre había una mujer. La levantó de los hombros. La remeció. Quedó con los rosados hombros desnudos.

—Suélteme, yo no quiero acostarme con usted.

—¿Quién te dice eso...? ¿Qué hacías?

—Comía varillas.

—¿Cuáles?

—Cuando el cuerpo de un hombre duerme caen unas varillas debajo de la cama, que son tiesas. Si una las come anda derecha y puede vivir así largos años, pues la muerte se produce porque el cuerpo se va doblando hacia la tierra.

La muchacha se soltó y huyó.

Las horas empezaron a pasar, hasta que llegó esa última noche.

Nuestro desconocido bajó al comedor. Tomó asiento. Estaba solo. Todos sus compañeros de viaje habían desaparecido.

El hombre de la bata entró con su mujer de la mano. Empezaron a servirle la comida. El hombre sólo comía. Le servían platos en cantidades fantásticas. Ella, la mujer, casi desnuda, permanecía con la cara entre las manos, como orando.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombre alto y moreno, que en medio del comedor, empezó a hablar con una palabra apasionada de la Flor de una Hora de Luz.

Dijo que su suave existencia vivía en las solas cumbres de las montañas, que su camino era difícil y valiente, que sólo la lograban la disciplina y la redención, que era un diminuto dios terrible, que ponía azules a los hombres, de fuerza y de vida. Que era la Vida. Que estaba en la cima de nuestra montaña y de la propia vida de cada cual.

Que era el Valle del Reposo, al que se llegaba por el Sendero de los Siete Esfuerzos, o el Camino de los Siete Trabajos.

La mujer temblaba en su carne sorda y familiar.

Esa noche fué nuestro desconocido el que miró a la pieza del lado, porque sintió el ruido de la sangre. Luego la vió correr por debajo del muro, atravesar, como dios, con su consistencia resbalosa, puertas y murallas.

Miró.

Ahí, en el suelo, rodeado de su sangre enferma, el hombre de la bata. Muerto. Asesinado por su mujer, que cayó de una lámpara.

Y ella, ahí, debajo de la luz eléctrica, con el rostro erguido, maravilloso, de perfil, hacia la luz, recibéndola en la cara, en los ojos, bebiéndosela.

Al amanecer, recostado, tuvo su último Gran Sueño.

El monte enorme y soberbio, en una grabación de luz, el monte de alas, rodeado de alas por todas partes, como en una ascensión profundamente varonil.

III

El desconocido se calzaba sus últimos zapatos. Luego estiró su mano blanca y partió.

Partió.

El terreno ascendía hacia la luz.

El cielo claro, siempre azul y seco, que amanecía en un alba imposible de detener. El amanecer empezaba en un punto inubicable y se extendía sin volumen, sin consistencia, con una salud — o con una alegría — intrínseca.

La realidad más diminuta, pero no más grandiosa ni más real, de los cerros se constituía. El espino, el cactus de la planicie, la maleza, el verde trepador.

Abajo, locales roturados, irrigados por un agua fina, deliciosa; hacia las alturas, campos leñeros. Es curioso, pe-

ro en la ascensión la vista no puede trepar independiente del cuerpo total, marcha junta al individuo, no avanza mucho más allá por su sola cuenta. Apenas si en la mente se sabe que a la vuelta de esa gran altura inmediata se extienden las majadas, donde las dulces ovejas en las noches de tempestad crían raíces en el suelo de sus finas patitas y no pueden ser abatidas por el todopoderoso viento de las alturas. Ahí, como raras plantas, crecen morenas muchachas descalcificadas; pero con una piedra en el centro del pecho, con los senos duros como piedras y que no poseen ni el concepto de las llanuras. Las viejas mujeres, que no lavan sus cuerpos, porque su carne arrugada se moja por una limpia corriente interna, que tienen fuertes manos cariñosas, mueren y transmiten su sabiduría hereditaria de "secretos de la naturaleza". Agua de durazno, agua del burro, agua de coca, bosta de caballo. Y la sabiduría empírica, del centro de la tierra, sana al hombre de sus penosos males.

Cuando se ha pasado el primer monte y la vista se pierde en las anfractuosidades de la tierra, entonces la mente flaquea, pierde por siempre su pasado registro. Todo es igual. Nace la seguridad de perderse. Y desde adentro del pecho remece un grito destemplado y largo y una exultante alegría, imposible de detener, vieja como las rocas y las lavas estratificadas, nos abate el alma hasta morir. Porque se sabe que en cada caverna se encontrará un amigo.

Aun los ojos del baqueano contemplan con ingenua curiosidad algunas mañanas los senderos trosegados. Es que anoche la Lola caminó llorando y llamando con una caliente voz plañidera.—Algún espíritu malo estuvo jugando a la baraja con los senderos.

Desde que nuestro desconocido señor se alejó del pueblo, empezó nuevamente a escuchar el coro de toses que poco a poco ascendía hasta hacerse endiablado y presente en todo lugar. Vió a la montaña extender los brazos por el espacio, agarrarse a los ríos y toser hasta vomitar negros

girones de pecho. Percibía su fiebre extendiéndose como un mar subterráneo, quebrando las superficies, con dolor.

Mientras él estuvo en el pueblo había dejado de oír todo esto, como el ruido del agua junto a una cascada.

Ahora.

El quillay, el maqui, la ñipa, derrotados en sus violentos olores, en sus emanaciones, por la vacía presencia de los cielos. Es en las noches cuando la Montaña danza su violenta orgía de olores. El hombre pierde el control de sus actividades y las venas se desmayan de placer.

Un estero y otra hilera de álamos raquíticos. El señor subía a pie. Los pasos le repercutían en el centro del estómago, la tierra lo tiraba hacia su superficie. Se resistía. La gravitación. La resistencia. La fuerza de gravedad. La terrible presencia de la tierra. Las manchas verdes de los cerros, como pelos, como felpas.

Habría de llegar a ese cajón — llegar —, donde se cumplirían los siete esfuerzos. En este momento todo estaba cerrado por las montañas, como adentro de una pieza. El silencio. La soledad. Cuatro montañas: cuatro murallas. Abajo un hilo de agua, que corría en un silencio de sueño. Aquí, el agua. Muy cerca.

Dió tres pasos más hacia la luz. Hacia la luz. Sus propios pasos le iban matando el corazón.

Una pierna adelante, la otra atrás. Un brazo dando vueltas en el vacío. La palidez mortal, cayéndose al suelo por los pies, como una mancha de leche con dedos y uñas. El brazo se agitaba para conseguir la defensa.

La Tierra, la Tierra, con su fuerza inmensa de atracción. Las horizontales fajas de plata de los cerros. Las fajas. Los farellones con sus cumbres chatas y mordidas. ¡La Tierra!

Y esta pieza de cuatro paredes, con su bello verde, con sus diminutas piedras esporádicas, sujetándose como en un delirio vertical, con su hilo de agua lenta como un sueño.

Una pierna atrás, otra adelante, los dos brazos extendidos.

—¿Quién eres?

—¿No me conoces? Pues yo te conozco. Soy la fugitiva.

—Ah, tú, la asesina, la que mató al hombre de la bata... Tú también...

El desconocido se desplomó. Ella, destrozada, casi desnuda, se hincó.

—Mira.

Pasó sus manos negras por sus muslos, acariciándolos hasta su sexo.

—Mira: cansadas y ardientes. ¡Renace!

El antiguo señor Videla, extendió la cabeza hacia atrás para morir.

—Te falta un solo trabajo, camarada, te llevaré afirmado en mi hombro.

Su desconocido corazón tendió dos alas hacia el espacio.

—¿No me adivinaste tú a mí? Yo huía. Mi vida incompleta ha sido un sueño. En mi cuerpo, desde niña, descubrí las posibilidades regocijantes de la salud. Pero la vida se encarga de hacernos penar entre cadáveres. Las posibilidades violentas de la alegría natural. Curvar mi cuerpo desnudo sobre un prado o un catre y alegrarme, sin deseo aun, de la forma maliciosa del sexo masculino. Saber morder. Poder curvarme, sin vergüenza hasta mis propios dedos. Yo huía y él me encontraba, montando mulas caprichosas. Un día, en mi carrera estuve a punto de lograr el séptimo esfuerzo, donde él no me habría podido alcanzar. Huía. Porque aquello que debe dar la vida, daba la muerte... mis labios, mis piernas, mis brazos, eran su muerte...

Qué suave es morir conociendo el contacto físico, más aun, humano, de una mano de mujer, que no puede ayudar — y que después de todo ayuda —, sobre la frente.

—Ayúdame, pon tu mano en mi frente, como si fuera un niño.

—Sí. Mas, por lo otro, camarada, sólo podemos hacer

un juego de posta, yo llevaré tu nombre solamente; no puedo ayudarte, porque yo misma necesito ayuda.

Entonces desde la cumbre de una de las altas murallas se produjo un rodado, que descendía con ruido de avalancha.

—Son nuestros nombres — dijo ella levantando la cabeza hacia las cumbres —, nuestros nombres que bajan desde la Montaña. Porque nuestro esfuerzo nos ha dado derecho a un nombre.

La avalancha se detuvo a sus propias plantas. Dos nombres quedaron tendidos a sus pies.

El extendió una mano.

—¿A ver?

Ella los cogió.

—¡Aníbal!

—¡Ana!

La Tierra, la Tierra profunda, la Fiebre. Se sumergía por los pies. Qué fuerte tiraba hacia el centro. Se sumían las caderas, los hombros, la frente, la respiración...

Aníbal murió. Ana cerró sus ojos. Sobre sus párpados cayó el cuarto pétalo de la Flor de una Hora de Luz.

Ana siguió girando por las paredes verticales y frías, ascendiendo hacia el sol duro y blanco.

Ana había sido niña. Ana había creído amar. Nuestra Ana.

Subía, subía hacia las cumbres. Desde un comienzo ha sido la principal heroína de este cuento. Arriba, en la cumbre, había una bandera y un hombre.

Era el hombre moreno que había hablado en el comedor, con tanta pasión, de la Flor de una Hora de Luz. El verdadero asesino. El culpable de todo.

—Ven — le dijo, golpeándose el pecho —, aquí, para ti, está el Valle del Reposo y la flor de una Hora de Luz.

Héctor Barreto

Hector Berlioz

Rito a Narciso

Era un extraordinario modo de egolatría; una incomprendible posición de rebelde; un mañoso amor a sí mismo. Es difícil decir si su actitud nacía de su sangre, de su carne, de su arboladura animal, o si fué algo que él mismo quiso alimentar en provecho de su color; una forma de perversion mental que alentaba.

Yo quisiera hablar de él desapasionadamente; enumerando simplemente las cosas; diciendo lo que él dijo; olvidando detalles; reviviendo palabras suyas, despreocupadamente...

Oficio

"Es tan dulce el amarse en el fondo de un espejo. Contemplarse paciente, escrupulosamente. Y recorrer los episodios de nuestro rostro. Sorber la vieja imagen amable, a mareas novedosas. Ir olvidando, borrando lentamente, a medida que los sentidos se pegan al cristal, esos asuntos cansados y aturridos del polvo cotidiano. Y que el mundo decreciendo, reste a nuestra estricta unidad, a nuestra brillante imagen, acontecida en centro puro de emoción".

"Extrañado de todo recuerdo, quererse. Libre de todo amor ajeno a la íntima complexión: Amarse. Amarse en el rostro; en cualquier gesto furtivo; en el más ínfimo detalle de esa imagen, fiel a toda emoción propia..."

Se hablaba a sí mismo. Conversaba horas largas con su imagen. "Es tan dulce oírse y verse...". El se hablaba,

atendía su propia voz, escuchaba sus respuestas desde el fondo del cristal. Esas respuestas, flotando en su rostro, bailando pequeños e imperceptibles gestos, viviendo silenciosas por misteriosos caminos enlutados...

La voz y el manto

Aquel día vistióse de todas sus ropas. Se vió ataviado de todo lo suyo y lo extranjero. Se gozó en él bajo diferentes aspectos, pero procurando no perderse de sí. Se persiguió en él, en el color de sus corbatas y de sus trajes; se persiguió más, siguiendo, besando, sus huellas a través de montes y llanuras, a través de caminos de todos los colores; sobre los recuerdos de todas las piedras...

Con trajes que hablaban otras lenguas, bordados de dragones enrojecidos, se sentó frente al espejo, en actitud particularmente frágil, con uñas largas y piernas de oriental, llevando un pesado turbante, vestido de telas imperiales, cargando un regio alfanje y adoptando un gesto propio alegró su magnífica altanería; y, aún, poseído de un frenesí sacrílego, imitando la estampa del dios de piernas cruzadas y vientre desnudo que se adora en Oriente, se rindió fervoroso culto durante largo tiempo, confirmando su imagen en un cristal de luna vieja.

Otras veces se gozó en oír su voz. En escucharse largamente a sí mismo. Algo así como un redescubrimiento del eco le produjo alegrías infantiles.

Lanzó su voz en sitios especiales y experimentó una voluptuosidad desmayada al escuchar las sílabas últimas, lejanas y misteriosas.

Sentado en medio de una verdadera galería de retratos suyos, pronunció largos discursos sobre temas extraños, mientras se contemplaba en todas las poses, y moldeando las palabras, con lengua y paladar, para soltarlas con una forma y constitución predeterminadas.

Era una forma suya, preciosa, de regalar el oído y de quererse.

El gesto aparte

"Toda acción debe contribuir a integrarnos y a separarnos de lo externo. Toda cosa debe sacrificarse a nuestra imagen. Podemos dejar olvidado en lo que toquemos el sello de nuestro dedo, el porte de nuestra planta en cualquier suelo; dar nuestro carácter, saturar todos los vientos; pero jamás arrastrar consigo, aun insensiblemente, algo extraño, externo a nuestro nombre".

Vivía así, para su altar, a su alrededor. Se amaba y se agasajaba. Era salamero en su culto. Se observaba escrupulosamente. Era el alevoso espía de sus arrugas que tanto quería. El compañero de sus veladas en que nutría fantasmas. El sacerdote de su espejo; siempre oficiando, incansablemente. Su rostro parecía haber adquirido cierta sonoridad peregrina. Jamás traicionó su estampa; la hallaba más bella que toda obra de arte; más perfecta que un número o una palabra, más fuerte que el silencio, más dulce que la danza.

Olvidió los libros de sangre y alcuernia, borró a sus parientes, en honor a su individualidad.

Así, de esto, de mirarse y amarse, crecía y vivía en orgullo su vida y él mismo.

¿Qué cosa podría haberlo turbado, qué accidente, si caminaba de manera tan portentosa? Viviendo así, desatendiendo, desestimando todo hecho externo, ningún fenómeno tendría suficiente fuerza para hacerse vivo en su presencia, o alterarlo.

Pero era cuidadoso de las aventuras en su persona, aun las más leves. Era excesivamente susceptible para sí. Y un imperceptible detalle podía herirlo profundo a veces, una luz mínima. Y vino una vez algo horrible, sorpresivo, deprimente, aterrador para él.

Una tarde se inclinaba sobre el espejo; curvado, semejante al tallo de cierta flor blanca y contemplativa...

Hacía ya mucho tiempo que se miraba, mucho tiempo. Estaba inquieto y no había por qué. Buscaba la causa. Había descubierto algo—naturalmente en su rostro—, pero no sabía qué era, no conocía ni su especie ni su substancia. Sin embargo, estaba alterado, se preocupaba. Buscaba atentamente, esforzándose por descubrir qué origen tenía aquello que había visto, pero que aun no podía interpretar, ni recordar. Porque sabía sí, comprendía que era cosa de recordar. Y buscaba. — Pero de pronto vino a rodearlo un coro de optimismo. — “¿Qué importaba?” — ¿Por qué darle tanto valor a aquello? — Ya recordaría—.

Y sonrió.

Sonrió leve. Apenas se entreabrieron sus labios. Se vió sonreír en el fondo del cristal; su cara y su risa. Y entonces, desesperadamente, se aferró a un recuerdo que surgía... No logró conseguir nada de inmediato. Pero lento, con suavidad, como si avanzara navegando por la fotografía interior e ideal, desde lo profundo de la faz, desde aquello que oculta la piel, lentamente, vino algo nítido, que crecía al acercarse a sus ojos, hasta hacerse horriblemente claro, doloroso de reconocer. E interpretó.

Algo de un ser extraño se había quedado pegado a la comisura de sus labios: Como un sello trágico. Aquella sonrisa ya no era suya; no era ya perfectamente suya. Tenía algo de otra persona extraña a él. En otro quizás hubiera hecho sonreír un hecho así. Pero en él..., ¿cómo podía verse de algo extraño a su sagrada integridad, cómo pasar influencia tan amarga? Y aquel ser y aquella risa no lo habían impresionado tanto como para..., o tal vez recordó después el rostro y la risa o le parecieron bien quizás... De todos modos aquello lo ofuscaba, lo hería, lo amenazaba. Pues, ganaba su dulce y amada integridad...

Y profundamente emocionado abandonó el rostro entre sus manos, alicaído, lánguido.

Introducción al mareo

Algunos huyen de una aventura amarga, de un duro episodio, retornando a su piel, replegándose en sí mismos. Es un modo de huir.

El no podría hallar ni siquiera esto, quizás. ¡Tanto vivía en él! ¿Cómo poder internarse aun más adentro de su silueta? Pero, sin embargo, aquel extraño y extranjero gesto debió penetrar por alguna parte; algún inadvertible paso que desestimó o dejó olvidado. Comprendió, al buscar, la fácil claraboya por donde ese aire ansioso — gesto intruso — penetró turbador a desarticular su ritmo cotidiano.

Y así, exactamente como algunos, retornó a su marco estricto, huyó hacia él, quedando, ahora sí, perfectamente en sí mismo y consigo mismo; cerró esa ventana que se abría hacia una noche que no era su noche.

Y comenzó de nuevo la perniciosa y voluptuosa búsqueda de su amada persona. Ahora más minuciosa y asiduamente que antes, ahora seguro de estar perfectamente ajeno a toda luz que no irradie su propia imagen; presintiendo su próxima y absoluta separación de todo paisaje impropio; sintiendo, alegre, que el mundo comienza y muere en él mismo.

Inclinado. Como la flor blanca, sintió ya un amor por su dulce medalla que no era puramente estético. Quizás su aislamiento lo condujo a tanto. Enamorado, dulcemente enamorado, de esa imagen cotidiana, intangible en el cristal, adelantó hasta producirse crispaciones en los dedos, temblores en las manos; hasta llegar a experimentar un amor violento, desesperado, sexual, por sí mismo, por su rostro.

Inclinábase. Afectado, lento, exageradamente amable, dulce sobre las duras aguas. Y más allá de las aguas transparentes, persiguiendo las otras, más profundas, peregrinas, amadas.

Buscaba, no sabía qué. Quizás lo secreto en su ser; lo

que nunca se nos revela, lo que va a decir algo en el fondo de nuestros ojos, lo que, al mirarlos mucho, comienza a acercarse lento desde dentro, y que ya próximo a aparecer enmudece, siempre.

Y avanzaba más — sin evitarlo — por derroteros complejos y erizados. Una fuerza cuyo origen desconocía lo empujaba al mirarse, lento, pero con violencia palpitante, hacia su propio rostro: Los ojos acariciando con sedosos flúidos, los labios besando, uniéndose ardorosos a la efigie helada, en cálidas y húmedas corrientes.

Así llegó a amarse; no podía huirlo; no lo quería tampoco; se hallaba y se pertenecía. Alentaba el culto, lo complicaba a sabiendas, a riesgo propio, ansioso. Sólo aceptaba el Sueño, que estaba en él, y el Ensueño, en los libros; ambas cosas como ofrendas, como sacrificios a su altar que comenzaba a cambiar de color; su altar que crecía deshonesto, impropio, agresivo y hereje.

El retrato

Aun continuaba estrechándose y viviendo hacia sus más tibias interioridades.

“He surgido de lo hondo de mí mismo tantas veces, cada vez nuevo, y siempre mi yo profundo, insondable, en ruta hacia mi esencia más pura, y a casi indiscutida; libre de toda escena humana asiento sobre mi inmensa humanidad, la mía, la que llevaba oculta, la grande, la misteriosa; tras ese mundo que se abre, que hallo dentro de mí y en el que nada hace ausencia. ¿Qué puedo desear? Mi propia ternura se vacía dentro de mí mismo y nada se pierde; mi amor más rojo y eficaz entibia él mismo mis venas, y me cruzan mis propios brazos”.

“He perseguido mi imagen, mi color, y el olor de mi propio cuerpo me enerva. He aquí el hombre poblado de sueños, lleno de empresas recorridas sobre sus propios afec-

tos, sobre su temperatura y el alcance de sus propios miembros. Todo el amor humano no podría bastarle y aún, el suyo no le bastía. Digo yo: ¿Qué es el amor? Y el amor comienza y muere en mí. Está mi imagen en mis retratos, en mis manos, en todos mis movimientos, en las aguas de mis cristales. Todo mi calor sobre mi espejo, todo mi amor sobre el rostro. He amado mi cuerpo y he perseguido mi alma. Hoy mi ardor reposa todo sobre mi sangre; mi cuerpo se basta a sí mismo. El amor nace en mí y se adormece dulcemente sobre mi pecho...".

"He buscado mi alma y hoy la he visto clara; siento su tibieza y su hálito que me envuelve y palpita dentro de mi pecho, que se pega a mis párpados, cerrándolos dulcemente, haciéndolos ver todo, a través del cristal claro, amado".

Y así prolongaba y retocaba indefinidamente su vida y su admirable culto. El rito se extendía sin salir de él mismo, se hacía más complejo cada día. Su amaneramiento, su cariño para sí, habían llegado a ser sutiles. Sus modales fluídos, sus palabras volaban silenciosas e iban a colocarse en torno a su rostro, como formando una cuerda de amor preconcebida y dulce.

"...entre losas viejas, olores marchitos, nombres de ausentes. Quizás. Era una idea muchos años antes de tí, o una palabra vagando sola que se llegó hasta un artista. Una palabra vagabunda o una sombra, o tú sombra. Pero, ¿es qué un hombre, la idea, la sombra, una palabra...?"

Todo cuanto miraba o tocaba lo llenaba de él mismo. El paisaje lo transformaba, despersonalizándolo, incorporándolo a sí mismo.

Amándose tan particular y exclusivamente siempre, se desprendía ya de él una fuerza arrolladora, inevitable, que todo lo cubría, despojando a las cosas de su naturaleza y subsistiendo sólo la presencia de él, enormemente vasta, deslumbradora y como constituyendo la única realidad.

Ahora sí podía estar perfectamente feliz. Era ya imposible aproximarse aún más a sí mismo. Feliz, alegre; era casi tan feliz como pudo ser el Mito mismo o la Flor Blanca.

.....

Pero su universo no estaba del todo cerrado al exterior. Aun quedaba algo de extraño en el tiempo, algo que no se había preocupado de romper por no contarle siquiera. Su universo no llenaba completamente al otro, ni era más fuerte.

Y así, una sombra pálida comenzó a alzarse cobrando color, lentamente, desde lo desamparado, o mejor, a reincorporarse dentro del tiempo desestimado. Y, desde muy lejos, desde otro suelo, se llegó hasta él, sobre pies ajenos, en el tradicional traje blanco, una noticia

Aquella presencia no alteraba nada en realidad pura, solamente inquietaba un poco sí...

Un amigo, al que ya no oía hablar, le comunicaba algo que lo impresionó fuertemente. Le decía haber hallado en un anticuario un retrato siglo XVI, "que podía ser el tuyo propio".

Pensó que aquello no podía ser verdad o, por lo menos, él no quería que lo fuera. Cómo un hombre pudo haber tenido su rostro; aun en el siglo XVI. No debía ser verdad. Y de serlo significaría su completa destrucción, una desintegración violenta, sorpresiva.

Por qué venía esto a romper su felicidad en el preciso instante en que la lograba.

Debió haberse extraviado la carta. Cuánto mejor habría sido. Y si no, ¿qué habría ganado con vivir engañado, creyendo en su integridad absoluta? Habría sido mísero todo. Pero siempre, cuánto mejor sería que no existiese el retrato, o siquiera, que no se le asemejara. Su amigo podía estar equivocado, felizmente equivocado. Y podía ser, ¡la gente ofrece a veces juicios tan estúpidos!

Pronto tendría ocasión de verlo todo y comprender. El retrato debía venir ya hacia él; la carta lo anunciaba así.

Inevitablemente debía verlo. La duda sería dura. Empañaría sus espejos.

Y esperó.

La duda es cosa que produce un frío largo y denso y un calor febril en las sienes, que altera la garganta.

El sintió eso exactamente, hasta una tarde... Estaba frente a su escritorio, echado atrás en la silla muelle. Se miraba en un pequeño espejo de bolsillo. Sintió pasos y un golpecito tímido a la puerta.

—Adelante.

Entró un criado con un objeto horroroso. “Eso”. Lo que temía y deseaba ver llegar.

El criado caminó en semicírculo y dijo:

—¿Aquí, señor?—y señalaba una mesa baja.

El había girado sobre su eje, siguiendo el cuadro con los ojos.

—Allí—asintió sordo.

El hombre salió inmediatamente. El se quedó rígido, con la vista clavada en el rectángulo cubierto.

Permaneció así mucho tiempo como un material duro e insensible, pero roído por mil sensaciones. Después comenzó a abandonar lento la cabeza, librándola hacia atrás; y calló al sueño casi súbitamente...

Nos impresionan de maneras tan diversas las cosas, a él...

Desde allí, por las noches y a toda hora tenía ante sí la imagen angulosa del cuadro. Era como un amargo sello en la frente. Como un fantasma tristemente abnegado en las pupilas. Le torturaba y el deseo de descubrirlo le roía eficazmente. Sabía que sería un fenómeno definitivo y temía. Temía y deseaba. Aquel estado de duda y tortura lo desmoronaba interiormente, lo rendía. Vagaba sobre sus espejos, de uno en otro, como un aventurero ciego y hastiado. Abandonaba su imagen a ellos, y vergonzoso de su rostro, desestimándose casi; agarrotábanse sus actitudes, muriendo agotadas de tragedia.

Y aun trató de mantenerse: pero aquel trazo intermedio, aquella laguna extraña, insostenible ya, sin virtud a su encanto, enemiga de su traje, la derrotadora de sus ojos, debía irse a todo precio, impelírsele en humos huidizos hacia lo muerto, o su vapor de tedio lo alcanzaría, perdiéndolo.

“He tratado desesperadamente de huir y no he logrado. Veo perderse mis pupilas en no sé qué sombras. He de recuperarme; he de afirmar mi imagen con un gesto, ¡y que huya lo extraño que quiso incluirse a mi sombra! Será un gesto... y lograré de nuevo mi rostro, lo amaré de nuevo sintiéndolo mío, me cubriré de mi manto único, imperecedero”.

Y una tarde, lleno de un fuego de optimismo súbito, se decidió, después de interpretar largamente el suceso.

Con cuidado preconcebido transportó en sus propios brazos el cuadro hasta un gabinete privado. Se aislaba. Cerró silencioso las puertas. Dejó la pintura aun cubierta, acostada sobre una mesa. Era así como quería descubrirla y verla.

Pensó un instante en los momentos que vivía. En lo que aquel episodio significaba para él, para su vida, para su espejo. Se detuvo un segundo en un punto de la pieza, sus labios hicieron un gesto inexplicable.

Después fué hacia un espejo y se contempló con un rostro cariñoso, pero extraño. La mirada era intensa, casi interrogadora, o anhelante.

Había dado media vuelta, y anduvo lento, pero decidido, hasta la mesa, que asumía ahora un carácter extraordinario.

Tomó el marco con las dos manos. Quería descubrirlo sin mirar, rasgar la tela repentinamente, para así, después, ver por completo y de una sola mirada, en un instante. Pasó un dedo sobre la cobertura recorriendo el centro del cuadro y sintió un escalofrío prolongado. Dirigió la vista hacia una lámpara alta, pensó un instante que era una luz muy bella la que ofrecía, y rasgó súbitamente.

Aun permaneció unos segundos contemplando la lámpara y después, por el contrario de lo que había decidido, fué bajando con lentitud la cabeza, con mucha lentitud, hasta alcanzar su vista al cuadro.

Allí permaneció con la cabeza baja, casi pegada a la pintura. El cuerpo inmóvil completamente, mientras dentro de él, en su región más íntima y sensible, se chocaban dos

mundos enemigos, despertándose una tempesta! clamorosa, certera, rotunda y despiadada, destruidora y ciega.

Pero continuaba correctamente fijo, y fué cuando un estremecimiento inesperado y brusco recorrió todo su cuerpo, que comenzó a erguirse. Parecía hacerlo con esfuerzo, trabajosamente. Y una vez que ya estuvo del todo rígido, derecho, pudo verse su cara que no se le parecía, que no era precisamente la suya, podría decirse; era como si hubiera arrastrado pegada a su rostro una máscara lamentable y ridícula, oprobiosa a su espíritu singular, inaceptable; era un rostro en derrota.

Con pasos torpes, arrastrando casi los pies, se dirigió, entonces, al cristal más próximo. Allí sus ojos cansados delataron algo profundamente desesperado, intenso y humano.

Después hubo un solo ademán. Se dió media vuelta y fué a abandonarse sobre una silla muelle. Sacó de un bolsillo un espejito pequeño montado en bella laca, lo limpió cuidadosamente, y se quedó mirando con una expresión perfectamente insípida en el rostro.

La ciudad enferma

Su último sueño había comenzado a desmejorar. Quiso volver. Alzó la mano, el índice hacia la niebla. Era su gesto habitual, rompió el velo.

Allí el disco, (maldito disco). Ya comprendió ayer que le cansaría. Pero, qué más daba; aquel era el día...; era lo mismo. No, no lo haría cambiar, sería ocioso, además, siempre estaría la ventana.

Pensó en el sueño, su último sueño; comprendió de repente su significado. Era lo mismo, ya lo sabía. No, no era lo mismo, era la confirmación del hecho. Aún no huía del todo del sueño. Estaba unido a él por las últimas telarañas.

De nuevo el disco. ¿Qué aspecto presentaría ahora la ciudad? Estaba clavada como cualquier otra; ¿era posible que el alma de sus habitantes la hubiera llevado tan lejos de su asiento en su horrorosa simbiosis con ella? Era un dolor real. Y pensar que era aquel el día indicado. En fin, por lo menos sería un espectáculo digno.

Quiso proporcionarse una sensación. Estaba a punto de cortar la gelatina; pero aún no, felizmente.

Si apretara el botón, la luz del sol asaltaría la alcoba, subiría pegándose a su lecho hasta él, le escalaría los sentidos... y el sueño estaba aún patente, ¡ah!, produciría en su alma un caos amargo. ¿Qué sería entonces? ¿Tal vez terror? Viviría su último día, el último día; bueno, siendo el suyo, era siempre el último.

Un brazo pálido planeó en la semioscuridad de la pieza. Apretó el botón. Vino la sensación, una dura sensación, sensación ártica. Ahora el disco era de luz. El era la causa del estado que lo revolvía, su luz o su color. La idea saltó

afuera por el círculo; quizás allá le esperaba el mismo sentimiento.

Deseó levantarse, era necesario ver la ciudad, su gente, y sobre todo iría a aquella casa. Era temprano demasiado aún; pero se iría lento, muy lento. La casa, el grupo, aquel grupo era el centro mismo de la ciudad. Sólo eran once. El era uno de ellos. El grupo era el alma de la ciudad. Qué cosas más extrañas se podían en su época. Comprendió que al pensar así se salía de su tiempo. El alma de la ciudad... ¡Ah! aquella ciudad tenía un alma. La sentían todos suspirar, alentar, latir; jadeaba ahora último. ¡Horroroso individuo! Inconscientemente le había ido transmitiendo cada uno su alma. Nadie pensaba como otro y, sin embargo, sus almas se fueron fundiendo en una sola, todas. Era en verdad un gran dolor y un peligro. Nadie podía existir solo, de por sí, y era más, todos sus pecados se aglomeraban formando un solo bloque. Todos formaban el alma de la ciudad. Pero más que todos, un grupo, el grupo...

Ya la sensación ártica lo abandonaba casi.

Levantarse. Nuevamente el brazo pálido. Un botón... Cinco sombras penetraron al cuarto. Salieron pasado un rato largo. Ahora, permanecía de pie; un espejo en la mano; estaba al fin vestido. Contempló su rostro blanco. Era un blanco puro, como de algodón o leche. Sintió pena de verse, se amó al mirarse. Todo esto, a pesar que se encontraba perfectamente. Tiró el espejo. De alguna parte sacó una cajita muy pequeña. Ingirió de ella algo que lo hizo tornarse bruscamente más blanco. Sonrió. Buscó una de sus máscaras. Eligió la mejor; la que más le gustaba. Sabía él que el estilo de aquella máscara no era el último modelo, no estaba con la última moda. Era una innovación suya. Nadie tendría ahora tiempo de imitárselas.

Salió a la calle. Las gentes circulaban silenciosas. Sólo algunos borrachos conversaban entre sí haciendo gestos trágicos.

El caminaba lentamente. Estaba contemplativo. Observaba los menores detalles porque una idea fija le atenazaba; una idea común, ciudadana en aquel día.

De repente notó que era el objeto de la curiosidad general. Todos lo miraban con atención; él sabía por qué. Los demás llevaban sus máscaras convencionales, en cambio él...

Quiso recorrer la ciudad. Se internó por ciertos barrios. Le sobraba tiempo. Aquí algunos llevaban máscaras de ceremonia, máscaras dolorosas. Parecía como si las hubieran hecho especialmente para el día funesto. Aún había otros groseros, enloquecidos, con el rostro descubierto, en una desnudez asquerosa. Apuró el paso, se sintió molesto, experimentó repulsión. Huyó. Anduvo mucho hasta llegar a la Plaza Central.

Estaba rendido. Se sentó en un banco. Por primera vez había caminado a pie desde hacía muchos años; a pie como los primeros caminantes y como los últimos mendigos.

Descansaba desde hacía largo tiempo. Bullía la espesa idea en él. Le era difícil aceptarla así, de pleno. Fué a la Historia, caminando hacia los orígenes.

Olvidaba. Pero he aquí que comprendió de repente que ya sería la hora. De nuevo la idea. Entonces acertó. ¡Era la hora! Y una gran tranquilidad lo lavó.

No lo había advertido. Un grupo de gentes lo rodeaba. Cuando él los miró comenzaron a conversarle, a interrogarlo. No contestó. Se cerró más el círculo. Luego hablaron casi todos a la vez, atropelladamente. El permanecía siempre contemplándolos, mudo. Pronto los otros gesticularon y las voces se fueron haciendo más roncacas. Continuaban interrógándolo y hasta quizás le hacían cargos. Pero, él, en un momento dado, se irguió de improviso, los miró de uno en uno. Y les mostró sus manos. Entonces todos permanecieron en silencio. El se alejó a pasos pausados.

Atardecía. El sol rojo-tibio se pegaba como un perro a las casas y a las calles: las lamía. Era una luz molesta, deprimente. Los transeúntes pasaban lentos y silenciosos. El también iba encerrado en sí, preocupado. Llegó a la casa. Igual que siempre, permanecía cerrada.

Dentro estaban todos reunidos. Lo esperaban. Saludó y se acercó a ellos. Parecían preocupados. Tal vez lo esta-

ban. Alguien hizo la señal y se juntaron alrededor de la gran mesa. Discutieron. Terminaron por hablar desordenadamente. No había salida. No. La palabra estaba en el centro de la mesa horriblemente viva, destruyendo. Todos se miraron entre sí; los había helado la palabra; los consumía. Vino un gran silencio que los ahogaba, prolongándose.

De improviso se oyó una risa aguda. Lo tenían todos. alguien enloquecía tal vez, o tomaba una decisión. Se formó un pequeño grupo que acompañó al que reía. Después el grupo abandonó la sala siempre riendo entre dientes. Cuando salieron se les oyó afuera reír con fuerza. Volvieron pasado un rato. Parecían ebrios. Venían alegres. Con una alegría franca. Sólo los ojos les brillaban demasiado intensamente. Los otros se los quedaron observando. De improviso surgió un fatal contagio y los que observaban se arrancaron bruscamente las máscaras.

Fué trágico.

A él lo abordó una tristeza serena y cansada. Conservaba aún su máscara y retrocedió hasta un rincón.

Una mujer saltó bruscamente sobre un trípode. La cara desnuda. Comenzó a gritar y a gesticular arriba invitándolos al final, a la consumación. Era la posesión del vértigo de lo trágico, de lo fatal, o el deseo de hundirse.

Aceptaron. Bajó la mujer del trípode y comenzó frenéticamente a romper sus vestiduras. Los demás la exhortaban. Quedó desnuda y huyó a ocultarse detrás de la cortina. Un instante después la tela roja se descorrió bruscamente.

Allí estaba la mujer con el **gesto**.

La saludaron con una carcajada. A él se le escapó un grito.

Ya no quedaba nada que esperar.

Al oír el grito, todos se volvieron mirándolo con admiración. Estaban decididos; lo habían resuelto. Parecían sobreexcitados, inconscientes. Comenzaron a reír y lo imitaron. El no podía soportar y se acercó a la puerta. Los otros, al verlo, le entonaron la canción de los sepultureros, terminando de cantar ahogados por las carcajadas.

Aquello era espantoso. Quiso abrir la puerta y empezó a sentir entonces, dentro y fuera de él, un mujido sordo y, a la vez, un letargo profundo. Advirtió que los demás sentían lo mismo. Dejaron ya de reír, se quedaron mudos y cada uno ocupó una silla blanda.

Allí permanecieron inmóviles, con los ojos semicerrados, los párpados pesados. Los llamó. Ni le contestaron. Les gritó fuerte. Como toda respuesta lo miraban y sonreían levemente. Lo invitaron a sentarse. Comprendió. No había más que esperar.

Huyó.

En la calle todos tenían las mismas actitudes. También lo invitaban a imitarlos. Dejaría la ciudad. Contemplaría el final desde afuera. Aquello era la agonía, ulcero-sa agonía.

El sol moría en el ocaso con una lentitud sonámbula. Las gentes todas tenían la cara descubierta. Apuró el paso. Percibió el suelo blando; le parecía pisar sobre seres vivos, adiposos y tibios.

Sintió los pies pesados de huir. Todos lo miraban con ojos vidriosos y sonrisas idiotas, tendiéndole los brazos.

Desesperado, comenzó a correr. Lo único que deseaba era huir. Pasó rápidamente por frente a su casa y sintió una aprehensión en el corazón. Corría cada vez más rápido. Las hileras de casas huían vertiginosas a sus costados. Por fin llegó a las afueras. Divisó una prominencia del terreno a unos cuantos metros. Aquello sería su palco.

Era la antigua piedra blanca patriarcal que quedaba a la orilla de la ciudad. Estaba exhausto y se sentó sobre la roca.

Entonces se apoderó de él un letargo suave. Sintió los párpados pesados. Era aquello... igual que todo. Comprendió. Estaba incapaz de moverse. No lo deseaba tampoco desde que se sentó. Miró la ciudad. Densas nubes comenzaban a rodearla. Letargo. La sensación era como la introducción al sueño. Sueño. Dejó caer los pesados párpados. Desde la ciudad llegaban hasta él unas voces que lo llamaban todavía por su nombre, debilitadas, febles...

El pasajero del Sueño

Es tan difícil decir qué es lo que hay de más valor en la vida... Los modos de ser son muchos...

Para Aliro no existía ninguno. Jamás logró interesarle una actitud real, y la verdad es que toda su vida fué un sueño ininterrumpido.

Quien sabe porqué eligió esta clase de vida. Es tan difícil decirlo.

PPudo ser quizás cierta dejadez, cobardía, o un supremo modo de cansancio.

La vigilia producía en él una honda depresión moral. Sólo podía soportar este estado que, parcialmente, podríamos llamar lúcido, mientras leía. Porque las páginas de los libros florecen a veces imágenes extrañas y encantadoras, muy dulces de navegar...

Pero, ¿es que puede desenvolverse así la vida de un hombre, entre el Sueño y el Ensueño?

Así vivió Aliro.

—Aliro duerme. No lo turben. Está enfermo el pobre...

Y pregunta Silvio, el más pequeñín de la familia:

—Dulce enfermedad ha de ser esa del Sueño, ¿verdad, madre?

—No hay enfermedad dulce hijo mío — contesta ella — y un mal espíritu está en el cuerpo de tu hermano.

Será un sueño pesado — piensa el niño, entonces — como esos que sufre él cuando despierta sobresaltado llamando a su madre, con las mejillas húmedas de llanto.

Y compadece infinitamente a su hermano.

Pero qué pueden saber las gentes del sueño si no viven en él.

Aliro sí lo conoce y lo ama por eso mismo.

Cuán mísero se siente al despertar. Cuanto odia la grosera y terca realidad.

En ella se siente débil y torpe.

Torpe él...

...El más audaz de los honderos... el más sabio de los cazadores.

Rey...

Emperador sobre setenta ciudades. Su sede en Nákar...

Señor en su palacio de Melimpa

.....

Melimpa mira al mar, a veces.

Es un mar hermoso, consciente y amable, que sabe ofrecer un bello espectáculo; ejecuta elegantes ondulaciones, suspende albas cenizas con sus verdes apéndices en soberbias danzas...

Pero hay ocasiones en que Melimpa no mira al mar, sino a una infinita llanura en fantasía. Es un inmenso jardín. Vive el paisaje de una vegetación imposible; la luz de un astro alegre escribe su dulzura sobre el color de flores rituales. Pero el corazón de un hombre se enerva en la contemplación de un panorama así de bello... Y allí está Donia que espera entre sedas halagüeñas. Tendida en un diván muelle, entre colores insinuantes...

Donia la bella. La robó al soberano de un país lunar. Fué en un tiempo de numerosas aventuras. Ella sabe acariciar como las flores y son tan suaves sus manos... Hay flores que tienen presencia femenina...

Un ruido sordo comienza a llegar hasta él desde muy lejos...

Comprende: son guerreros. Es una invasión. Han bajado de sus nebulosas montañas los rangunes de las tribus negras y avanzan sobre Melimpa...

Se levanta y se deja a la bella Donia para tomar sus armas. Va hacia un balcón y atisba. A sus pies está un ejército esperando. Melimpa ya no mira al mar. Ni a una llanura. Es un desierto. A lo lejos, entre una inmensa polvareda, divisa al enemigo que avanza... ..

.....

Marcha a la cabeza de su gente. Pronto se encuentra con los horribles rangunes.

Los destruye en un furioso combate.

Hay millares de cadáveres sobre las candentes arenas. Su ejército continúa intacto y reluciente. Muchos de sus enemigos huyen en dirección al Sur; los persigue, avanzando sobre las dunas...

Hacia la hora del crepúsculo va caminando lento a causa del color enfermizo de la luz que a ese tiempo crece. De pronto empiezan a aparecer volando, pesadamente, inmensos pájaros blancos que al pasar casi rozan las cabezas de los soldados. Siente cierto cansancio. Una de las aves viene directamente hacia él, con vuelo lento. Ya cerca, ve en sus ojos una mirada conocida y que le parece haber visto en sueños... El pájaro le toca el rostro con una de las alas y siente un desvanecimiento

.....

El cuarto y los cansados objetos familiares; mucha penumbra. Hastío. Cómo soportar el humillante regreso.

En el velador la lámpara de acetileno ilumina una escena estúpida. El rostro de su madre que se inclina sobre él y lo observa; — le parece muy vieja — sus hermanos pequeños alrededor de la cama lo contemplan con curiosidad insufrible y ojos bobalicones.

Le habla la madre y las palabras caen casi extranjeras a sus oídos. Alguien penetra en la pieza con platos atestados de alimentos. Traen una jofaina. El olor que despiden la comida se le ha hecho insoportable. Si le acercan un plato cierra los ojos, para huir.

Se ha posado en su frente la mano de la madre. Co-

mienza a vivir una espiral gigante en el paisaje interior. Conoce que está justamente en el umbral. En ese punto se tiene dos imágenes; ambas igualmente fuertes y ciertas al tacto. Aquí lo que ya abandona, lo que va a olvidar; acá lo que ha surgido, y con igual fuerza de vida y color. Se está entonces en el centro de esas dos verdades y ese centro es el más puro vacío: insituable.

Permanece perdido, incapaz de arriesgar un solo signo, como un fiel inmóvil en el punto extraordinario. Pero sería sólo de amar más una imagen. Y sigue el sendero reciente y novedoso...

El camino que conduce al bosque está tapizado de yerbas frescas, y lleva ropas livianas. El sol arde dulcemente. Así se puede ir feliz. Sólo el turbante, que cambió por un cuento al mercader, le molesta en la frente, oprimiéndolo cinco veces. Se libra de él inesperadamente, tirándolo a orillas del camino.

Comienza a soplar una brisa ligera y suave que al pasar lo besa en el rostro con languidez y juega con sus cabellos. Siente un placer dulce y voluptuoso...

Permanece tendido entre las flores. Hay en la atmósfera una frescura verde y agradable que lo llena.

De pronto se yergue. Hasta él llegan risas y gritos de alegría. Ese era el objeto de su viaje. Casi lo había olvidado. Comienza a caminar.

¡Ah, las bellas vendimiadoras!

Ellas son las que trajeron la alegría al bosque; vinieron con el sol. En un claro no lejano ríen y juegan danzando sobre las uvas apretadas. Es la estación de la embriaguez y preparan el sagrado néctar. Es el tiempo de sueño en el país. Continúa entre senderos de flores y las risas se oyen más cercanas y cristalinas.

Le darán una alegre bienvenida. Será un tiempo de placer y delicias entre las hermosas doncellas. Allí vivirá el estío...

Antes de acercarse las observa semioculto entre las hierbas. Advierte que en el camino se ha coloreado su túnica con el polen de las flores de todos matices. La tela

aparece soberbia. Danzan alegres las muchachas sobre los exuberantes racimos. Ni siquiera sospechan su llegada. Por eso mismo su presencia será una maravillosa aparición. Los pies, las pantorrillas y hasta los muslos mórvidos de las vendimiadoras están empapados del jugo de las uvas. Constituye un espectáculo de superior belleza y placer el contemplarlas con sus cuerpos esbeltos y sus rostros angelicales, su cutis rosado y terso y sus pequeñas faldas cortas, bailar locamente sobre los lagares color de amatista...

Amatista, púrpura... El color sube a las narices; tiene un aroma especial. Olor de vinos espesos. El amatista embriaga como el vino... Embriagarse y bailar con ellas sobre las uvas...

Salta muy alto y está desnudo; tampoco las mujeres llevan ahora las faldas menguadas y blancas, ni él es ya como antes. Tiene unos pequeños cuernos disimulándose entre los cabellos espesos y encrespados, negrísimos. Sátiro. Sí. Cuando aplasta los racimos siente el líquido que se escurre entre los dedos de sus pies. Es molesto y agradable a la vez. Recuerda. Sátiro. Hierve la sangre. Abraza por el talle a la más bella y ruedan ambos sobre los racimos maduros. Las demás también se echan sobre él y lo acarician. Se confunde con ellas, rodando y amándolas. Exprime sus senos como si fueran racimos maduros, como si quisiera sacar de ellos un líquido embriagador y púrpura... Púrpura, amatista. Todo su cuerpo se ha teñido de amatista

Es la hora del ángelus. Permanece tendido en medio del lagar, solo. Han huído. Se embriagó con ellas. Y esa corriente de destrucción que habita ahora su cuerpo. Lo han abandonado. Pararse y caminar. Buscar un arroyo donde contemplarse. Narciso. Así se calma el dolor. El rostro sobre las aguas transparentes y quietas. No es un sátiro. Ha vuelto a él; pero, ¿cuál puede ser su cara? Verse, mirarse para extender las páginas de su tragedia...

Ha venido la noche. Su rostro y, al fondo, el cielo. Flo-

tando también una luna amarilla. El arroyo abre así un camino. Al embarcarse esas aguas no serán aguas. Si. Y extiende los brazos hacia el paisaje. Experimenta una sensación de languidez suave y desciende. Pasajero celeste y vertiginoso.

Avanza, directo hacia una luna amarilla

Eran sórdidas y cáusticas las sensaciones sobre aquel planeta enfermo. El paisaje vivía a trechos de una luz rojiza, anémica, y a trechos era una violeta de difuntos. Esa luz contaminaba el espíritu, enfermándolo. El suelo parecía calcinado. No podía distinguir horizonte alguno a causa de que surgían continuamente ante los ojos formas, sombras y aspectos que era incapaz de evitar. También era incapaz de huir de aquellos horribles territorios; antes le habría bastado sólo desearlo. Pensaba mientras iba caminando lerdamente y destruido sobre las piedras calizas y tibias, si significaría aquello para él un destierro infernal o una oscura penitencia. Pero no hallaba la falta. Una desesperación agotadora lo cogió al comprender que estaba a merced de tan amarga aventura. Le era imposible volver; no era ya el piloto hábil de otros tiempos.

Tenía conciencia del sueño, pero comenzaba a dudar. Aquello se prolongaba demasiado. Recordaba un cuarto en penumbra y un nombre que era el suyo: Aliro. Tenía el nombre entre sus manos y lo hallaba extraño. Aliro, un cuarto en alguna parte, un cierto estado, y algo más. Todo aquello parecía entonces sueño. Y esto... las sensaciones que ahora vivía, el paisaje presente. Era tan fuerte a veces ese recuerdo, que casi abandonaba su actual escenario. ¿Por qué era tan fuerte este recuerdo? O... ¿qué era, recuerdo de qué? O ¿era tan vital el recuerdo como el imaginarse una cosa o tan débil como el vivirla? Así, aquello no era entonces recuerdo; podía "ser".

La verdad era que los pies le bailaban. Se le anudaba la garganta y una desesperación sin límites lo abordó. ¿Qué era sueño entonces?

El mismo tenía quizás la culpa. El, que hizo de su vida algo tan extraordinario; que quiso ir por caminos desconocidos e indeterminados; que deshumanizó sus ojos. Y allí, destruido, tuvo la sensación de haber violado algo sagrado, de haber descrito un velo intocable, de haber pisado lugar prohibido...

Vivió de una última esperanza. Si el planeta tuviera un término bien conciso; si pudiera encontrarse al borde del astro, frente al caos, al espacio. Y sabía que ese hecho estaba en él, como el planeta. Pero le costaba. Y cerró los ojos para conseguirlo, cerró los ojos desesperadamente para luchar mejor... y consiguió la imagen...

Allí estaba, al borde del planeta. Era una arista. Estaba frente al caos gestado. Y entonces extendió los brazos para saltar, se sentía alegre y feliz de poder abandonar el doloroso episodio. Debió sentir lo que un prisionero recién huído, al saltar... ..

... ..

Iba encogido y se sentía bien de ir así.

Caía...

Lo llenaba una debilidad dulce, desvanecedora y enfermiza...

Caía. Caía en medio de una espiral violeta. Girando y descendiendo de una espiral violeta azulada

... ..

Se encontraba tendido en medio de penumbras. Tenía la vista nublada y apenas podía adivinar su lecho, el lecho que lo soportaba. Siempre la espiral. Subía y bajaba por ella. Eran dos espirales cónicas cuyas puntas se unían en su propio pecho, en lo interno de su pecho. Bajaba y subía, se sentía leve y etéreo, leve y etéreo, muy leve...

Cerca de él un cráneo desnudo que vio venir bamboleando entre la oscuridad, hasta detenerse a pocos centímetros de sus ojos.

Una cuerda se eleva partiendo del lado izquierdo de su pecho. Distingue las facciones del que lo observa... Una cuerda sube desde su corazón hasta perderse en medio de la penumbra. Y su pensamiento trepa por ella huyendo del lugar... Visita una región róna, sin imagen ninguna, vuelve bruscamente y sin desearlo. Han retirado la cuerda de su pecho. Fué casi en el preciso instante en que volvía...

Distingue el cráneo a dos pasos de él, en la sombra. Presiente otras personas en la pieza, pero no las ve. El cráneo se mueve de izquierda a derecha como en gesto negativo o de duda. Se mueve lentamente, con movimiento isócrono, pronto adquiere mayor velocidad, toma color fosforescente, anda, como péndulo...

Siente un deseo irresistible de cerrar los ojos.

Caen los párpados.

Un cosquilleo dulce lo recorrê... Después, una pesadez que le va haciendo el cuerpo más y más insensible... más y más insensible, a medida que el pensamiento y sus sesos — entre humos doloridos — parecen subir lentamente. Se siente ajeno y asciende. Sube, lentamente, muy lentamente; hasta llegar a contemplarse desde fuera de él mismo.

Indice por orden alfabético de
autores



EDUARDO ANGUITA

Las hormigas devoran a un hombre llamado David	79
---	----

BRAULIO ARENAS

Gehenna	21
---------	----

ANUAR ATIAS

La Escala	175
-----------	-----

HECTOR BARRETO

Rito a Narciso	209
La ciudad enferma	221
El pasajero del sueño	227

PEDRO CARRILLO

El soliloquio infinito	1
La sombra del árbol sin miedo	11

TEOFILO CID

Los despojos	91
--------------	----

CARLOS DROGUETT

El señor Videla y su paraguas	159
-------------------------------	-----

JUAN EMAR

El unicornio	125
Pibesa	147

ADRIAN JIMENEZ

Para siempre	49
Motivo de conversación	59

MIGUEL SERRANO

Prólogo	1
Hasta que llegue a la luz	187

JUAN TEJEDA

Miedo ante el paisaje	69
-----------------------	----

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
IV	22	Evitemos	Eviténnos
5	24	hubieran	hubiera
12	10	(Obs.: debe seguir un	espacio que no fué hecho.)
12	19	he podido intrín-	he podido mirarme intrín-
		sicamente	sicamente
14	30	ella no esperaba	ella que no esperaba
18	10	destituirlos	destruirlos
25	33	todo.	todo".
35	7	hielos	hielos,
52	21	llevó	llevo
55	2	humosa	hermosa
60	5	nnestros	nuestros
95	5-6	escucha	escuchad
95	37	sacudió el el polvo	sacudió el polvo
98	2	escabullo	escabulló
99	14	cognocitivo	cognoscitivo
117	1	al	la
119	3	laboriasamente	laboriosamente
119	25	indisctuible	indiscutible
123	4	ésto	esto
128	25	(Obs.: se trata de una línea que no corresponde a "EL UNICORNIO".)	
129	15	desembarque	desembarqué
131	23	gartas	gratas
132	6	orstos	rostros
132	20	arirba	arriba
132	26	aesguró	aseguró
139	6	escul-	escultura
143	11	convertires	convertirse
146	17	iímpida	límpida
148	12	sead	seda

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
150	21	era	eran
163	14	pensara	pensará
164	9	carruaje	carruaje.
167	31	Quien	Quién
168	14	no descalzo	no va descalzo
168	17	¡cómo	¡como
169	30	extraña.	extraña".
179	26	(Obs.: debe seguir un espacio que no fué hecho.)	
180	17	de modo exista	de modo que exista
183	14	mueve	muere
192	6	ya abandonó	ya no abandonó
193	21	paraxoismo	paroxismo
197	13	paraxoismo	paroxismo
198	19	de llado	del lado
198	19	rejosa	reposa
200	12	levata	levanta
200	14	a	la
212	4	había	sabía
214	22	y a	ya
224	29	con el gesto	en el gesto
224	35-36	imitaron	invitaron

*Se acabó de imprimir este libro en los
talleres "Gutenberg", a doce días del
mes de noviembre del año mil novecientos
treinta y ocho. Ilustró la portada
el dibujante Alhué.*

